



VNIVERSITAT
E VALÈNCIA

Facultad de Psicología

Departamento de Psicología Social

Programa de Doctorado: Investigación en Psicología

FACTORES PSICOSOCIALES ASOCIADOS A LA CORRUPCIÓN

TESIS DOCTORAL

Presentada por:

Roberto Martín Julián Rivas

Dirigida por:

Tomás Bonavía Martín

Marzo de 2020, Valencia

AGRADECIMIENTOS

A Tomás, a mis padres, a mis hermanas, a Fer, a Begoña, a los amigos y amigas que me apoyaron. Y a mí, naturalmente.

Puedes librarte de todo cuando ya lo llevas dentro. Te falla la religión, el más allá, la eternidad y todas esas monsergas, y entonces te queda la política, que es la búsqueda de la felicidad aquí, el bien común, el banquete universal; y cuando la política también se te viene abajo, y tienes la impresión de que te has quedado sin nada, cuando alcanzas ese nihilismo, es cuando te das cuenta de que por primera vez estás pisando el suelo; empiezas a apreciar de verdad las cosas, extraes fuerzas de esa nada, porque es una nada productiva, eres tú contigo mismo, te quedas tú solo, con los restos de todo lo que quemaste en la vida; con la ceniza que el cura te pone en la frente al empezar la cuaresma.

(Rafael Chirbes)

ÍNDICE

Organización de la tesis doctoral---p. 6

1. Introducción---p. 10

- 1.1. Justificación de la temática escogida---p. 10
- 1.2. Conceptualización del fenómeno---p. 15
- 1.3. Aproximaciones teóricas al estudio de la corrupción---p. 19
- 1.4. Causas y consecuencias de la corrupción---p. 26
- 1.5. Corrupción en el ámbito universitario---p. 38
- 1.6. Objetivos de la tesis doctoral---p. 41

2. Método ---p. 41

- 2.1. Medición de la conducta corrupta---p. 41

3. Estudios---p. 50

- 3.1. Psychological variables related to corruption: a systematic review---p. 50
- 3.2. Aproximaciones psicosociales a la corrupción: una revisión teórica---p. 78
- 3.3. Understanding unethical behaviors at the university level: a multiple regression analysis---p. 108
- 3.4. Determinants of students' willingness to engage in corruption in an academic setting: an empirical study---p. 140

4. Discusión---p. 160

- 4.1. Literatura psicológica sobre el fenómeno de la corrupción---p. 160
- 4.2. El estudio de la conducta corrupta en el ámbito universitario---p. 163
- 4.3. Limitaciones---p. 165
- 4.4. Implicaciones teóricas y prácticas---p. 168
- 4.5. Conclusiones---p. 176

5. Referencias---p. 180

Organización de la tesis doctoral

La organización de la presente tesis doctoral responde al formato de presentación de compendio por artículos. Para la estructuración de tal documento, se comenzará exponiendo una breve introducción común a los artículos científicos publicados. En este apartado, se ofrecerán argumentos que justifiquen el estudio del fenómeno escogido, partiendo de razones epidemiológicas, económicas, sociales y, por supuesto, psicológicas. Tras esta argumentación, se procederá a definir conceptualmente el fenómeno de la corrupción en base a los acercamientos teóricos que ha explorado la literatura científica con anterioridad. Este apartado tiene especial relevancia si se tiene en cuenta que la heterogeneidad de los acercamientos teóricos al estudio de la corrupción es nota común, situación que se analizará con mayor profundidad en el siguiente apartado: aproximaciones teóricas al estudio de la corrupción. Pese a que la tesis doctoral versa sobre el análisis de la conducta corrupta desde una perspectiva psicosocial, se ha creído conveniente describir los postulados conceptuales más relevantes de cada disciplina ligada históricamente al análisis de la corrupción. Siguiendo en el apartado introductorio de este trabajo, se procederá a enumerar las principales causas y consecuencias de la corrupción que se han investigado previamente en la literatura científica. Si bien es cierto que esta lista se ve influenciada claramente por los estudios provenientes de disciplinas como las Ciencias Políticas, la Economía y la Sociología, se cree conveniente mostrar un amplio abanico de explicaciones al fenómeno de la corrupción para poder contextualizar adecuadamente los resultados de los artículos presentados en la tesis doctoral. Para finalizar la introducción, se hará hincapié en la descripción de la conducta de corrupción en la Universidad, contexto en el que se encuadran las investigaciones de campo que se

presentarán posteriormente. Además, se presentará una relación de objetivos –tanto general como específicos– comunes todo el proyecto de tesis doctoral.

Seguidamente, se ha optado por redactar un apartado metodológico transversal a los estudios realizados para la consecución de la tesis doctoral, concretamente a aquellas investigaciones de campo en el contexto universitario. Dada la dificultad y, consecuentemente, el gran debate teórico que existe en la literatura sobre cómo medir la conducta corrupta en diferentes contextos, se procedió a describir brevemente las principales aportaciones a este debate y a justificar la alternativa metodológica escogida para realizar los estudios de este proyecto de tesis.

A continuación, se exponen los cuatro artículos publicados que forman parte nuclear de la tesis doctoral. Cada uno de ellos está precedido por una breve introducción en la que, además de indicar los datos de publicación del artículo, se señala un breve resumen de los mismos. Cabe señalar que, a causa de restricciones impuestas por la casa editorial que los publica, solo dos artículos se presentan en su versión final (“Psychological variables related to corruption: a systematic review”, y “Aproximaciones psicosociales a la corrupción: una revisión teórica”). El resto de artículos (“Understanding unethical behaviors at the university level: a multiple regression analysis”, y “Determinants of students’ willingness to engage in corruption in an academic setting: an empirical study”) se presentan en su versión previa –aunque prácticamente idéntica– a la publicación final. En cualquier caso, se facilita el DOI de los mismos para que las personas interesadas puedan acceder a la versión final de los mismos.

Tras la presentación de los artículos, se presentará el apartado de Discusión, en el que se presentará información común a los cuatro artículos que conforman la tesis doctoral bajo un hilo conductor claramente delimitado. Aquí se pondrán en relación los resultados obtenidos en los artículos publicados con la literatura previa sobre corrupción, sea desde el punto de vista psicológico o específicamente en el ámbito universitario, se analizarán las principales limitaciones que contiene la presente tesis doctoral a nivel global, se discutirán las implicaciones teóricas (como, por ejemplo, futuras líneas de investigación) y prácticas derivadas de la realización de este proyecto de tesis, y se finalizará con las conclusiones.

Finalmente, se indican las referencias bibliográficas utilizadas en los apartados anteriormente mencionados, sin tomar en cuenta aquellas que han sido utilizadas en los artículos, ya que se presentan en los mismos documentos publicados y se pretende evitar la repetición.

INTRODUCCIÓN

Justificación de la temática escogida

La corrupción se erige como uno de los mayores impedimentos para el desarrollo de un sistema de gobierno eficiente (Dong, Dulleck y Torgler, 2012). En otras palabras, la corrupción es síntoma de que algo ha ido mal en la gestión del Estado (Rose-Ackerman, 1999). Como ejemplo, aquellos países que son percibidos como más corruptos por sus ciudadanos tienden a mostrar una menor confianza en el parlamento y en los gobernantes por parte de la ciudadanía (Pellegata y Memoli, 2016). En este sentido, Kingshott y Dincer (2008) explican que la corrupción entre los trabajadores del sector público ha recibido una enorme atención dentro y fuera de los círculos académicos debido al incremento de estudios sobre este hecho.

Según los últimos datos disponibles del *Índice de Percepción de la Corrupción* (Transparency International, 2019), España se sitúa en el puesto 30 con una puntuación de 62 puntos. Para contextualizar este dato, hay que tener en cuenta que este instrumento de evaluación mide los niveles percibidos de corrupción en el sector público en 180 países. La evaluación está formada a partir de 13 encuestas a personas relacionadas con el mundo de los negocios y expertos en evaluación, y abarca puntuaciones desde 0 (altamente corrupto) hasta 100 (muy limpio). A nivel global, más de dos tercios de los países puntúan debajo de 50 puntos, siendo la media 43. Según este mismo informe (Transparency International, 2019), la inmensa mayoría de los países evaluados han hecho poco o ningún progreso en la lucha contra la corrupción, mientras que solo 20 países han hecho un progreso significativo en los últimos años.

Por otra parte, también existen herramientas como el *Barómetro Global de la Corrupción* (Transparency International, 2017) que pregunta a los ciudadanos qué piensan de sus gobiernos en relación a la lucha contra la corrupción. En uno de los últimos informes (Transparency International, 2017), se observó que casi 6 de cada 10 personas en el mundo piensan que los esfuerzos de sus gobiernos por atajar la corrupción son pobres. Además, 1 de cada 4 personas el mundo reconocía haber pagado un soborno a un funcionario público en los últimos 12 meses anteriores a la encuesta. En la Unión Europea, la cifra bajaba hasta el 9 %.

A pesar de las cifras ofrecidas, el estudio de la corrupción suele ir asociado con el estudio del soborno (Andersson, 2017; Chabova, 2017). Si bien hay razones para pensar que la prevalencia de corrupción en distintos países está íntimamente ligada a la prevalencia del soborno, existe un amplio abanico de conductas corruptas que no son cuantificadas ni incluidas en los informes sobre comparación entre países. En países con menores niveles de corrupción –según informes como el de Transparencia Internacional (Transparency International, 2017)–, se subestima la prevalencia de la corrupción porque no se tienen en cuenta otras manifestaciones de la corrupción más “sutiles” como el favoritismo o los conflictos de intereses. De ahí que gran parte de la investigación transnacional pueda estar malinterpretando la magnitud del problema, sobre todo en países desarrollados (Andersson, 2017).

Más allá de la prevalencia de la conducta corrupta, es necesario conocer cuáles son las principales consecuencias a nivel económico, político y social que genera para apoyar la justificación de su estudio en la presente tesis doctoral. A continuación, se

enumeran los argumentos principales por los cuales se cree importante analizar este fenómeno desde un enfoque psicológico:

- ✓ A partir de una revisión de estudios publicados durante la última década, Dimant y Tosato (2018) encontraron que los altos niveles de corrupción estaban ligados a la ineficiencia burocrática (Ahlin y Bose, 2007), un clima de inversión negativo (De la Croix y Delavallade, 2009), menor crecimiento económico (Aidt, 2009) e inversiones extranjeras (Mathur y Singh, 2013), una mayor emigración de profesionales cualificados (Poprawe, 2015), y un elevado déficit fiscal (De la Croix y Delavallade, 2009).
- ✓ Fenómenos como la corrupción tienen un importante componente que depende del accionar de las instituciones oficiales que se encargan de regular el comportamiento en el trabajo de los funcionarios (Dimant y Tosato, 2018). Algunos estudios como el de Mocan (2008) indican que la calidad de las instituciones (entendida por la independencia del poder judicial o el respeto a los derechos individuales, entre otras cosas) influye de manera decisiva en la proliferación de conductas corruptas, produciendo enormes pérdidas económicas a la administración y mermando su eficacia a la hora de afrontar las necesidades de la ciudadanía.
- ✓ Los instrumentos de evaluación tradicionales son unidimensionales –sintetizados en una única puntuación– y sus puntuaciones pueden variar entre países, pero no varía el tipo de conducta corrupta que miden. De hecho, estas medidas tienden a equiparar la corrupción con el soborno únicamente (Andersson, 2017; Chabova, 2017). Además, las encuestas de percepción tienen como objetivo medir la

corrupción a gran escala, fenómeno con el que las personas encuestadas no suelen entrar en contacto como para dar una respuesta precisa sobre su prevalencia (Chabova, 2017). Por tanto, este enfoque tiende a generar problemas a la hora de entender la verdadera magnitud de la corrupción y sus implicaciones (Johnston, 2010).

- ✓ Como recalcan algunos autores (Dimant y Schulte, 2016; Jancsics, 2014; Zaloznaya, 2014), la Economía y las Ciencias Políticas han dominado la investigación sobre la corrupción, por lo que la Psicología – y más precisamente la Psicología Social– cuenta con estudios escasos que pongan en boga la estructura psicosocial de este fenómeno (Zaloznaya, 2014). Aunque el interés propio haya demostrado ser un motivo clave a la hora de participar en actividades corruptas, la investigación reciente ha descubierto que la corrupción puede estar motivada por otros factores igualmente relevantes (Bicchieri y Ganegoda, 2016; Tavits, 2010). Por ejemplo, Tavits (2010) llegó a la conclusión de que la corrupción era socialmente aprendida y que la mayor parte de las personas encuestadas que admitían haber participado en actividades corruptas no reconocían haber hecho algo incorrecto.
- ✓ La apertura de nuevas vías de investigación para futuros investigadores de la materia es amplia, así como el abanico de posibilidades que se abren de cara a una mayor comprensión del fenómeno por parte de la ciudadanía y de las autoridades oficiales. Tavits (2010) aclara que los estudios sobre corrupción se han centrado en buscar las variables a nivel nacional o supranacional, mientras que poco se

conoce sobre la motivación de un individuo para acometer este tipo de intercambios ilegales.

- ✓ Las instituciones (tanto gubernamentales como no gubernamentales) podrían hacer acopio de los resultados de propuestas como el presente proyecto de tesis doctoral y llevar a cabo prácticas eficaces y basadas en la evidencia científica para acometer la lucha contra la corrupción en todos sus estamentos. Blackburn y Forgues-Puccio (2009) indican que las agencias anti-corrupción necesitan conocer la naturaleza del fenómeno de la corrupción antes de poder intervenir en su erradicación. Así como un médico necesita conocer los síntomas del paciente antes de tratarlo, la corrupción ha de despojarse del ruido mediático que a menudo le rodea y ser analizada desde un punto de vista estrictamente científico. Para conocer los componentes etiológicos de la corrupción, es necesario desenmarañar los procesos cognitivos y sociales que la preceden (Bicchieri y Ganegoda, 2016). Si se entiende este procedimiento, entonces la prevención se convierte en una tarea más eficaz y, sobre todo, eficiente. Es fundamental que las instituciones públicas cuenten con información contrastada empíricamente para poder poner en marcha programas dedicados a reducir los niveles de corrupción imperantes en la sociedad.
- ✓ Por último, Connelly y Ones (2008) ponen de relieve que la investigación sobre corrupción puede ser analizada desde diversos niveles, comúnmente llamados individual (microanálisis) y nacional (macroanálisis). En el primer caso, lo que se intenta conocer son las características individuales y situacionales que confluyen para que una persona realice conductas corruptas; mientras que, en el segundo

caso, se persigue conocer qué características de las naciones hacen que los índices de corrupción aumenten. Pese a que estas preguntas puedan resultar similares, los resultados suelen ser diferentes. Teniendo en cuenta la relevancia que tiene este tema, poco se conoce sobre los antecedentes psicológicos de la conducta corrupta. Los estudios que han analizado la corrupción a nivel individual (nivel micro) son escasos (véase, por ejemplo, Dong y Torgler, 2009; Mocan, 2008; Swamy, Azfar, Knack y Lee, 2001; Torgler y Valev, 2006, 2010). Mocan (2008) sugiere que esta deficiencia se debe a que los datos referidos a la corrupción están disponibles solo en un nivel macro (entre países), y es allí donde la investigación ha centrado primordialmente sus esfuerzos. Además, Dong y Torgler (2009) sostienen que estos estudios se han focalizado en la percepción de las conductas corruptas más que en la justificación o tendencia a cometerlas.

Conceptualización del fenómeno

La corrupción es un fenómeno multifacético y difícil de aprehender por su propia naturaleza, ya que adopta diversas formas y funciones dependiendo del contexto en el que se desarrolle (Andersson, 2017). Dado que ha sido estudiada desde diversas disciplinas (como se verá más adelante), las definiciones varían conforme lo hace el marco teórico que se utiliza: desde un problema estructural de las esferas políticas y económicas, hasta el producto del declive de la moral del individuo y sus distinciones culturales. Si se pone el foco en la corrupción gubernamental, Svensson (2005) señala que la corrupción es definida como el mal uso de un cargo público para obtener una ganancia privada; mientras

que, si el foco se mueve hacia el aspecto ilegal o ilegítimo de esta conducta, la corrupción es definida como un acto en el que el poder de un funcionario público es utilizado para un beneficio personal de modo que contraviene las reglas del juego (Jain, 2001). Desde un acercamiento economicista, la corrupción ha sido definida como pagos monetarios a agentes (tanto públicos como privados) para inducirlos a ignorar los intereses de sus superiores y favorecer los intereses privados de quienes les sobornan (Rose-Ackerman, 2006). Sin duda, la definición más inclusiva de corrupción es la que propone Transparency International (2009), esto es, “el abuso de un poder encomendado para un beneficio personal” (p. 14). Esta definición resulta aplicable a diferentes contextos y abarca tanto el ámbito público como el ámbito privado (Andersson, 2017). En sociedades donde las normas y los roles están relativamente definidos, y la tolerancia a la corrupción es baja en general, se da el caso de que existan límites difusos en cuanto a lo que se entiende por conductas corruptas. Además, la tolerancia a este fenómeno también dependerá del tipo de conducta corrupta, ya que no será lo mismo juzgar un caso claro de soborno que diferentes formas de favoritismo o manifestaciones más sutiles de conflicto de intereses (Johnston, 1996). Naturalmente, un acto que está fuera de la legalidad y de las normas morales es claramente corrupto, mientras que pueden existir actos que sean percibidos como inmorales pero que no necesariamente sean ilegales, lo que constituye un ejemplo de los límites difusos que se comentaban anteriormente (Andersson, 2017).

De acuerdo a Abbink, Irlenbusch y Renner (2002), en una situación en la que se produce una conducta corrupta conviven varios elementos: implica una relación de confianza y reciprocidad entre los implicados; conlleva consecuencias negativas para terceros; y es una actividad inherentemente riesgosa, ya que los implicados se ven

expuestos a ser castigados. Tomando ideas de otras definiciones, Argandoña (2005) afirma lo siguiente en referencia a la corrupción:

Es el acto o la consecuencia de dar o recibir un objeto de valor con el objetivo de que una persona haga u omite hacer algo violando una regla formal o implícita sobre lo que esa persona debería hacer u omitir, en beneficio de la persona que da ese objeto de valor o en beneficio de terceros. (p. 252)

A la vez, es necesario resaltar que es una conducta humana que puede presentarse en diversos formatos: desde la apropiación de bienes materiales por parte de un funcionario público para uso personal, hasta el inadecuado comportamiento de dicho funcionario con el objetivo de conseguir beneficios para un tercero (Guerrero, 2004). Para otros autores (Andvig y Fjelstad, 2001), la corrupción está presente en el soborno, que consiste en un pago dado o recibido en una relación corrupta y que es la misma esencia de una conducta corrupta; la malversación, la cual se basa en la desviación de fondos públicos que deberían ser administrados para un uso diferente; el fraude, que incluye una manipulación o distorsión de la información y/o hechos para beneficio de un intermediario (funcionario público) de la clase política y la ciudadanía; la extorsión, que es el dinero u otros recursos derivados de la coerción, violencia y amenazas de emplear la fuerza; y el favoritismo, que se basa en la adjudicación de recursos públicos de manera arbitraria para favorecer a determinadas personas o grupos.

Por otra parte, Argandoña (2005) señala que se puede hablar de diversas maneras en que la corrupción puede manifestarse: sobornos; abuso de poder; apropiación indebida de fondos públicos para beneficio privado; financiación ilegal de partidos y campañas

políticas; desvío de fondos para beneficio privado; nepotismo y todas las formas de clientelismo en la adjudicación de contratos; uso inapropiado de contactos e influencia; utilización indebida de información interna; lavado de dinero; y ciertas formas de crimen organizado. Incluso, en otro estudio (Argandoña, 2003) advierte de la existencia de la corrupción que se da exclusivamente en el ámbito privado también, de la que dice que hay buenas razones para sospechar que sea más importante de lo que parece, esté más extendida de lo que se cree y sea muy nociva para aquellas organizaciones en las que se encuentra. Dicho subtipo de la corrupción se basa en la conducta de un dirigente o un empleado que ejercen cierto poder o influencia sobre el desempeño de una tarea, función o responsabilidad dentro una organización. Esta persona actúa contrariamente a sus deberes y obligaciones dentro de la organización; causa daños directos o indirectos a la misma; y se dirige al beneficio de sí mismo, de terceros o incluso de otra organización. Sin embargo, aclara que el cuerpo de la investigación dedicado a este fenómeno es mucho menor y solo recientemente está recibiendo una mayor atención.

Pese a todo, Melgar, Rossi y Smith (2010) puntualizan que el concepto de corrupción varía ampliamente entre distintas sociedades, haciendo que determinadas prácticas puedan ser lícitas en ciertos lugares mientras que en otros son consideradas actos corruptos. Esto quiere decir que la corrupción está lejos de ser una situación absoluta, sino que se trata más bien de un fenómeno social sujeto a los avatares propios de cada sociedad como son las normas, valores y reglas (Bicchieri y Ganegoda, 2016).

Aproximaciones teóricas al estudio de la corrupción

Para Andvig y Fjeldstad (2001), la corrupción es un problema que surge, mayoritariamente, en la interacción entre un gobierno y el mercado económico. Este rasgo hace que sea complejo estudiar la corrupción desde un solo punto de vista teórico. Sin embargo, Philp y Dávid-Barrett (2015) apuntan que la característica más llamativa de la literatura sobre corrupción en los últimos 30 años ha sido la notable ascendencia de los estudios provenientes del campo de la Economía, desplazando del tablero a los politólogos y a los investigadores del comportamiento humano.

Por tanto, a continuación, se desarrollan brevemente las principales aportaciones al estudio de la corrupción desde diferentes disciplinas científicas. Dado que la presente tesis doctoral persigue –entre otros objetivos– dilucidar las principales aportaciones de la Psicología al estudio de este fenómeno, se ha optado por presentar un estudio entero sobre esta cuestión en el apartado correspondiente para no caer en la repetición de información.

Antropológica/Sociológica

Los antropólogos/sociólogos entienden la conducta corrupta como un acto esencialmente social y, por tanto, debe ser definido y entendido en relación a una serie de parámetros históricos y culturales que la determinan (Jancsics, 2014). De este modo, solo explorando los significados que las personas atribuyen a sus actos se puede llegar a entender la legitimidad de varias actividades que, en Occidente, serían tachadas de conductas corruptas.

Bardhan (1997) afirma que, en los países en vías de desarrollo, está ampliamente reconocido que el intercambio de regalos es una norma social bastante establecida en el mundo de los negocios. Las relaciones interpersonales basadas en el parentesco, afinidad o lealtad también ocurren entre los propios funcionarios públicos. En dichas circunstancias, apunta el autor, el uso de los recursos públicos de manera arbitraria se convierte en un acto rutinario y común. Complementariamente, Yang (1994) relata que los motivos que están detrás del dar y recibir regalos varían en función de la clase de relación que tienen ambas partes. Formar parte de este tipo de prácticas en una cultura es un requisito indispensable a la hora de “hacer lo correcto”, de la misma manera que el dar un regalo tiene una motivación centrada en el interés propio y en mantener cierta reciprocidad. Además, en China, dar un regalo no solo es obligatorio en ciertos contextos, sino que constituye una solución legítima a la hora de conseguir un trabajo, comprar ciertos alimentos o productos de consumo, e incluso obtener una mejor educación (Yang, 1994).

Igualmente se hace necesario resaltar el uso de las redes de solidaridad como otro de los elementos que se han estudiado en relación a la corrupción. Sissener (2001) describe que, en Bangladesh, la familia, amigos o vecinos mantienen una obligación general a socorrerse mutuamente. De hecho, rechazar cualquier tipo de favor o servicio acarrea sus consecuencias. La gente invierte años en establecer y mantener una red suficiente como para depender de las personas más cercanas en su supervivencia del día a día. En este sentido, el uso de estas redes de solidaridad queda legitimado como una herramienta más. Ledeneva (1998) relata una serie de prácticas similares que se llevan a cabo en Rusia y que están dirigidas a obtener pequeños bienes y servicios. Esta actividad,

pues, resulta legítima entre los habitantes, quienes la diferencian claramente del soborno al argumentar que las primeras solo se dan entre personas del mismo grupo y afines entre sí.

Tanto el intercambio de favores como el uso de redes de solidaridad pueden llegar a ser evaluados como prácticas corruptas desde el punto de vista ajeno a los contextos culturales en que se desarrollan las mencionadas prácticas. La división entre estas prácticas culturales y la corrupción queda difuminada en muchas situaciones. En suma, se ve cómo la aportación más importante de los antropólogos ha sido el remarcar la relatividad cultural del mismo concepto de corrupción.

Política

Debido a la importancia que tiene el papel del Estado en el origen, desarrollo y mantenimiento de las conductas corruptas, cualquier estudio debe tener en cuenta las dimensiones políticas de este fenómeno (Hope, 2000; Johnston, 1996). En líneas generales, Doig y Theobald (2000) subrayan que la corrupción está causada, en parte, por estructuras deficientes en cuanto a democratización, responsabilidades, balances de los distintos poderes y falta de rigor en el control de las instituciones. De ahí que las recomendaciones prácticas en la lucha anticorrupción hayan sido el reforzamiento de las instituciones básicas de una democracia (por ejemplo: parlamento, poder judicial); el empoderamiento de la sociedad civil; y reformas amplias en el sector público (Andvig y Fjeldstad, 2001).

Básicamente emergen tres teorías en el estudio de la corrupción desde las Ciencias Políticas. La primera teoría es clásica (Rostow, 1960) y fue ampliamente utilizada hasta mediados de los años 70 del siglo pasado. Se basa en que es el proceso de modernización de un Estado el que implica una mayor industrialización y el crecimiento económico de un país. La corrupción surgiría por dos motivos: porque ese proceso de modernización está incompleto (Myrdal, 1968); y porque es necesaria para “engrasar la maquinaria” de la modernización y acompañar al crecimiento económico. Esto sitúa a la corrupción como causa y consecuencia de ese proceso de modernización.

En el polo opuesto se sitúa la segunda teoría, la cual ha sido citada de diversas maneras en la literatura: teoría de la dependencia (Prebisch, 1950), neo-Marxismo (Gunder, 1967). Esta teoría asume que, debido a la subordinación y posición de neo-colonias del llamado “Tercer Mundo”, y también debido al rol de marionetas de los políticos de esos países, surge el autoritarismo, el subdesarrollo y la corrupción (Blomström y Hettne, 1984). La solución, pues, sería una ruptura radical con el sistema capitalista y un cambio en esas relaciones asimétricas con el llamado “Primer Mundo”.

Mientras tanto, la tercera teoría se aleja de las dos anteriores y se centra en un aspecto novedoso, los aspectos informales del poder. Esta teoría, llamada “neo-patrimonialismo”, surge a finales de los 80 y apunta a las características diferenciales de la política africana. Los autores (Bayart, 1993; Bratton y van de Walle, 1994; Chabal y Daloz, 1999; Médard, 1986) sostienen que las democracias en África son solo una fachada que esconde relaciones políticas basadas en el personalismo, el clientelismo y la

corrupción. Estos factores, sumados a una pobre división entre los sectores público y privado, hace que se abra la veda para los casos de corrupción política y burocrática.

Económica

Una gran cantidad de investigación sobre corrupción en el campo económico deriva de un modelo teórico cuya tesis es que los individuos se mueven en pos de maximizar sus propios intereses, y que define la conducta corrupta como una violación de reglas y normas para buscar un beneficio personal (Philp y Dávid-Barrett, 2015). La clave, pues, sería por qué algunas personas no incurren en esas conductas corruptas. Una premisa podría ser que esas personas son persuadidas por el castigo que supondría ser descubiertas, configurando una concepción poco esperanzadora de los funcionarios públicos en particular, y de las personas en general. Los autores piensan que si el único motivo que previene a una persona de cometer un acto corrupto es el miedo a ser castigados, entonces están haciendo lo correcto por una razón incorrecta (Philp y Dávid-Barrett, 2015). O'Connor y Fischer (2012) detallan que los incentivos para realizar una conducta corrupta son mayores si el riesgo de ser detectado es bajo, el coste de ser castigado es bajo, y el beneficio de la conducta corrupta es alto. Sumado a ello, Klitgaard (1988) completa que las oportunidades son incluso mayores cuando los recursos, que deberían ser destinados para causas públicas, están al alcance de personas que tienen un monopolio o acceso total sobre ellos. Kingshott y Dincer (2008) concretan que, desde esta perspectiva, un empleado del sector público cometerá un acto corrupto si los beneficios de realizar tal acto son mayores que los costes.

Ahora bien, los acercamientos economicistas sobre la corrupción asumen una serie de supuestos: muchas organizaciones públicas y privadas están cimentadas sobre una estructura jerárquica, y es la relación entre un empleado y su superior la que ayuda a entender la prevalencia de las conductas corruptas. Una de las explicaciones más utilizadas es la llamada “principal-agent-client theory” (Klitgaard, 1988). Esencialmente, postula que muchas transacciones corruptas pueden ser comprendidas en base a la presunción de que un director o jefe es honesto, y es un miembro inferior en la jerarquía (empleado) el que es sobornado por un cliente. A partir de aquí, el problema central radicaría en la diversidad de objetivos y asimetría de información entre las tres partes. En otras palabras, el director desconocería tanto el grado de honestidad de su empleado como la calidad de las actividades que llevan a cabo el empleado como el potencial cliente. La situación empeora si los requisitos para acceder a ese puesto de empleado son bajos y el monitoreo de la actividad de los empleados es pobre, ya que ello conlleva que las conductas corruptas se extiendan y arraiguen en una organización. En añadidura, si el empleado esconde sus acciones ante los ojos del director, este último tiene dos opciones para solventarlo: o incrementa los incentivos para aquellos que se comporten de manera honesta, o incrementa tanto la probabilidad de que sean detectados como los castigos a aquellos que cometan actos corruptos.

Otro de los modelos populares en el mundo académico es el de los “equilibrios múltiples de la corrupción” (Andvig, 1991; Andvig y Moene, 1990). Fundamentalmente, estos autores afirman que, a causa de los comportamientos fraudulentos, los sentimientos de culpa internalizados decrecen conforme aumenta el número de burócratas corruptos; que cuando hay muchas personas envueltas en conductas corruptas, el estigma que rodea

a esta conducta (pérdida de reputación) decrece en los empleados que son finalmente descubiertos; y que cuando los demás ejecutan conductas corruptas, la probabilidad de ser detectado disminuye al pervertirse la capacidad de investigación tanto interna como externa. Esta teoría ayudaría a explicar por qué muchas instituciones, pese a tener salarios, sistemas de vigilancia y sistemas de auditoría similares, poseen niveles de corrupción diferentes. Y también explica por qué incluso la reducción de un pequeño número de agentes corruptos lleva a la disminución de elevados niveles de corrupción.

Partiendo del modelo anterior, existe un conjunto de investigadores (Berninghaus et al., 2013; Lambsdorff, 2007; Ryvkin y Serra, 2012) que proponen una alternativa basada en la premisa de que la incertidumbre tiene un efecto poderoso en la propensión de los individuos a participar en actividades corruptas. Estos autores llegan a la conclusión de que, cuando los empleados desconocen el nivel de corruptibilidad de sus compañeros, son menos propensos a participar en actividades corruptas. A su vez, se asume que los costes extrínsecos por cometer actos corruptos son similares para todos los implicados, mientras que los costes intrínsecos (morales) pueden ser del conocimiento de los demás o pueden ser desconocidos. De este modo, si los individuos cuentan con información incompleta acerca de sus iguales, una reducción en la red de beneficios económicos derivados de la conducta corrupta llevaría a mover la balanza desde altos niveles de corrupción hacia bajos niveles de corrupción. Si además se elevan los costes morales asociados a esta conducta y se generan relaciones asimétricas en cuanto a la información que se posee (entre el que soborna y el que es sobornado), los niveles de corrupción caerán.

Causas y consecuencias de la corrupción

Lambsdorff (2006) señala la dificultad de hablar de causas y consecuencias de la corrupción, ya que las primeras pueden ser, a menudo, también consecuencias de este fenómeno. Aislar los factores que operan en la aparición, desarrollo, mantenimiento y resultado de la corrupción es uno de los principales retos de los investigadores en la materia. Pese a ello, a continuación, se ofrece un barrido general sobre las causas y consecuencias que se derivan de la literatura científica más reciente y que provienen de estudios transnacionales llevados a cabo en disciplinas como la Economía y las Ciencias Políticas.

Causas de la corrupción

Magnitud del sector público

La reducción del comportamiento corrupto a través de la disminución del sector público ha sido un argumento basado en la esperanza en el mercado de los economistas y en la desconfianza de la propia clase política (Lambsdorff, 2006). Sin embargo, no hay evidencia sólida que respalde esta proposición, sino que la investigación apunta a que la corrupción sólo “cambiaría de manos” y se instalaría en el sector privado. De hecho, Lambsdorff y Cornelius (2000) sostienen que, con frecuencia, las firmas privadas necesitarían pagar más sobornos incluso que las propias instituciones públicas, las cuales están mejor conectadas. Tampoco olvidan apuntar que muchas economías de transición

han experimentado graves problemas de corrupción mediante la implantación de programas de privatización.

Calidad de la regulación

Detectar una mala regulación o una defectuosa intervención estatal es realmente beneficioso en la lucha contra la corrupción. En esta línea, Svensson (2005) encontró que el número de días necesarios para obtener la licencia de un comercio era directamente proporcional al grado de corrupción. Por otra parte, Lambsdorff y Cornelius (2000) mostraron que la corrupción también estaba directamente ligada al grado en que las regulaciones del gobierno eran vagas y laxas, por lo que ya no se trata de la cantidad de normas regulatorias, sino de su aplicación. En otras palabras, una legislación clara es mucho más eficaz para controlar la corrupción que una legislación amplia y difusa.

Falta de competitividad

Algunos estudios (Ades y Di Tella, 1999; Goldsmith, 1999; Paldam, 2002) sugieren la existencia de una relación inversa entre la competitividad y la corrupción, de modo que una menor competitividad en el mercado acarrearía una mayor expansión de las conductas corruptas. Asimismo, aclaran que es difícil establecer relaciones de causalidad y reconocen que la corrupción otorga incentivos para que algunos políticos apoyen determinados monopolios. Con todo, Mishra (2006) alerta de estos hallazgos y señala que la relación es ambigua, ya que una mayor desregularización de los mercados

no llevaría siempre a menores niveles de corrupción, tal y como sucede en experiencias recientes en países que han intentado esta fórmula. Sandholtz y Gray (2003) mostraron que tanto la cantidad de organizaciones internacionales a las que pertenezca un país, como el tiempo que lleva en dichas organizaciones, es inversamente proporcional al grado de corrupción de ese país. Esto tiene que ver con otro factor relevante como la apertura al comercio internacional y a la inversión. Ades y Di Tella (1999) demostraron que esta apertura se relacionaba negativamente con la corrupción, resultado similar encontrado en otros estudios (Gerring y Thacker, 2005; Leite y Weidemann, 1999; Sung y Chu, 2003; Treisman, 2000).

Estructura gubernamental

Respecto a la relación entre el comportamiento corrupto y la estructura gubernamental, Treisman (2000) señala que no importa tanto el grado actual de democracia de un país, sino si ese país ha tenido un largo período democrático. A la misma conclusión llegaron Gerring y Thacker (2004, 2005). Curiosamente, Manow (2005) apunta que la corrupción en regímenes moderadamente democráticos es ligeramente más alta que en regímenes totalmente autoritarios. Aclaran, por añadidura, que la democracia reduce los niveles de corrupción una vez se traspasa este umbral.

En lo que se refiere a la participación electoral, Adsera, Boix y Payne (2000) obtuvieron resultados que apoyaban la hipótesis de que los países con mayor participación electoral tenían, además, menores niveles de corrupción. Persson, Tabellini y Trebbi

(2003) llegaron a la conclusión de que los distritos electorales pequeños, caracterizados por poca representación, incrementaban los niveles de corrupción al impedir la entrada de nuevos candidatos. Por el contrario, los distritos más grandes permitían con mayor facilidad la entrada de nuevos partidos o nuevos candidatos, lo cual ayudaba a reducir la corrupción a través de una mayor competitividad en la esfera política. Igualmente, encontraron que las conductas corruptas eran más numerosas en aquellos países donde los parlamentarios eran elegidos por lista única en detrimento de candidatos individuales. De modo específico, la literatura científica indica que los sistemas parlamentarios suelen conllevar menores niveles de corrupción, a diferencia de los sistemas presidencialistas. Son varios los estudios que han contrastado esta hipótesis (Gerring y Thacker, 2004; Kunicová y Rose-Ackerman, 2005; Panizza, 2001).

Descentralización

Los resultados referentes al efecto de la descentralización sobre la corrupción son ambiguos y están condicionados, en gran parte, por el instrumento de medida utilizado para medir el grado de descentralización. Hay autores que hablan de una relación positiva entre la corrupción y la cantidad de habitantes de un país (Fisman y Gatti, 2002; Root, 1999; Treisman, 1999), dando a entender que los países o regiones pequeñas parten con ventaja a la hora de controlar a los políticos y establecer una administración limpia. Siguiendo este hilo, Damania, Fredriksson y Mani (2004) señalan que la fórmula federalista contribuye a reducir los comportamientos corruptos.

Por otro lado, ni Adsera et al. (2000) ni Panizza (2001) encontraron un efecto significativo del federalismo (o mayor descentralización) en la reducción de la corrupción. Esto conlleva observar los estudios de Goldsmith (1999), Kunicová y Rose-Ackerman (2005) y Gerring y Thacker (2004), que, en contra de los resultados anteriores, apuntan que el federalismo incrementa la corrupción. En síntesis, los resultados denotan la falta de consenso respecto al papel que juega la descentralización en la lucha contra la corrupción.

Cultura

En este punto, se hace necesario aclarar que los sociólogos, a diferencia de los economistas, se centran en factores de tipo cultural para explicar este fenómeno. Como se observará más adelante, los factores culturales solo explican un porcentaje menor de las diferencias entre los niveles de corrupción de países diferentes, dejando un margen lo suficientemente amplio para el cambio a pesar de condiciones culturales que se podrían catalogar como adversas. Algunos de estos factores culturales son la confianza generalizada entre los ciudadanos, la religión y la aceptación de una estructura jerárquica (Lambsdorff, 2006). Por ejemplo, los países en donde la confianza entre los ciudadanos es nota común, tienen una importante proporción de personas que profesan la religión protestante y gozan de menor aceptación hacia las estructuras jerárquicas son percibidos como menos corruptos. Husted (1999) explica que las medidas en la lucha contra la corrupción, para ser efectivas, han de centrarse en aspectos culturales. Los países donde el poder está distribuido de manera desigual y la jerarquía es ampliamente aceptada

necesitan medidas diferentes a los demás. El acercamiento se haría de arriba hacia abajo. Paralelamente, aquellos países donde predomina una mentalidad basada en valores monetaristas requerirán algo más que un entrenamiento ético en tales cuestiones.

Respecto a la confianza entre los ciudadanos, hay autores (Adsera et al., 2000; Uslaner, 2004) que confirman la relación negativa entre la corrupción y la confianza entre los ciudadanos, por cuanto trabajar en este aspecto sería de gran utilidad para diseñar medidas dirigidas a erradicar o disminuir las conductas corruptas.

La Porta et al. (1997) consideran que el catolicismo, la ortodoxia cristiana del Este y el islam son particularmente jerárquicas, y que esa característica va en detrimento de distintas formas de compromiso cívico que podrían servir como arma contra la corrupción. En términos similares, Treisman (2000), Lipset y Lenz (2000) y Gerring y Thacker (2005) afirman que la relación entre una alta población de religión protestante conlleva una alta correlación negativa con la conducta corrupta.

Como colofón para dar sustento a la aportación del factor cultural, Barr y Serra (2010) encontraron que las variaciones en los individuos a la hora de ser más o menos propensos de participar en sobornos reflejaba los valores y las normas sociales de las sociedades donde habían crecido esos individuos. Esto, por otra parte, ha de tomarse con pinzas: la corrupción es también un fenómeno cultural, pero no se puede prejuzgar a alguien por su país de origen.

Sexo

Mucho se ha estudiado sobre si las mujeres son intrínsecamente “menos corruptas” (véase, por ejemplo, Chaudhuri, 2012). Aunque esta cuestión continúa irresoluta por la falta de acuerdo entre los estudiosos en la materia, parece haber consenso acerca de la siguiente idea: la combinación de ambos sexos como oposición a la superioridad numérica de cargos públicos por parte los hombres lleva hacia una reducción de las conductas corruptas.

Otro interrogante tiene que ver con la relación de causalidad, ya que unos bajos niveles de corrupción quizá lleven a una imposición de restricciones en las redes dominadas por hombres y provean a las mujeres de posibilidades a la hora de acceder a posiciones más influyentes. De igual manera, en aquellos países más corruptos, es más difícil para las mujeres obtener derechos para sí mismas y, de ese modo, contribuir a la lucha contra la corrupción (Lambsdorff, 2006).

Aquí se abren dos líneas dispares en cuanto a resultados sobre la relación sexo-corrupción: un primer grupo cuyos hallazgos apoyan la idea de que una mayor fuerza de trabajo y un parlamento representado por más mujeres llevaría a reducir los niveles de corrupción (Dollar, Fisman y Gatti, 2001; Swammy et al., 2001); y un segundo grupo cuyos hallazgos hablan de un debilitamiento en la relación sexo-corrupción una vez se controlan variables como la libertad de prensa o la democracia establecida, poniendo de manifiesto que, indirectamente, contribuyen a eliminar las conductas corruptas (Sung, 2003). Tras haber realizado una revisión de los estudios que relacionan el sexo y la corrupción, Chaudhuri (2012) explica que hay motivos para ser cautos en cuanto a que

un incremento de las mujeres en todos los puestos de gobierno y de la burocracia llevaría directamente a una disminución de las conductas corruptas.

Consecuencias de la corrupción

Desigualdad

La relación directa entre la corrupción y una distribución desigual de los ingresos ha sido ampliamente demostrada (Gupta, Davoodi y Alonso-Terme, 2002; Gymiah-Brempong, 2002; Li, Xu y Zou, 2000). Con el objetivo de demostrar que la relación puede darse al revés, You y Khagram (2005) mostraron que, a su vez, la desigualdad también estaría contribuyendo en el aumento de la corrupción. Incluso este efecto parece ser más notorio en las democracias ya que, según explican los autores, en los regímenes autocráticos se procede a través a la opresión para aplacar a las clases más desfavorecidas, mientras que en las democracias se recurre a métodos más sutiles como el comportamiento corrupto para conseguir que los más adinerados aumenten sus riquezas. De este modo, se generan grupos de poder que presionan para comprar interpretaciones favorables de la legislación que les permitan seguir actuando de manera fraudulenta.

Productividad

Una de las variables estudiadas en este sentido es la renta per cápita. Lambsdorff (2006) concluye que existe una fuerte relación entre la renta per cápita y la corrupción,

de modo que una disminución de la primera estaría ligada a un aumento de las conductas corruptas. También hay que especificar, como dice Husted (1999), que los países más empobrecidos carecen, a menudo, de los recursos necesarios en la lucha anti-corrupción. Por cuanto respecta a la relación producto interior bruto (PIB)-corrupción, la investigación alcanza un acuerdo generalizado sobre una relación inversa entre ambas variables. El hecho de que un aumento de los niveles de corrupción esté asociado a una disminución del PIB ha sido demostrado por numerosos investigadores (Ali y Isse, 2003; Anoruo y Braha, 2005; Gymiah-Brempong, 2002; Knack y Keefer, 1995; Leite y Weidemann, 1999; Mauro, 1997; Méon y Sekkat, 2005; Mo, 2001; Pellegrini y Gerlagh, 2004; Poirson, 1998; Tanzi y Davoodi, 2001).

En suma, Shera, Dosti y Grabova (2014) concluyen que existe una relación estadísticamente significativa y negativa entre la corrupción y el crecimiento económico de un país. A través de una exhaustiva revisión sistemática, Ugur y Dasgupta (2011) confirman estos resultados.

Inversión

La corrupción viene ligada a una menor confianza en la clase política, hecho que no es ajeno a aquellos que pretenden invertir dinero en un país en concreto. En consonancia con ello, el efecto pernicioso de la corrupción sobre el clima de inversión de un país ha sido documentado ampliamente (Brunetti, Kisunko y Weder, 1998; Brunetti y Weder, 1998; Campos, Lien y Pradhan, 1999; Gymiah-Brempong, 2002; Knack y Keefer,

1995; Mauro, 1995, 1997; Rock y Bonnett, 2004). Concretamente, los inversores extranjeros se ven disuadidos a la hora de poner su dinero en un país donde la corrupción está extendida (Abed y Davoodi, 2002; Doh y Teegen, 2003; Habib y Zurawicki, 2001; Henisz, 2000; Lambsdorff y Cornelius, 2000; Smarzynska y Wei, 2000; Wei, 2000). Una de las posibles explicaciones que aportan los autores es que los inversores extranjeros son más susceptibles que los inversores locales al fenómeno de la corrupción e, igualmente, que los pobres niveles de transparencia y los altos niveles de corrupción afectan negativamente a los riesgos crediticios. Todo ello sumado a una pobre supervisión bancaria hace que sea complicado para un país que inviertan en él. Sorprendentemente, la corrupción no alcanza a afectar a la concesión de préstamos bancarios a un país (Wei y Wu, 2001). Por ende, los países afectados por niveles elevados corrupción cuentan con estos préstamos bancarios cuando así lo requieren (Straub, 2003). Otro hallazgo relevante tiene que ver con la forma en que los inversores extranjeros suelen escoger para dirigir su dinero: en asociación con inversores locales. Smarzynska y Wei (2000) piensan que puede deberse a que los nativos están más familiarizados con prácticas corruptas que puedan hacer avanzar el negocio con mayor celeridad y sin tantos obstáculos.

Partidas presupuestarias

Otro de los problemas que trae aparejados el comportamiento corrupto es el riesgo a ser detectado usando este procedimiento (Winston, 1979). Este riesgo aumenta, pues, junto con el número de transacciones, el número de personas involucradas, la duración de la transacción o el arraigo de este tipo de prácticas.

Mauro (1998) afirma que, entre otros gastos, el que se dedica a educación es uno de los que baja cuando la corrupción está extendida. Esty y Porter (2002) y Gupta et al. (2002) confirman estos resultados, y explican que puede deberse a que el gobierno obtiene mayores beneficios a través de las prácticas corruptas en nuevas inversiones en otros sectores estratégicos. Complementariamente, Gupta, Davoodi y Tiongson (2001) ponen de relieve que la corrupción también estaría asociada a un mayor gasto militar de los gobiernos, además de una mayor obtención de armas.

Sector público

No solo se ven resentidas las inversiones extranjeras, sino que la corrupción conlleva una reducción del rendimiento laboral de los funcionarios públicos y una reducción en la calidad de las inversiones gubernamentales (Bardhan, 1997; Rose-Ackerman, 1999). Como resultado de ello, aparece un aumento de prácticas corruptas del sector privado dirigidas a acelerar los trámites burocráticos. Las inversiones, al carecer de mecanismos de control eficaces y transparentes, también sufren. Los estudios que confirman la relación entre la corrupción con la calidad de las inversiones gubernamentales y las regulaciones ambientales son variados (Gupta et al., 2001; Isham y Kaufmann, 1999; Tanzi y Davoodi, 1997). De hecho, Gupta et al. (2001) van más allá y muestran que los altos niveles de corrupción también se asocian con una menor calidad en la provisión de servicios sanitarios por parte del Estado. En cuanto la regulación del medio ambiente, existe una serie de estudios que demuestra que la corrupción se liga a

peores controles por parte del gobierno y, por tanto, peor calidad medioambiental (Esty y Porter, 2002; Damania et al., 2004; Welsch, 2004).

Sector privado

Uno de los principales escollos de este sector al lidiar con la amplia práctica de conductas corruptas es el crecimiento de la economía sumergida (Goel y Nelson, 2010). Los inspectores de Hacienda pueden ayudar a empresas y particulares a evadir impuestos, ya sea a través de la oposición a la promulgación de leyes restrictivas o ejerciendo de manera irregular su función. Consecuentemente, se produce una disminución en el monto de impuestos que el Estado recauda, en concreto, de los impuestos directos. Esta situación hace que, al contar con menos dinero, el Estado con altos niveles de corrupción incurra en fijar una mayor cantidad de impuestos indirectos (Tanzi y Davoodi, 2001).

Mayor corrupción

Sin duda alguna, uno de los mayores obstáculos para atajar la extensión de las conductas corruptas es la normalización de las mismas dentro de la sociedad, así como la percepción de que tales conductas no son castigadas. Fischer et al. (2014) mostraron que la proyección, por parte de los medios de comunicación, de imágenes de políticos evitando las penas correspondientes por haber cometido actos corruptos aumentaba la tendencia de los ciudadanos a ver esas conductas como justificables y, por tanto, su tendencia a cometerlas en un futuro. En otras palabras, cuando los ciudadanos veían que

tales conductas corruptas conllevaban beneficios para quien las cometía, eran más proclives a comportarse de la misma manera si la oportunidad se daba. Esto también incrementaba la desconfianza en las instituciones y la sensación de que “todo estaba permitido”. Guerrero y Rodríguez-Oreggia (2008) subrayan que la percepción de que las instituciones están corruptas dispara la probabilidad de que los ciudadanos cometan actos corruptos y dificulta la implantación de medidas dirigidas a cambiar las normas y valores de la ciudadanía para atajar la corrupción. A similares resultados llegaron Melgar, Rossi y Smith (2010), afirmando incluso que los altos niveles en la percepción de la corrupción podían tener efectos más devastadores que la corrupción en sí misma y generando una cultura de la desconfianza hacia las instituciones oficiales.

Corrupción en el ámbito universitario

La presencia de la corrupción en el ámbito universitario es particularmente nociva porque termina generando un sistema que es incapaz de ofrecer un buen servicio al alumnado y, en último término, lastra las expectativas de desarrollo económico, social y político de una sociedad (Chapman y Lindner, 2016; Sabic-El-Rayess y Mansur, 2016). Asimismo, este fenómeno resulta también perjudicial porque contribuye al reforzamiento de la tolerancia hacia actividades corruptas desde una edad temprana (Transparency International, 2013). Debido a que los estándares de buena conducta entre los jóvenes pueden ser modelados a través de las instituciones educativas, un sistema educativo corrupto puede suponer un coste incluso mayor que la presencia de este mismo fenómeno en otras áreas como el sistema sanitario o la Policía (Heyneman, Anderson, y Nuraliyeva,

2008). En otras palabras, si una de las principales funciones del sistema educativo es enseñar a los jóvenes cómo comportarse en el futuro, es lógico pensar que, si el sistema mismo está corrupto, también producirá ciudadanos con mayor propensión a tolerar –y por ende, a cometer– actividades de este calibre. De ahí que el entendimiento de las percepciones de la conducta corrupta en el ámbito educativo superior sea útil para desarrollar un cálculo más fiable de la prevalencia de la corrupción, políticas públicas para atajar estas conductas, y la investigación innovadora en áreas relacionadas con la corrupción.

La literatura científica previa (Denisova-Schmidt, 2017; Hallak y Poisson, 2007) apunta a que las personas implicadas en una transacción corrupta en este ámbito pueden ser estudiantes, personal administrativo y miembros del profesorado. En este sentido, y teniendo en cuenta el abanico de conductas corruptas que pueden darse, no solamente es destacable el papel del profesorado en el ejercicio de su autoridad para conseguir un beneficio personal, sino también de los propios alumnos para aprovecharse de ciertas situaciones si realmente creen que pueden obtener mejores oportunidades académicas o laborales en el futuro comportándose de manera deshonestas (Shaw et al., 2015). Dicho de otra manera, los estudiantes tienen la capacidad de ofrecer sobornos para eludir procesos de selección oficiales, obtener mejores calificaciones, etc. Con todo, la corrupción no solo se limita a un mero intercambio entre estudiantes y profesores, ya que el personal administrativo también puede participar en actividades tales como la malversación de fondos de la universidad o cobrar a los estudiantes por servicios que son gratuitos (Rumyantseva, 2005). Por último, las interacciones propensas a ser salpicadas por actividades corruptas también incluyen a estudiantes y otros miembros de la Universidad,

como, por ejemplo, aquellas que tienen lugar en la biblioteca y están ligadas a tratos de preferencia o de favor en la prestación de un servicio que habría de ser igualitario para todos los alumnos.

Complementariamente, aunque la corrupción suponga un amplio abanico de prácticas (Hallak y Poisson, 2007), la investigación empírica en el área educativa se ha centrado fundamentalmente en la conducta de soborno (Denisova-Schmidt, 2013; Liu y Peng, 2015; Shaw et al., 2015) y, en menor medida, en la conducta de fraude (Gama et al., 2013). Respecto al soborno, se ha demostrado que una actitud ambivalente respecto a este tipo de prácticas está relacionada con una mayor justificación de las mismas en el futuro (Denisova-Schmidt, 2013). Además, cuanto más se perciba que esta conducta está extendida, mayor es la probabilidad de que las personas que tengan esta percepción y acaben participando en alguna actividad de este calibre en el futuro (Liu & Peng, 2015; Shaw et al., 2015). Respecto a la conducta de fraude, variables como el fracaso escolar/académico y el desconocimiento de la normativa institucional contribuyen a mermar la conducta ética de los estudiantes y están relacionadas con una mayor probabilidad de participación en estas conductas por parte de los mismos (Gama et al., 2013).

Sin embargo, como ocurre con la investigación sobre corrupción desde una perspectiva psicológica, las variables individuales que determinan la conducta corrupta en el ámbito universitario apenas han recibido atención en la literatura científica, ya que la mayor parte de investigación sobre corrupción en ámbitos educativos se ha centrado en análisis transnacionales (Chapman y Lindner, 2016).

Objetivos de la tesis doctoral

La presente tesis doctoral tiene como *objetivo general* ahondar en los factores psicosociales que están asociados a la conducta corrupta. Para conseguir tal objetivo, se plantean los siguientes *objetivos específicos*:

1. Sintetizar las principales aportaciones en el estudio de la corrupción desde una perspectiva psicológica en los últimos 10 años (estudio 1)
2. Explorar las principales perspectivas psicológicas que podrían aplicarse al estudio del fenómeno de la corrupción (estudio 2)
3. Estudiar empíricamente las principales variables predictoras de la intención de realizar una conducta corrupta en el ámbito universitario (estudio 3)
4. Estudiar empíricamente la influencia de los diferentes tipos de corrupción y la percepción de los pares en la intención de realizar una conducta corrupta en el ámbito universitario (estudio 4)

MÉTODO

Medición de la conducta corrupta

La corrupción es difícil de medir dada su naturaleza ilegal y secreta, por lo que la investigación se ha basado fundamentalmente en estudios cuantitativos que utilizan medidas indirectas o *proxies* como los índices de corrupción y las encuestas de opinión

públicas (Chabova, 2017). En este sentido, se han utilizado tanto aproximaciones objetivas como subjetivas para atajar esta tarea, pero sigue habiendo debate en la literatura científica acerca de las ventajas y desventajas de cada método. Sin embargo, se ha demostrado que los índices de percepción suelen ir íntimamente relacionados con la experiencia real de conductas corruptas –al menos en los países europeos encuestados– (Charron, 2016). Como ejemplo, algunas organizaciones internacionales punteras en la evaluación de la corrupción como Transparencia Internacional (Transparency International, 2016, 2019) utilizan índices de percepción como paso previo a presentar sus resultados.

En esta línea, Ko y Samajdar (2010) indican que la preocupación creciente por la corrupción ha llevado a distintas organizaciones internacionales a diseñar instrumentos para evaluar la prevalencia de este fenómeno, siendo algunas de ellas el Índice de Corrupción Percibida (Transparencia Internacional, 2019), el Índice del Control de la Corrupción (Kaufmann, Kraay, y Mastruzzi, 2010), el Índice de Corrupción (Olson, 2014), o la Guía Internacional de Riesgo de cada país (The PRS Group, 2019). Dichas medidas se basan mayoritariamente en el punto de vista de expertos que evalúan el grado de corrupción en cada país de manera anual y, dada su accesibilidad, son citados frecuentemente en el mundo académico, medios de comunicación de masas y en los discursos políticos. Es, pues, bastante evidente que estos instrumentos ayudan a que los ciudadanos tomen conciencia sobre la corrupción y, en muchos casos, sus resultados producen efectos colaterales en aquellos países que salen malparados en la clasificación. Ahora bien, a pesar de su popularidad, enfrentan algunas críticas que no deben pasarse por alto.

En primer lugar, existe un error bastante extendido que consiste en creer que estos indicadores evalúan la percepción de la corrupción de los ciudadanos de cada país. Las personas que contestan estas encuestas son gente de negocios o analistas especializados, y no siempre oriundos del país del que están recogiendo las percepciones (Treisman, 2007). Estas medidas están diseñadas por gente foránea que desconoce, en muchas ocasiones, los vericuetos burocráticos de las instituciones que evalúan, dando lugar a interpretaciones sesgadas y reduccionistas. Por ejemplo, Treisman (2007) señala que esos factores que están sesgando la percepción de los encuestados pueden ir desde alineamientos políticos con el gobierno de turno, relaciones económicas del país en concreto, percepciones en cuanto a la injusticia social, etcétera. Y, por otro lado, si se toma en cuenta las encuestas de opinión pública también se encuentran sesgos en las respuestas de los ciudadanos: el nivel de corrupción que perciben puede estar influenciado por factores como el grupo de iguales (Melgar et al., 2010), el grado de insatisfacción con la situación económica o política del país (Mungiu-Pippidi, 2015), o la cobertura mediática de los casos de corrupción (Chabova, 2017).

También es cierto que esas mismas agencias que evalúan los indicadores de corrupción tienden a otorgar mayor puntuación (menores niveles de corrupción) a aquellos países que poseen un buen desarrollo económico, otorgando mayor peso a la corrupción burocrática y eliminando, en muchos casos, la evaluación de los casos de corrupción política. Rose-Ackerman (1999) añade que la investigación a nivel macro sirve de poco en el diseño de políticas anti-corrupción y que, de hecho, no está claro lo que significa para un país ser situado en una clasificación como altamente corrupto, ya

que esa información no ayuda a conocer los procesos subyacentes del fenómeno de la corrupción.

Otra desventaja radica en el uso de estos índices en estudios longitudinales, ya que los índices presentan una alta volatilidad entre año y año, afectando a su propia fiabilidad (Ko y Samajdar, 2010). Si a esto se le suma que no haya una definición única y consensuada acerca de lo que implica la corrupción en cada país, surgen problemas de validez de constructo. En otras palabras, el hecho de que los académicos (por ejemplo) hablen de corrupción utilizando medidas diferentes es una inexactitud que puede llevar a resultados ambiguos y poco fieles a la realidad.

Por otra parte, no hay que olvidar que las conductas corruptas rara vez se pueden observar de manera directa. Una alternativa metodológica la constituyen los experimentos de laboratorio, que ofrecen la creación de situaciones análogas a las de la vida cotidiana para obtener toda la información posible controlando las variables extrañas (Abbink, 2006; Abbink y Serra, 2012). Según este autor, el método experimental es ventajoso por varios motivos: en primer lugar, permite poner a prueba modelos teóricos que asumen supuestos comportamentales distorsionados en un entorno cotidiano (por ejemplo, la búsqueda del máximo beneficio para uno mismo); en segundo lugar, el diseño experimental tiene la ventaja de suplir la falta de datos de campo que hay, a menudo, sobre un fenómeno tan difícil de aprehender como es la corrupción; y en tercer lugar, si esos datos de campo existen, bien pueden ser complementados con experimentos de laboratorio para dotar de mayor empaque a las explicaciones de los resultados. Respecto a este último, hay que tener en cuenta que ambos métodos (estudios de campo y

experimentos de laboratorio) tienen ventajas y desventajas que pueden complementarse para lograr potenciarse mutuamente. Los datos extraídos de los estudios de campo son más fidedignos, pero sufren de falta de control de variables extrañas que pueden estar sesgando los resultados. El diseño experimental, por su parte, permite estudiar las variaciones en los factores individuales en un entorno controlado, pero surge el problema de que los datos pueden carecer de validez ecológica. Respecto a esto último, Moro y Freidín (2012) indican que la falta de validez ecológica suele ser uno de los principales problemas a los que se enfrentan los experimentos de laboratorio, aunque son también los estudios experimentales sobre corrupción los que constituyen un área emergente. Philp y Dávid-Barrett (2015) explican que muchos de los experimentos de laboratorio se centran en situaciones basadas en pequeñas transacciones corruptas y asumen que los funcionarios públicos siguen una serie de reglas claras, prohibiciones y responsabilidades asociadas con su trabajo.

Otra limitación tiene que ver con el uso de las instrucciones en un experimento de laboratorio, es decir, la manera en que se presentan. Abbink y Hennig-Schmidt (2006) estudiaron la posibilidad de que el uso de un lenguaje explícito, enfatizando la conducta corrupta como un acto negativo en los estudios de laboratorio, supondría que los resultados mostrarán menos conductas corruptas entre los participantes debido a las connotaciones negativas de este fenómeno. Por el contrario, los resultados mostraron que hay ligeramente menos conductas corruptas, por lo que no eran estadísticamente significativos. Concluyeron, por ende, que el modo en que son presentadas las instrucciones no afectaría de manera significativa a los resultados.

Otra alternativa de medición de las conductas corruptas es el uso de viñetas o escenarios hipotéticos basados en situaciones cotidianas de los encuestados (Bai, Liu, y Kou, 2016; Ghanem y Mozahem, 2019; Leonard et al., 2017; Zhao, Zhang y Xu, 2016). Además de permitir una medición más precisa de la corrupción (León, Araña y de León, 2013) y de ser ampliamente utilizada en el área de las Ciencias Sociales (Agostini y Willington, 2012; Bago d’Uva, Lindeboom, O’Donnell, y van Doorslaer, 2011; Bai et al., 2016; Dickel y Graeff, 2018; Mazar y Aggarwal, 2011), esta metodología es útil para salvaguardar la falta de instrumentos específicos de evaluación de las conductas corruptas. Por último, la investigación previa (Rettinger y Kramer, 2009) ha puesto de relieve que preguntar a las personas sobre prácticas corruptas específicas es realmente útil para poder conocer qué escalas subjetivas están usando a la hora de responder preguntas sobre corrupción.

En este sentido, la literatura científica ha demostrado que existen multiplicidad de actividades corruptas en la vida cotidiana (Hallak y Poisson, 2007). Sin embargo, los más frecuentes que se han estudiado han sido el favoritismo, que es un mecanismo de abuso de poder que implica la privatización y la distribución discrecional de los recursos públicos; el soborno, que consiste el pago –sea monetario o no– dado o recibido en una transacción corrupta; el fraude, que se entiende como un crimen económico que incluye algún tipo de truco, engaño u ocultamiento; y la malversación, que se define como la apropiación de recursos públicos para un beneficio privado (Hallak y Poisson, 2007).

El favoritismo y la malversación son particularmente diferentes debido a su “saliencia moral”, siendo la malversación una conducta con una mayor carga moral para

los implicados que el favoritismo. El favoritismo se considera inaceptable porque altera la competición justa por obtener recursos (Harris, Herrmann, Kontoleon, y Newton, 2015), pero es una práctica que todavía se encuentra ampliamente extendida alrededor del mundo (Schwab, 2017). De hecho, resulta difícil reconocer sus características morales porque el favoritismo es normalmente considerado más una norma social que violación de las normas establecidas (Harris et al., 2015). Con frecuencia, esta conducta tiene lugar en aquellas universidades públicas donde las plazas son asignadas a través de un concurso de méritos (Denisova-Schmidt, 2017; Du Plessis, 2014). Este hecho es especialmente relevante porque participar en actividades corruptas como el favoritismo para beneficiar un miembro del propio grupo (por ejemplo, para beneficiar un integrante del mismo grupo de investigación) tiene un impacto negativo en los miembros externos al propio grupo. Al tratarse de una asignación de plazas públicas, el favoritismo contribuye a descartar candidatos que puedan estar más calificados o tener más méritos que aquellos que finalmente son escogidos de manera discrecional (Cadsby, Du, y Song, 2016). Una explicación alternativa a esta situación la ofrece la “teoría de la identidad social” (Tajfel y Turner, 1986), que postula que las personas tienden a crear categorías sociales tanto para percibir a los otros como a sí mismos como parte de un grupo, y que esas percepciones son susceptibles de generar favoritismo intragrupal. Estudios recientes han mostrado que el favoritismo intragrupal depende fundamentalmente del grado de conciencia que tengan los miembros de un grupo sobre la identidad compartida de pertenecer a ese grupo (Ockenfels y Werner, 2014), y que el favoritismo intragrupal es una norma social en sí misma y no una violación de las normas entre diferentes grupos (Harris et al., 2015).

Por otra parte, la malversación implica la apropiación de fondos monetarios, con lo que se convierte en una conducta en la que las características morales son particularmente significativas (Du Plessis, 2014). De este modo, esta conducta corrupta suele ser percibida como una transacción esencialmente monetaria, lo que lleva a las personas a comportarse de manera honesta ante la perspectiva de participar en estas actividades concretas (Ariely, 2008). En situaciones donde las características morales son tan llamativas, la toma de decisiones suele basarse en juicios de carácter ético.

A pesar de que el favoritismo y la malversación son dos de las conductas corruptas más comunes en la educación universitaria (Dridi, 2013; Transparency International, 2013), la investigación sobre corrupción se ha centrado casi con exclusividad en el análisis del soborno (Abbink y Serra, 2012). De hecho, estudios recientes en el soborno en el ámbito educativo (Shaw, Katsaiti, y Pecoraro, 2015) han probado que categorizar el esta conducta como un acto criminal reduce la probabilidad de que las personas participen en ella, lo que demuestra la importancia de modificar las percepciones sociales de esta conducta para reducir su prevalencia. De modo similar, el fraude es una conducta que existe en el ámbito educativo a nivel mundial, tanto en países desarrollados como en países en vías de desarrollo (Transparency International, 2013). Su conceptualización es diversa, ya que puede presentarse en su naturaleza monetaria o en su naturaleza no monetaria (Denisova-Schmidt, 2013; Hallak y Poisson, 2007), lo que determinará cómo es percibido por quienes tengan intención de llevarlo a cabo.

Por tanto, teniendo en cuenta la información aportada en este apartado metodológico, se decidió optar tanto por el estudio de las principales conductas de

corrupción –favoritismo, soborno, fraude y malversación– como por el uso de viñetas específicas para recabar los datos en los estudios de campo que se presentarán en el siguiente apartado.

Estudio 1: Psychological variables related to corruption: a systematic review

Martín Julián¹, Tomas Bonavia¹

¹ Departamento de Psicología Social, Universidad de Valencia, Valencia, Spain

Referencia: Julián, M., y Bonavia, T. (2020). Psychological variables related to corruption: a systematic review. *Anales de Psicología* (en prensa).

Este trabajo aborda la consecución del objetivo específico 1 de la presente tesis doctoral: sintetizar las principales aportaciones en el estudio de la corrupción desde una perspectiva psicológica. Para ello, se realizó una revisión sistemática de artículos publicados entre los años 2008 y 2018 en las principales bases de datos científicas de Psicología. Concretamente, se puso el foco en aquellas piezas documentales que hubiesen analizado la conducta corrupta en relación a diversos tipos de variables psicológicas. De este modo, se obtuvo una primera aproximación del estado de la literatura científica en relación a las variables psicológicas ligadas al fenómeno de la corrupción. Este primer acercamiento, además de servir de introducción al resto de estudios de la presente tesis doctoral, sirvió para constatar que la literatura psicológica sobre la conducta corrupta era escasa y aún incipiente, lo que motivó la realización del siguiente estudio: ¿qué teorías psicológicas –con especial énfasis en los aportes de la Psicología Social– podrían aplicarse al estudio de la corrupción?

Abstract

Nowadays, corruption is one of the most important psychological, social, economic and political issues worldwide. The present paper aims to analyse psychological variables related to corruption through a systematic review of publications from 2008 to 2018. After carrying out a bibliographic search in scientific databases such as Psycinfo, Web of Science, Scopus, Scielo and Dialnet, 44 papers were found to match selection criteria. Core topics have been organizational ethics, cultural beliefs and values, perceived norms and moral, and personality and related variables. Overall, results have shown that organizational variables such as leaders' behaviour and justification strategies are linked to corruption. Meritocratic and materialist values have also been linked to corrupt behaviour, just like perceiving a corrupt environment and social norms. In regard to personality, features such as narcissism and psychopathy are deeply connected with this phenomenon. On the other side, perception of power and gender have a mixed empirical support.

Keywords: *corruption; perceived norms; cultural values; organizational ethics; systematic review.*

Introduction

According to the most recent data available, one out of every four people in the world acknowledge having paid a bribe to members of the public administration in the past year (Transparency International, 2017). Moreover, more than half of those surveyed think the governments of their respective countries “are doing a bad job” in fighting corruption.

Corruption emerges as one of the greatest impediments to the development of an efficient system of government (Dong, Dulleck, & Torgler, 2012; Philp & Dávid-Barrett, 2015). In other words, corruption is the sign that something has gone wrong in the state’s management (Rose-Ackerman, 1999, 2006). It produces millions of dollars of losses for States and the corresponding public administrations. This money is diverted from budgetary allocations destined for other purposes, such as fighting against poverty, combating malnutrition, and increasing the quality of life of millions of people (Azfar, Lee, & Swammy, 2001; Rose-Ackerman, 2006).

A generally accepted definition states that corruption is “the abuse of entrusted power for personal benefit” (Transparency International, 2009, p. 14). For other authors (Andvig & Fjelstad, 2001), corruption is present in bribery, which consists of payment given or received in a corrupt relationship, the very essence of corrupt behavior; embezzlement, which is based on misappropriation of public funds that should be administered for a different use; fraud, which includes the manipulation or distortion of information and/or events to benefit an intermediary (civil servant) from the political class and citizenry; extortion, which consists of money or other resources derived through coercion, violence, and threats of using force; and favoritism, which is based on designating public funds in an arbitrary way to favor certain people or groups.

In spite of this, some studies (Jancsics, 2014; Melgar, Rossi, & Smith, 2010) state that the concept of corruption varies widely across different societies, which means that certain practices are licit in some places but considered corrupt in others. In other words,

corruption is far from being a homogeneous practice. Instead, it is a social phenomenon subject to the typical avatars of each society, such as norms, values, and rules. This means that corruption is a multifaceted phenomenon and difficult to capture because it adopts different forms depending on the context in which it develops (Andvig & Fjeldstad, 2001; Jancsics, 2014). Kingshott and Dincer (2008) explain that corruption among workers in the public sector has received considerable attention inside and outside academic circles due to the increase in studies on it. However, Ghoshal and Moran (2005) make it clear that multinational companies can also be affected when they sacrifice their social legitimacy by participating in corrupt activities. In this regard, Argandoña (2003) also warns of the existence of corruption that occurs exclusively in the private sector. In fact, he says there are good reasons to suspect that it is more important than it seems, more extended than what is believed, and quite damaging to the organizations where it is found. This subtype of corruption is based on the conduct of a manager or employee who has certain power or influence over the performance of a task, function, or responsibility within an organization. This person acts against his/her duties and obligations with the organization, causes direct and indirect harm to it, and tries to benefit him/herself, third parties, or even another organization. However, Argandoña states that little research has been dedicated to this phenomenon, which has only recently begun to receive more attention.

Given that corruption has been studied from diverse disciplines, its explanatory causes vary, ranging from being a structural problem of the political and economic spheres to being the result of the moral decline of the individual, with its cultural differences (Kingshott & Dincer, 2008; Jancsics, 2014; Julián & Bonavia, 2017). Placing the focus on governmental corruption, Svensson (2005) points out that corruption is defined as the misuse of a public position to obtain private gain. However, if the focus becomes the illegal or illegitimate aspect of this behavior, corruption is defined as a practice where the power of a civil servant is used for personal benefit in a way that goes against the rules (Jain, 2001). From an economic approach, corruption has been defined as a set of payments to actors (both public and private) to incite them to ignore the interests of their superiors and favor the private interests of those who are bribing

them (Rose-Ackerman, 2006). Philp and Dávid-Barrett (2015) point out that the most striking characteristic in the literature on corruption in the past 30 years has been the considerable increase in studies from the field of Economy, edging political scientists and human development researchers off the playing field. Along these lines, the perception of corruption among peers has traditionally been the strongest research area, especially within what is known as “behavioral economy” (Abbink & Serra, 2012). The main results have shown that the more a person perceives his/her peers as corrupt, the greater the probability that this person will commit a corrupt act in the future (Dong, Dulleck, & Torgler, 2012). If a corrupt environment is perceived, a person is more likely to underrate the consequences of being discovered, increasingly questioning his/her own beliefs about what dishonesty means. Social distrust is produced, the perception of social norms is distorted, and a breeding ground for performing illegal and/or dishonest practices is created (Cialdini, Reno, & Kallgren, 1990; Gino, Ayal, & Ariely, 2009).

In addition, Fehr and Falk (2002) point out that the classic view of Economy (the human being as a rational agent) is simplistic and does not reflect the importance of non-monetary factors such as the desire for social approval or reciprocity. Some authors (Zaloznaya, 2014) indicate that, despite its geopolitical importance, social costs, and central role in both the Political Sciences and economic research, corruption is a fairly uncommon research topic in Social Psychology. Thus, there are hardly any psychological theories to explain corrupt behavior (Julián & Bonavia, 2017). Connelly and Ones (2008) point out that the research on corruption can be analyzed from different levels, commonly called individual (micro-analysis) and national (macro-analysis). In the former, an attempt is made to discover the combined individual and situational characteristics that lead a person to perform corrupt behaviors; in the latter, the objective is to identify nations’ characteristics that cause corruption levels to increase.

Despite the relevance of this topic, little is known about the psychological antecedents of corrupt behavior. Few studies have analyzed corruption at the individual level (micro level) (see, for example, Tan, Liu, Zheng, & Huang, 2016; Wang & Sun, 2016; Zhao, Zhang, & Xu, 2016). Mocan (2008) suggests that this deficiency is due to

the fact that the data on corruption are only available at the macro level (between countries), and so this is where the research has mainly focused its efforts. Likewise, it should be clarified that no systematic reviews have been carried out on psychological variables associated with corruption. Therefore, the purpose of the present study is to analyze the psychological variables associated with corruption by carrying out a systematic review of the publications between 2008 and 2018. In doing so, the aim is to identify the variables studied in relation to corrupt behavior and synthesize the main results related to corruption.

Method

A systematic literature review was carried out following the presentation format and guidelines proposed by the PRISMA declaration (Moher, Liberati, Tetzlaff, Altman, & The PRISMA Group, 2009).

Furthermore, taking Petticrew and Roberts (2006) as a reference, the following guidelines were incorporated: a) identify relevant studies on the proposed topic; b) select, evaluate, and exclude/include the pertinent studies; c) locate and save the selected articles; d) group the information collected; and e) use a narrative method to synthesize the information. With regard to the last step, the choice of this method, rather than a meta-analysis, is due to the great heterogeneity in the articles studied (Petticrew & Roberts, 2006).

Selection criteria for the studies

Taking into account the objective of the present study, the following criteria were used.

The inclusion criteria were the following: articles from scientific journals; published between 2008 and 2018; written in Spanish or English; empirical studies; with corruption as the dependent variable; and pertaining to some area of Psychology.

The exclusion criteria were the following: essays, theoretical or systematic reviews, book chapters, books, reviews or speeches; pertaining to areas of study such as Sociology, Economy, and Political Science; transnational studies; studies that only evaluated terms such as dishonest or immoral conduct; studies that only evaluated contextual variables.

Databases and search strategy

Five databases were used (*Psycinfo, Web of Science, Scopus, Scielo, and Dialnet*) to perform the document search. Figure 1 shows the flow diagram followed as the search strategy.

First, the search was carried out in the *Psycinfo* database in the following way: the combination of descriptors *corrupt OR corruption* was used as the title of the document. Next, the time range was established as between the years 2008 and 2018, the type of record was limited to journal articles, the languages selected were Spanish and English, and the option to exclude duplicate documents was selected. Of the total number of resulting records, the titles and abstracts of 68 articles were examined, of which 52 were included.

Second, a search was carried out in the *Web of Science* database. Again, the search descriptors were *corrupt OR corruption* in the title of the document, and the dates were limited to the period between 2008 and 2018. Once the resulting records were shown, the search was refined using criteria similar to those mentioned above: in the section on the *Web of Science* category, *Applied Psychology, Multidisciplinary Psychology, and Social Psychology* were selected. In addition, the type of document (articles) and language

(Spanish and English) limitations were established. From the total number of resulting records, the titles and abstract of six documents were examined, of which one was included.

Third, the *Scopus* database was used. The search descriptors were *corrupt* OR *corruption* in the title of the document. The time range was set at between 2008 and 2018, and the type of document was limited to articles. After obtaining the results for the records found, we continued to filter using the following criteria: in the thematic area section, Psychology was selected; and in the section on language, both Spanish and English were selected. Once the resulting records had been obtained, the titles were read, which led to the exclusion of 267 documents. Finally, the abstracts of the documents included after the previous filter (45) were read, and two studies were selected for inclusion in this review.

Fourth, a search was carried out in the *Scielo* database with the descriptor *corruption*. After obtaining the records, a filter was performed by language (Spanish and English), year of publication (between 2008 and 2018), type of literature (article), and *WoS* thematic area (Psychology, Clinical Psychology, Social Psychology, and multidisciplinary Psychology). Next, the titles of the seven remaining records were examined, and one document was included for review.

Finally, a search was performed in the *Dialnet* database with the word *corruption*. Once the records had appeared, the search was refined again to obtain only journal articles (type of document), documents pertaining to Psychology and education (*Dialnet* topics), records that appeared between the years 2008 and 2018 (range of years), and the English and Spanish languages. From the total number of resulting records, the titles and abstracts of five documents were examined, none of which was included.

After this filtering process, the complete texts of the articles were read to continue to refine the selection based on the inclusion and exclusion criteria established. As a result, 44 articles were retained for their later review and synthesis in the present article.

For the detection of duplicate documents and the bibliographic management of the studies reviewed, the *Mendeley* (Elsevier, 2019) software was used. Moreover, except

when reading the complete texts during the last step in filtering the studies, the analysis of the publications consisted mainly of the reading and analysis of the titles and abstracts of the articles. When it was not possible to determine whether a study should be included based on this reading, the entire text was read.

(Insert Figure 1 here)

Results

The search strategy yielded a total of 44 final articles for review. The bibliographical information for these articles is highlighted with an asterisk in the references of the present article. The grouping of the articles corresponds to a conceptual-thematic similitude, establishing four categories: organizational ethics, cultural values and beliefs, perceived norms and morals, and personality and related variables.

Organizational ethics

Organizations (companies, associations, other organisms) are not indifferent to the dynamics of the societies of which they form part. For example, Hechanova, Melgar, Falguera and Villaverde (2014) reached the conclusion that the leader's role in an organization is crucial in the institutionalization of corruption. Mainly, the weight of the structures falls on the conduct of these leaders and their knowledge, or lack of it, about the corrupt practices in their own organization. If these corrupt practices are forgiven, authorized, allowed, or rewarded, it is more likely that the members of the organization will continue in this direction. In this regard, it has been shown that higher levels of corruption are expected in organizations that are perceived as more hierarchical (Fath & Kay, 2018). These perceptions were mediated by beliefs about the degree of

competitiveness among their employees. In other words, organizations perceived as more hierarchical were related to greater competitiveness among their employees, and, therefore, a greater tendency to commit corrupt actions was expected.

In her study on the influence of situational variables on corrupt behavior in organizations, Rabl (2011) highlights the importance of taking into account the interdependence of various factors in order to understand the corrupt behavior. This behavior would be the result of a complex relationship among psychological constructs such as emotions, cognitions, or volitions that would be influencing the decision-making process of individuals. In fact, some studies (Pelletier & Bligh, 2008) have shown that there is an amalgam of emotional reactions to corruption in organizational settings, including cynicism, pessimism, paranoia, and fear. These same emotional reactions were generally directed toward top managers in organizations, dysfunctional organizational practices, and so-called “ethical interventions”. Moreover, it is important to consider rationalization strategies used as *a posteriori* justifications for corrupt behavior. The rationalizations are not mainly used to justify the consequences of a corrupt action; instead, they are used to point out the “good intentions” behind this dishonest act (Rabl & Kühlmann, 2009). Another aspect that has received empirical support is referred to as an “entrepreneurial orientation” in the literature. Although the results have been ambiguous, studies have shown that some components of this construct, such as the risk orientation, foster a greater increase in the tendency to participate in corrupt activities (Karmann, Mauer, Flatten, & Brettel, 2016). However, the so-called “innovation orientation” –another component of this construct– helps to reduce this tendency to commit corrupt acts.

Cultural beliefs and values

Corrupt practices do not occur in a vacuum. Instead, they are embedded in a sociocultural context that conditions and defines them. There is a body of scientific

literature on the influence of cultural beliefs and values on the tendency to participate in corrupt activities. Rotondi and Stanca (2015) found that particularism (the fundamental belief that the moral value of actions depends on the context) was related to a reduction in the psychological cost of committing a corrupt act and, consequently, a greater probability of offering and receiving a bribe. Likewise, some studies (Liang et al., 2016) showed that high levels of self-esteem were related to a lower level of materialistic values, which in turn would contribute to reducing the tendency to carry out corrupt behaviors. Moreover, some studies found that a bribe at the organizational level is perceived as a more intolerable behavior than a bribe at the individual level in Chinese culture, whereas the opposite is true in United States culture (Liu et al., 2017). Furthermore, the perception of being judged socially reduces the possibility of participating in corrupt practices only in individuals who identify culturally with countries with low levels of corruption (Salmon & Serra, 2017).

In relation to the ideological framework of each individual, it is necessary to highlight that different studies have shown a relationship between adhering to a meritocratic ideology (where a person's success is mainly based on his/her aptitudes) and the conservation of existing hierarchical structures, which in turn would foster support for certain corrupt behaviors (Tan, Liu, Huang, & Zheng, 2017). Closely linked to this, members of the same research team showed that a greater orientation toward social dominance (preference for the maintenance of a dominant hierarchical order) was linked to less awareness of the phenomenon of corruption, although this relationship was mediated by the perception of having been treated unfairly (Tan, Liu, Huang, Zhao, & Zheng, 2016). In a similar study, Tan, Liu, Zheng and Huang (2016) pointed out that right-wing authoritarianism (characterized by the perception of the world as an unsafe and threatening place and seeking to legitimize traditional norms and authorities) was also directly linked to a greater tendency toward corruption. Again, this relationship was mediated by the perception of having been treated unfairly.

Without a doubt, people's vision of the world determines their emotions, thoughts, and affects. Bai, Liu, and Kou (2016) carried out a study to demonstrate that the belief in

a just world promotes a reduction in the perception of corruption, which leads to a reduction in one's intention to perform corrupt acts. Other studies (Tan, Liu, Huang, Zheng, & Liang, 2016) argued that the justification of the system in which one lives is linked to a lower perception of corruption. They also showed that confidence in the institutions mediated this relationship. This justification of the system has been defined as a motivation to consciously or unconsciously support social stability, even when one's interests are being attacked.

Finally, Bendahan, Zehnder, Pralong, and Antonakis (2015) focused on the way power affected people by causing them to act in their own interest. In their study, they showed that the inoculation of power in some individuals made them more immune to the psychological costs when they violated social norms, and they were more likely to put their own benefit ahead of the common good. These results showed that even those individuals who had a disposition to be honest and an optimistic belief about the good behavior of the leaders of an organization succumbed to the effects of being in a situation of power. On the other hand, some authors (Wang & Sun, 2016) were able to show that the relationship between power and corruption is not as clear as it might seem. A conception of personalistic power (the belief that power serves to achieve personal goals) promoted corrupt practices and tolerance toward this phenomenon, whereas a socialized conception of power (the belief that power serves to reach collective goals) contributed to reducing the tendency to participate in corrupt activities and reduced their tolerance. Because talking about power also means talking about politicians, there are some studies, such as the one by Fischer, Ferreira, Milfont and Pilati (2014), that focus on variables related to perception that can influence individuals' corrupt behavior. These authors found that the diffusion of images about politicians going unpunished in cases of corruption increased the possibility that people would behave in this way when the situation allowed it. In addition to perceiving these behaviors as beneficial, the people who participated in this study tended to elaborate cynical reasoning about the way the structures of the State function. They also had a lack of trust in the official institutions and less respect for the law, and they perceived that "anything goes" in these situations. Zalpa, Tapia, and Reyes (2014) found similar results when highlighting that, if the

exchange of favors was perceived as a “social obligation” in society, the practice of performing corrupt acts was more likely to be accepted and normalized. Balafoutas (2011) pointed out that the interactions between a government official and a *lobby* were highly influenced by the risk aversion of the former when defrauding the citizenry. However, if the citizens’ expectations about the government official declined, it was much easier for the *lobby* to bribe him/her and create a breeding ground for future corrupt transactions.

Perceived morals and norms

The perception of peers is also a fundamental factor to take into account when evaluating the tendency to participate in corrupt activities. If the environment is perceived as highly corrupt, the tendency to commit these same behaviors will skyrocket. This observation was confirmed by Dong, Dulleck and Torgler (2012) in their publication on “conditional corruption”. Likewise, when paying a bribe, people seem to take into account the opportunity costs of their behavior, which are closely linked to their perception of the norms and institutions under which they live (Guerrero & Rodríguez-Oreggia, 2008). If there are low levels of respect for the law, the benefits from these corrupt behaviors will be greater. Other studies are even more categorical when they show that the most important variables in defining people’s tendency to commit corrupt acts are social and personal norms and whether they perceive a specific opportunity to do so without experiencing negative consequences (Gorsira, Denkers, & Huisman, 2018). Therefore, the way the people around us think and behave, our own moral convictions, and the opportunity to be unharmed by the situation would explain a large part of the tendency to commit corrupt acts, and this has been shown in both civil servants and employees in the private sector. Banerjee (2016) also carried out studies to show that the perception of what is morally correct, or what has been called the “socially appropriate norm”, was a crucial factor in explaining why individuals performed behaviors linked to corruption.

Moreover, the way corruption presents itself influences the way the potential

offenders perceive it. For example, Barr and Serra (2009) designed an experiment in which they demonstrated that a situation presented as a corrupt act with negative consequences for an innocent victim produced a decline in the participants' inclination to offer bribes. In another series of studies, Köbis, Van Prooijen, Righetti, and Van Lange (2017) showed that people were more willing to participate in "severe" corrupt activities when they appeared abruptly rather than gradually, despite knowing that these behaviors were highly dishonest.

Dickel and Graeff (2018) showed that, along with the evaluation of future success in the transaction, the perceived high benefits and low costs were fundamental in the participants' decision to break the law and participate in corrupt acts. Unlike what one might think, the high probability of being discovered in a corrupt transaction did not change business owners' tendency to be corrupt. However, the more time they spent thinking about whether to participate in these corrupt situations, the higher the perceived costs, which resulted in less activity in dishonest behaviors. In another study, López-López, Bocarejo, Peralta, Pineda, and Mullet (2017) stated that tolerance to corruption is mainly the result of the means used to obtain benefits, and that it does not depend on the person's status or the reasons for his/her behavior.

To end this section, it is interesting to highlight that a greater perception of the degree of uncertainty helps to reduce the occurrence of corrupt behaviors (Berninghaus et al., 2013). In this regard, the hypothesis was also tested that a person's beliefs about the possibility of being discovered in a suspicious transaction better explained his/her future intention of committing corrupt acts, even more so than the person's attitude toward risk. Related to this, Abbink and Wu (2017) reached the conclusion that encouraging recognition by the parties involved that they are performing corrupt behaviors was highly effective in the fight to eradicate bribery. This efficacy declined considerably if only one of the parties involved admitted committing the crime. To this we have to add the fact that the participation of intermediaries in corrupt transactions contributes to reducing the perceived moral costs and, therefore, increases the possibility that people will perform corrupt behaviors (Drugov, Hamman, & Serra, 2014).

Personality and related variables

Can the perception of corruption affect a person's subjective wellbeing? Tay, Herian, and Diener (2014) carried out a study in which they concluded that people who perceived greater corruption around them tended to have lower levels of life satisfaction. Moreover, living in societies catalogued as corrupt harmed the life satisfaction levels of its inhabitants. However, the authors also nuance this by stating that western societies are especially susceptible to the negative effects of corruption, that economic factors such as the income level have a greater weight in the subjective wellbeing of more corrupt societies, and that the influence of corruption on wellbeing is indirect, as demonstrated by the lack of confidence the inhabitants of a country have in official institutions. In similar terms, Wu and Zhu (2016) discovered that the negative effects of having participated in corrupt activities on the person's happiness are moderated by his/her perception of the environment (whether the environment is perceived as corrupt or not). That is, the experience of having formed part of corruption reduced the life satisfaction levels only when the environment was perceived as having low levels of corruption. Complementarily, it has been observed that, when satisfaction with life was low, people who perceived a corrupt environment were also more likely to participate in politics (for example, by voting), but this relationship did not occur when satisfaction with life was high (Zheng, Liu, Huang, & Tan, 2017).

In spite of this, there are moral dilemmas that raise opposing situations and generate physiological responses in people who are trying to make a decision. This idea was analyzed by Jaber-López, García-Gallego, Perakakis, and Georgantzis (2014) in a study showing that people who made decisions without following the maxim "seek the greatest economic benefit possible" had higher levels of *arousal* than those who made decisions that led to performing corrupt acts and increasing their economic benefits. A possible solution might be offered in the study by Aremu, Pakes and Johnston (2011),

who demonstrated that improving the emotional intelligence of a group of police in Nigeria was related to a decline in the corruption levels in this corp.

There is also an incipient body of scientific literature that describes the relationship between sex and the tendency to commit corrupt behaviors. On the one hand, some studies (Żemojtel-Piotrowska, Marganski, Baran, & Piotrowski, 2017) show that women politicians were judged more harshly than men when they were caught participating in corruption scandals. This could be consistent with the study by Fišar, Kubák, Špalek and Tremewan (2016), who showed that women were less likely to offer bribes and less willing to punish corruption, although they also believed that corruption was more extended than men did. On the other hand, studies such as the one by Onifade and Bodunde (2009) highlight that men and women do not differ in their tendency to commit corrupt acts.

In addition, it is necessary to highlight the studies that have associated corruption with personality characteristics. First, Agbo and Iwundu (2016) pointed out that extraversion was directly related to the tendency to participate in corrupt activities, whereas traits such as meticulousness were indirectly related to this phenomenon. Regarding the participants' motivation, they showed that extrinsic motivation fostered corrupt behaviors, whereas the opposite occurred with higher levels of intrinsic motivation. Meanwhile, Zhao, Zhang and Xu (2016) revealed that the so-called "dark triad of personality" (narcissism, psychopathy, and Machiavellianism) was related to corrupt behaviors. Whereas narcissism, psychopathy, and Machiavellianism were all positively related to accepting bribes, only in the first two cases was this relationship mediated by the belief in good luck when avoiding punishment or negative consequences of their acts. In a similar study on personality characteristics, Vranka and Bahník (2018) showed that the probability of accepting a bribe was directly related to variables associated with honesty and humility, which implied that the act of accepting this type of corrupt practice involved ignoring the automatic response of honesty that is usually associated with a large part of the population.

Another study that analyzed the dynamics contributing to the appearance of

corrupt behaviors was carried out by Abraham, Suleeman and Takwin (2018). These authors reached the conclusion that people who identified with personality characteristics they did not have –but acted as if they did–, along with characteristics such as “an ethical mentality” and their image of themselves, had the ability to separate their moral reasoning capacity from their acts, which made them more likely to participate in corrupt activities. Lee and Guven (2013) also contributed to this line of research by showing that greater risk aversion was linked to less justification for paying kickbacks, that societies with a predominantly masculine view were more likely to play down the damage caused by corruption, and that past experiences with corruption would positively condition the way a person perceives and justifies this phenomenon.

Discussion

The purpose of this study was to analyze the psychological variables associated with corruption through a systematic review of the publications between 2008 and 2018. Specifically, the intention was to identify the variables examined in relation to corrupt behavior and synthesize the main results of the studies.

First, the present review study makes a novel contribution to the study of the phenomenon of corruption because it synthesizes the main results obtained on the psychological antecedents of corrupt behaviors. Not only is there no review of this type in the literature on corruption, but, in addition, the existing studies in this field have mainly used a macro approach (Mocan, 2008) based on an economic view (Philp & Dávid-Barrett, 2015).

Second, it is necessary to highlight the individual psychological variables that determine corruption and emerge in the present study. Regarding organizational settings, the studies show that aspects such as the organizational structure, the leaders' behavior, and situational variables play a role in the proliferation (or not) of possible corrupt practices. In this regard, the emotional reactions of the employees, the strategies they use

to justify corrupt behaviors, and their predisposition to risk also influence the configuration of an ethical organizational setting.

With regard to cultural beliefs and values, the results show that individualist, materialist, meritocratic, and authoritarian systems, as well as those characterized by social dominance, are closely linked to the tendency to participate in corrupt activities. However, it should be pointed out that not all societies view corrupt practices in the same way, either due to their conception of the opinion of other members of society or their expectations of public officials. It must be kept in mind that viewing the world as a fair place, justifying the dominant system, or being exposed to images of politicians involved in cases of corruption were also determinants in predicting participants' future corrupt behaviors. More ambiguous evidence was found for the classic power-corruption relationship. Whereas some studies pointed out that the inoculation of power increases corrupt behavior, others showed that the specific individual's conception of power is important.

Naturally, the perceived norms and moral costs are central factors in a person's intention to perform behaviors associated with corruption. Social norms have been found to play a role in this process, and the perception that people around us behave dishonestly contributes to further increasing this behavior. This is related to the expectation of being discovered, the possible negative consequences for third parties, the way situations of corruption appear, the aversion to risk, the presence of intermediaries in corrupt transactions, the calculation of possible personal benefits, and even whether there are perceived rewards for denouncing these practices.

Finally, personality traits associated with corrupt behaviors also have to be addressed. Traits such as psychopathy, narcissism, Machiavellianism, extraversion, extrinsic motivation, and low levels of life satisfaction or self-esteem foster corruption. Regarding the sex of the participants, the results were ambiguous. Whereas some studies confirmed that women have a greater tendency to carry out corrupt behaviors, others found no differences between the sexes. In the case of the power-corruption relationship,

something similar occurs. The results did not manage to establish a clear consensus about the conditions where power is accompanied by higher corruption levels.

One of the most significant conclusions emerging from the review of the articles is the scant production of scientific literature on corruption –from a psychological point of view– in Spain and Latin America. Only a few studies are exceptions to this dynamic (Guerrero & Rodríguez-Oreggia, 2008; Jaber-López et al., 2014; López-López et al., 2017; Zalpa et al., 2014), which is surprising given the population’s perception of corruption levels in the institutional organisms of these countries (Transparency International, 2017). Another pattern found was related to the type of sample predominantly found in the reviewed articles: university students (see, for example, Abbink & Wu, 2017; Agbo & Iwundu, 2016; Bai et al., 2016; Fišar et al., 2016; Onifade & Bodunde, 2009; Tan et al., 2016). Although it is true that students are a population frequently selected for scientific studies, the reach of a phenomenon like corruption requires further comprehension of its mechanisms by using more representative samples from the general population, if this is where one wants to study the phenomenon. An example of the latter can be found in studies such as those by López-López et al. (2017) and Wang and Sun (2016), which collect the perceptions of adults with a heterogeneous profile. Regarding the methodology used in the articles included in this review, there is a clear predominance of experimental (see, for example, Drugov et al., 2014) and correlational (see, for example, Liang et al., 2016) designs, but few qualitative studies (see, for example, Gorsira et al., 2018). Although clearly differentiated lines coexist in the research on corruption, represented by experimental studies and correlational studies (Abbink & Serra, 2012), the study of the processes that lead a person to participate in corrupt activities is a pending topic that should be addressed complementarily through qualitative studies. Moreover, some studies already talk about studying corrupt behaviors from a specific contextual approach, searching for the specificities of each practice and developing *ad hoc* evaluation tools (Johnsøn & Mason, 2013).

After carrying out this review, it is possible to consider which questions have not been addressed and would be possible future lines of research in this field. There are many

unresolved questions about aspects such as the perception of power, the sex of the individuals, and the mechanisms relating them to corruption, as well as personality variables and their interactions with these factors. In other words, the research could attempt to discover how different personality traits interact with people's inoculation of power, while also studying the role of sex. Moreover, it would be interesting to determine how the social norms are perceived by the participants during the decision-making process, and whether the situational variables and the format in which corruption presents itself help to distort these perceptions about others' behavior. Another line of research could be directed toward discovering the psychological processes underlying the participation in different corrupt behaviors depending on the context (hospitals, politics, universities, etc.).

It would also be interesting to discover the effects of these types of studies on implementing effective policies in the fight against corruption. A strong effort to reinforce the business ethic in all the areas and the strengthening of the anti-corruption laws are necessary measures, but not always sufficient. Detecting favorable environments for the proliferation of corrupt behaviors, providing education and awareness about the many formats in which this phenomenon appears, making an effort to implement protection and reward systems for those who denounce these practices, and even examining the treatment of cases of corruption by the communication media are only some of the most important recommendations that can be extracted from the reviewed articles. Despite this, it is important to remember that these are "corrupt behaviors" and not "corrupt people", which highlights the fact that sociocultural, economic, and situational variables can interact with psychological variables to create opportunities where any citizen might engage in these types of practices.

With regard to the study limitations, it should be mentioned that the search languages (Spanish and English) were an initial barrier to finding more literature on the topic in question. It was not possible to include studies written in other languages. Undoubtedly, one of the greatest limitations of this review was the inclusion of studies that had been published and annexed in the databases used. This means that there is a

large body of “grey literature” that is not reflected in the present systematic review. Specifically, all the studies that, for whatever reason, have not been published may have contributed to a possible publication bias (only studies are published that obtained the results desired by the researchers and not those that have obtained results contrary to the proposed hypotheses) in the results and conclusions of the present study. Likewise, the great heterogeneity of the studies in terms of the evaluation methods used and the data analyses made it impossible to carry out a meta-analysis to complement this systematic review. The direct consequence is that it is difficult to make an objective comparison of the results of the reviewed studies based on the statistical data offered, although this was not the objective of the present systematic review. Additionally, studies on corruption are characterized by using theoretical approaches from disciplines other than Psychology, which probably caused some empirical studies to be excluded from this review, even when similar methods were used.

Complementing these arguments for the importance of studying the variables associated with corruption, it is fundamental for both public and private institutions to have empirically tested information in order to implement programs to reduce the prevailing levels of corruption in society. In any case, it is still necessary –as mentioned above– to have more research on corruption from a psychological perspective, in order to obtain precise data to elaborate effective policies in the fight against this phenomenon, as this review was designed to demonstrate.

References

- Abbink, K., & Serra, D. (2012). Anticorruption Policies: Lessons from the Lab. *Research in Experimental Economics*, 15, 77–115. [https://doi.org/10.1108/S0193-2306\(2012\)0000015006](https://doi.org/10.1108/S0193-2306(2012)0000015006)
- *Abbink, K., & Wu, K. (2017). Reward self-reporting to deter corruption: An experiment on mitigating collusive bribery. *Journal of Economic Behavior & Organization*, 133, 256–272. <https://doi.org/10.1016/j.jebo.2016.09.013>
- *Abraham, J., Suleeman, J., & Takwin, B. (2018). The psychology of corruption: the role of the counterfeit self, entity self-theory, and outcome-based ethical mindset. *Journal of Psychological and Educational Research*, 26(2), 7-32. <https://doi.org/>
- *Agbo, A., & Iwundu, E. (2016). Corruption as a propensity: Personality and motivational determinants among Nigerians. *The Journal of Psychology: Interdisciplinary and Applied*, 150(4), 502–526. <https://doi.org/10.1080/00223980.2015.1107523>
- Andvig, J., & Fjeldstad, O. (2001). *Corruption: a review of contemporary research*. Bergen: Chr. Michelsen Institute.
- *Aremu, A., Pakes, F., & Johnston, L. (2011). The moderating effect of emotional intelligence on the reduction of corruption in the Nigerian police. *Police Practice & Research*, 12(3), 195–208. <https://doi.org/10.1080/15614263.2010.536724>
- Argandoña, A. (2001). Corruption: the corporate perspective. *Business Ethics: A European Review*, 10(2), 163-175.
- Argandoña, A. (2003). Private-to-private corruption. *Journal of Business Ethics*, 47, 253-267.
- Azfar, O., Lee, Y., & Swamy, A. (2001). The causes and consequences of corruption. *The Annals of the American Academy of Political and Social Science*, 573, 42-56.
- *Bai, B., Liu, X., & Kou, Y. (2016). Belief in a just world lowers bribery intention. *Asian Journal of Social Psychology*, 19(1), 66–75. <https://doi.org/10.1111/ajsp.12108>
- *Balafoutas, L. (2011). Public beliefs and corruption in a repeated psychological game. *Journal of Economic Behavior & Organization*, 78(1–2), 51–59. <https://doi.org/10.1016/j.jebo.2010.12.007>
- *Banerjee, R. (2016). On the interpretation of bribery in a laboratory corruption game: Moral frames and social norms. *Experimental Economics*, 19(1), 240–267. <https://doi.org/10.1007/s10683-015-9436-1>
- *Barr, A., & Serra, D. (2009). The effects of externalities and framing on bribery in a petty corruption experiment. *Experimental Economics*, 12(4), 488–503. <https://doi.org/10.1007/s10683-009-9225-9>

- *Bendahan, S., Zehnder, C., Pralong, F., & Antonakis, J. (2015). Leader corruption depends on power and testosterone. *Leadership Quarterly*, 26(2), 101–122. <https://doi.org/10.1016/j.leaqua.2014.07.010>
- *Berninghaus, S., Haller, S., Krüger, T., Neumann, T., Schosser, S., & Vogt, B. (2013). Risk attitude, beliefs, and information in a Corruption Game - An experimental analysis. *Journal of Economic Psychology*, 34, 46–60. <https://doi.org/10.1016/j.joep.2012.11.004>
- Cialdini, R., Reno, R., & Kallgren, C. (1990). A focus theory of normative conduct: Recycling the concept of norms to reduce littering in public places. *Journal of Personality and Social Psychology*, 58(6), 1015–1026. <https://doi.org/10.1037/0022-3514.58.6.1015>
- Connelly, B., & Ones, D. (2008). The personality of corruption: a national-level analysis. *Cross-Cultural Research*, 42(4), 353–385.
- *Dickel, P., & Graeff, P. (2018). Entrepreneurs' propensity for corruption: A vignette-based factorial survey. *Journal of Business Research*, 89, 77–86. <https://doi.org/10.1016/j.jbusres.2018.03.036>
- *Dong, B., Dulleck, U., & Torgler, B. (2012). Conditional corruption. *Journal of Economic Psychology*, 33(3), 609–627. <https://doi.org/10.1016/j.joep.2011.12.001>
- *Drugov, M., Hamman, J., & Serra, D. (2014). Intermediaries in corruption: An experiment. *Experimental Economics*, 17(1), 78–99. <https://doi.org/10.1007/s10683-013-9358-8>
- Elsevier. (2019). Mendeley. Elsevier. Retrieved from <https://www.mendeley.com/download-desktop/>
- *Fath, S., & Kay, A. (2018). “If hierarchical, then corrupt”: Exploring people's tendency to associate hierarchy with corruption in organizations. *Organizational Behavior and Human Decision Processes*, 149, 145–164. <https://doi.org/10.1016/j.obhdp.2018.10.004>
- Fehr, E., & Falk, A. (2002). Psychological foundations of incentives. *European Economic Review*, 46, 687–724. [https://doi.org/10.1016/S0014-2921\(01\)00208-2](https://doi.org/10.1016/S0014-2921(01)00208-2)
- *Fišar, M., Kubák, M., Špalek, J., & Tremewan, J. (2016). Gender differences in beliefs and actions in a framed corruption experiment. *Journal of Behavioral and Experimental Economics*, 63, 69–82. <https://doi.org/10.1016/j.socec.2016.05.004>
- *Fischer, R., Ferreira, M., Milfont, T., & Pilati, R. (2014). Culture of corruption? The effects of priming corruption images in a high corruption context. *Journal of Cross-Cultural Psychology*, 45(10), 1594–1605. <https://doi.org/10.1177/0022022114548874>
- Ghoshal, S., & Moran, P. (2005). Towards a Good Theory of Management. In J. Birkinshaw & G. Piramal (Eds.), *Sumantra Ghoshal on Management: A Force for Good*. Nueva Jersey: Financial Times/Prentice Hall.
- Gino, F., Ayal, S., & Ariely, D. (2009). Contagion and differentiation in unethical behavior: The effect of one bad apple on the barrel. *Psychological Science*, 20(3), 393–398. <https://doi.org/10.1111/j.1467-9280.2009.02306.x>

- *Gorsira, M., Denkers, A., & Huisman, W. (2018). Both sides of the coin: Motives for corruption among public officials and business employees. *Journal of Business Ethics*, 151(1), 179–194. <https://doi.org/10.1007/s10551-016-3219-2>
- *Guerrero, M., & Rodríguez-Oreggia, E. (2008). On the individual decisions to commit corruption: A methodological complement. *Journal of Economic Behavior and Organization*, 65, 357–372. <https://doi.org/10.1016/j.jebo.2005.09.006>
- *Hechanova, R., Melgar, I., Falguera, P., & Villaverde, M. (2014). Organisational culture and workplace corruption in government hospitals. *Journal of Pacific Rim Psychology*, 8(2), 62–70. <https://doi.org/10.1017/prp.2014.5>
- *Jaber-López, T., García-Gallego, A., Perakakis, P., & Georgantzis, N. (2014). Physiological and behavioral patterns of corruption. *Frontiers in Behavioral Neuroscience*, 8(434). <https://doi.org/10.3389/fnbeh.2014.00434>
- Jain, A. (2001). Corruption: A review. *Journal of Economic Surveys*, 15, 71–121.
- Jancsics, D. (2014). Interdisciplinary perspectives on Corruption. *Sociology Compass*, 8(4), 358–372. <https://doi.org/10.1111/soc4.12146>
- Johnsøn, J., & Mason, P. (2013). *The Proxy Challenge: Why bespoke proxy indicators can help solve the anti-corruption measurement problem* (U4 Brief) (pp. 1–6). Bergen.
- Julián, M., & Bonavia, T. (2017). Aproximaciones Psicosociales a la Corrupción: Una Revisión Teórica. *Revista Colombiana de Psicología*, 26(2), 231–243. <https://doi.org/10.15446/rcp.v26n2.59353>
- *Karmann, T., Mauer, R., Flatten, T., & Brettel, M. (2016). Entrepreneurial orientation and corruption. *Journal of Business Ethics*, 133(2), 223–234. <https://doi.org/10.1007/s10551-014-2305-6>
- Kingshott, R., & Dincer, O. (2008). Determinant of public service employee corruption: a conceptual model from the Psychological Contract Perspective. *Journal of Industrial Relations*, 50(1), 69-85.
- *Köbis, N., Van Prooijen, J.-W., Righetti, F., & Van Lange, P. (2017). The road to bribery and corruption: Slippery slope or steep cliff? *Psychological Science*, 28(3), 297–306. <https://doi.org/10.1177/0956797616682026>
- *Lee, W., & Guven, C. (2013). Engaging in corruption: The influence of cultural values and contagion effects at the microlevel. *Journal of Economic Psychology*, 39, 287–300. <https://doi.org/10.1016/j.joep.2013.09.006>
- *Liang, Y., Liu, L., Tan, X., Huang, Z., Dang, J., & Zheng, W. (2016). The effect of self-esteem on corrupt intention: The mediating role of materialism. *Frontiers in Psychology*, 7, 1–11. <https://doi.org/10.3389/fpsyg.2016.01063>
- *Liu, Z., Liu, X., Hong, Y., Brockner, J., Tam, K., & Li, Y. (2017). Is individual bribery or organizational bribery more intolerable in China (versus in the United States)? Advancing theory on the perception of corrupt acts. *Organizational*

- Behavior and Human Decision Processes*, 143, 111–128.
<https://doi.org/10.1016/j.obhdp.2016.12.002>
- *López-López, W., Bocarejo, M., Peralta, D., Pineda, C., & Mullet, E. (2017). Mapping Colombian citizens' views regarding ordinary corruption: Threat, bribery, and the illicit sharing of confidential information. *Social Indicators Research*, 133(1), 259–273. <https://doi.org/10.1007/s11205-016-1366-6>
- Melgar, N., Rossi, M., & Smith, T. (2010). The perception of corruption. *International Journal of Public Opinion Research*, 22(1), 120-131.
- Mocan, N. (2008). What determines corruption? International evidence from microdata. *Economic Inquiry*, 46, 493–510.
- Moher, D., Liberati, A., Tetzlaff, J., Altman, D., The PRISMA Group. (2009). Preferred Reporting Items for Systematic Reviews and Meta-Analyses: The PRISMA Statement. *PLoS Medicine*, 6(6): e1000097.
<https://doi.org/10.1371/journal.pmed1000097>
- *Onifade, C., & Bodunde, H. (2009). Gender differences in students' response to corrupt practices in Nigeria. *Gender & Behaviour*, 7(1), 2162–2172.
<https://doi.org/10.4314/gab.v7i1.45037>
- *Pelletier, K., & Bligh, M. (2008). The aftermath of organizational corruption: Employee attributions and emotional reactions. *Journal of Business Ethics*, 80(4), 823–844. <https://doi.org/10.1007/s10551-007-9471-8>
- Petticrew, M., & Roberts, H. (2006). *Systematic reviews in the social sciences: a practical guide*. Oxford: Blackwell Publishing.
- Philp, M., & Dávid-Barrett, E. (2015). Realism about political corruption. *Annual Review of Political Science*, 18, 387-402. <https://doi.org/10.1146/annurev-polisci-092012-134421>
- *Rabl, T. (2011). The impact of situational influences on corruption in organizations. *Journal of Business Ethics*, 100(1), 85–101. <https://doi.org/10.1007/s10551-011-0768-2>
- *Rabl, T., & Kühmann, T. (2009). Why or why not? Rationalizing corruption in organizations. *Cross Cultural Management*, 16(3), 268–286.
<https://doi.org/10.1108/13527600910977355>
- Rose-Ackerman, S. (1999). *Corruption and Government: Causes, Consequences and Reform*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Rose-Ackerman, S. (2006). *International handbook on the economics of corruption*. Northampton: Edward Elgar.
- *Rotondi, V., & Stanca, L. (2015). The effect of particularism on corruption: theory and empirical evidence. *Journal of Economic Psychology*, 51, 219-235.
<https://doi.org/10.1016/j.joep.2015.09.008>

- *Salmon, T., & Serra, D. (2017). Corruption, social judgment and culture: An experiment. *Journal of Economic Behavior & Organization*, 142, 64–78. <https://doi.org/10.1016/j.jebo.2017.06.004>
- Svensson, J. (2005). Eight questions about corruption. *Journal of Economic Perspectives*, 19(3), 19-42.
- *Tan, X., Liu, L., Huang, Z., Zhao, X., & Zheng, W. (2016). The Dampening Effect of Social Dominance Orientation on Awareness of Corruption: Moral Outrage as a Mediator. *Social Indicators Research*, 125(1), 89–102. <https://doi.org/10.1007/s11205-014-0838-9>
- *Tan, X., Liu, L., Huang, Z., Zheng, W., & Liang, Y. (2016). The Effects of General System Justification on Corruption Perception and Intent. *Frontiers in Psychology*, 7, 1–11. <https://doi.org/10.3389/fpsyg.2016.01107>
- *Tan, X., Liu, L., Huang, Z., & Zheng, W. (2017). Working for the Hierarchical System: The Role of Meritocratic Ideology in the Endorsement of Corruption. *Political Psychology*, 38(3), 469–479. <https://doi.org/10.1111/pops.12341>
- *Tan, X., Liu, L., Zheng, W., & Huang, Z. (2016). Effects of social dominance orientation and right-wing authoritarianism on corrupt intention: The role of moral outrage. *International Journal of Psychology*, 51(3), 213–219. <https://doi.org/10.1002/ijop.12148>
- Tavits, M. (2010). Why Do People Engage in Corruption? The Case of Estonia. *Social Forces*, 88(3), 1257–1280. <https://doi.org/10.1353/sof.0.0288>
- *Tay, L., Herian, M., & Diener, E. (2014). Detrimental Effects of Corruption on Subjective Well-Being: Whether, How, and When. *Social Psychological and Personality Science*, 5(7), 751–759. <https://doi.org/10.1177/1948550614528544>
- Transparency International. (2009). *The Anti-Corruption Plain Language Guide*. Transparency International. Retrieved from www.transparency.org
- Transparency International. (2017). *People and Corruption: Citizens' Voices From Around The World*. Berlin. Retrieved from http://files.transparency.org/content/download/2161/13659/file/GCB_Citizens_voices_FINAL.pdf
- *Vranka, M., & Bahník, S. (2018). Predictors of bribe-taking: the role of bribe size and personality. *Frontiers in Psychology*, 9(10), 1511. <https://doi.org/10.3389/fpsyg.2018.01511>
- *Wang, F., & Sun, X. (2016). Absolute power leads to absolute corruption? Impact of power on corruption depending on the concepts of power one holds. *European Journal of Social Psychology*, 46(1), 77–89. <https://doi.org/10.1002/ejsp.2134>
- *Wu, Y., & Zhu, J. (2016). When Are People Unhappy? Corruption Experience, Environment, and Life Satisfaction in Mainland China. *Journal of Happiness Studies*, 17(3), 1125–1147. <https://doi.org/10.1007/s10902-015-9635-7>

- Zaloznaya, M. (2014). The social psychology of corruption: Why it does not exist and why it should. *Sociology Compass*, 8(2), 187–202. <https://doi.org/10.1111/soc4.12120>
- *Zalpa, G., Tapia, E., & Reyes, J. (2014). “El que a buen árbol se arrima...” intercambio de favores y corrupción. *Cultura y representaciones sociales*, 9(17), 149-176.
- *Żemojtel-Piotrowska, M., Marganski, A., Baran, T., & Piotrowski, J. (2017). Corruption and sexual scandal: The importance of politician gender. *Anales de Psicología*, 33(1), 133–141. <https://doi.org/10.6018/analesps.32.3.229171>
- *Zhao, H., Zhang, H., & Xu, Y. (2016). Does the dark triad of personality predict corrupt intention? The mediating role of belief in good luck. *Frontiers in Psychology*, 7, 1–16. <https://doi.org/10.3389/fpsyg.2016.00608>
- *Zheng, W., Liu, L., Huang, Z., & Tan, X. (2017). Life satisfaction as a buffer of the relationship between corruption perception and political participation. *Social Indicators Research*, 132(2), 907–923. <https://doi.org/10.1007/s11205-016-1318-1>

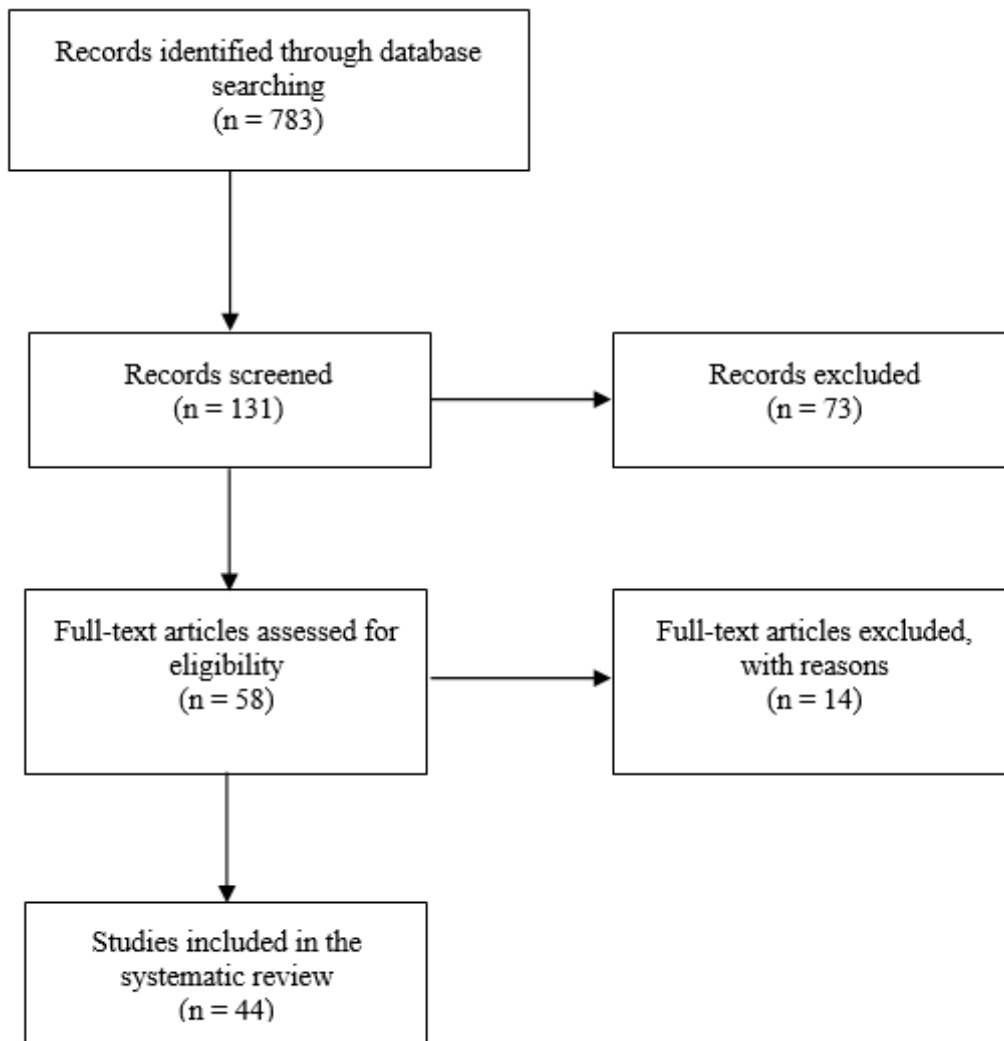


Figure 1. Flux diagram followed to carry out the systematic review. Adapted from “Preferred Reporting Items for Systematic Reviews and Meta-Analyses: The PRISMA Statement” by D. Moher, A. Liberati, J. Tetzlaff, D. Altman, & The PRISMA Group, 2009, *PLoS Medicine*, 6(6): e1000097.

Estudio 2: Aproximaciones psicosociales a la corrupción: una revisión teórica

Martín Julián¹, Tomas Bonavia¹

¹ Departamento de Psicología Social, Universidad de Valencia, Valencia, Spain

Referencia: Julián, M., y Bonavia, T. (2017). Aproximaciones psicosociales a la corrupción: una revisión teórica. *Revista Colombiana de Psicología*, 26(2), 231-243.
<https://doi.org/10.15446/rcp.v26n2.59353>

Este trabajo aborda la consecución del objetivo específico 2 de la presente tesis doctoral: explorar las principales perspectivas psicológicas que podrían aplicarse al estudio del fenómeno de la corrupción. Para ello, se realizó una revisión teórica de distintos aportes de la Psicología Social, tanto en el ámbito anglosajón como hispanoamericano. Con ello, se pudo obtener una perspectiva diferente que guíe futuros estudios de la conducta corrupta y su relación con los factores psicosociales que contribuyen a su aparición, mantenimiento y erradicación. Teniendo en cuenta la multiplicidad de enfoques teóricos derivados de este campo, este artículo abrió una línea de investigación para el planteamiento del siguiente estudio: ¿cuáles son los principales predictores psicosociales de la conducta corrupta?

Resumen

La corrupción es una práctica extendida en las sociedades actuales que, a pesar de su relevancia social, se ha estudiado desde postulados mayoritariamente economicistas. El presente artículo revisa y analiza de manera crítica este fenómeno desde las principales teorías de la Psicología Social y presenta una serie de implicaciones prácticas a la hora de reducirlo. Se destaca la influencia del comportamiento de los iguales y las normas sociales, las percepciones de riesgo, el papel de las emociones, la ética comportamental y la relación de la corrupción con el poder. Proponemos que la investigación apunte hacia el estudio de los principales factores psicosociales de la conducta corrupta desde una aproximación interdisciplinar.

Palabras clave: Psicología Social, corrupción; revisión; teorías; reformas.

Abstract

Despite its social relevance, corruption is an extended activity in present societies that has been studied from economic backgrounds fundamentally. The current paper revises and analyzes critically the main theoretical approaches from a psychosocial point of view and outlines several practical measures to face corruption's phenomenon. It is stressed the importance of factors like the influence of peer's behavior and social norms, risk perceptions, the role of emotions, behavioral ethics and power-corruption relationship. Future research aims to study psychosocial factors of corrupt behavior from an interdisciplinary focus.

Keywords: Social Psychology, corruption; review; theories; reforms.

La corrupción es un fenómeno multifacético y difícil de aprehender por su propia naturaleza, ya que adopta diversas formas y funciones dependiendo del contexto en el que se desarrolle (Andvig y Fjeldstad, 2001). Dado que ha sido estudiada desde diversas disciplinas, las definiciones varían conforme lo hace el marco teórico que se utiliza: desde un problema estructural de las esferas políticas y económicas, hasta el producto del declive de la moral del individuo y sus distinciones culturales. Sin embargo, y con una finalidad exclusivamente operativa, en este trabajo se hará uso de la definición posiblemente más inclusiva sobre la corrupción, que la entiende como “el abuso de un poder encomendado para un beneficio personal” (Transparency International, 2009, 14). Asimismo, convendría aclarar en este punto diversas manifestaciones asociadas a la corrupción con las que aparece frecuentemente unida (Andvig y Fjeldstad, 2001): el soborno, que consiste en un pago dado o recibido en una relación corrupta y que es la misma esencia de una conducta corrupta; la malversación, la cual se basa en la desviación de fondos públicos que deberían ser administrados para un uso diferente; el fraude, que es un delito económico que implica un engaño o una estafa a través de la manipulación de hechos e información (frecuentemente un funcionario público); la extorsión, que es el dinero u otros recursos derivados del uso de la coerción, la violencia y la amenaza de emplear la fuerza; y el favoritismo, que se basa en la adjudicación de recursos públicos de manera arbitraria para favorecer a determinadas personas o grupos. Al mismo tiempo, Abbink, Irlenbusch, y Renner (2002) resaltan tres rasgos característicos del fenómeno de la corrupción: implica una relación de confianza y reciprocidad entre los implicados; conlleva consecuencias negativas para terceros; y es una actividad inherentemente riesgosa, ya que los implicados se ven expuestos a ser castigados.

Philp y Dávid-Barrett (2015) apuntan que la característica más llamativa de la literatura sobre corrupción en los últimos 30 años ha sido la notable ascendencia de los estudios provenientes del campo de la Economía, desplazando del tablero a los politólogos y a los investigadores del desarrollo humano.

Con todo, Fehr y Falk (2002) señalan que la visión clásica de la Economía (el ser humano como un agente racional) es simplista y no recoge la importancia de los factores no monetarios como el deseo de recibir aprobación social o la reciprocidad. Lo cual conduce al apartado nuclear de este trabajo: la visión psicosocial de la corrupción. Zaliznaya (2014) critica que, a pesar de la importancia geopolítica, los costes sociales y su rol predominante en las ciencias económicas y políticas, la corrupción es un tema poco común en la Psicología Social.

Hasta el momento no se constatan revisiones que hayan analizado la perspectiva psicosocial en el estudio de la conducta corrupta. Por ende, el objetivo general del presente artículo es explicar el fenómeno de la corrupción desde una aproximación psicosocial, para su inclusión en el debate académico de nuestra disciplina, y analizar una serie de implicaciones prácticas eficaces en la lucha contra la corrupción.

Aportaciones de la Psicología Social al estudio de la corrupción

El comportamiento de los iguales y las normas sociales

Ciertos estudios (Gino y Bazerman, 2009; Gino y Galinsky, 2012) encuentran que la proximidad psicológica a personas que cometen actos corruptos hace que aumente la

tendencia propia a realizar esas mismas conductas, y que estas conductas corruptas son más proclives de ser aceptadas por los demás si ha habido una erosión gradual de los criterios éticos más que un cambio abrupto (dicho fenómeno recibe el nombre de “efecto de la pendiente resbaladiza” -o “slippery slope effect”, en inglés-). Esta explicación ayudaría a entender la institucionalización de la corrupción: si un individuo percibe que sus conductas (catalogadas como corruptas) son normales en su grupo, entonces dichas conductas no constituirán una violación de las normas del grupo. Por consiguiente, habrá un reforzamiento intragrupal de las conductas corruptas y un aumento en la dificultad para reducirlas en un futuro. En términos similares se manifiesta Mishra (2006) cuando apunta que es la omnipresencia de las conductas corruptas la que contribuye a su persistencia. Es decir, en aquellas sociedades donde el comportarse de manera corrupta se convierte en algo normalizado y conveniente, las políticas e incentivos contra la corrupción pierden toda su eficacia.

Tales estudios llevan, casi de manera obligada, a introducir la “teoría del aprendizaje social” (Bandura, 1977). Según este autor, las personas aprenden a través de la observación de las actitudes, del comportamiento de los demás y de su resultado. El comportamiento, pues, sería el resultado de una continua interacción entre aspectos comportamentales, cognitivos y ambientales. Aplicado al fenómeno de la corrupción, si una persona percibe que en su entorno hay un número elevado de personas que cometen actos corruptos, que obtienen beneficios de esa conducta y que es ampliamente aceptada, es mucho más probable que se imite tal conducta corrupta en un futuro.

Gino, Ayal y Ariely (2009) afirman que el comportamiento deshonesto de los demás puede influenciar el comportamiento del observador de varias maneras: en primer lugar, al estar expuesto a las conductas corruptas de otros sin penalización, el observador de tales conductas rebaja la probabilidad que tiene de ser detectado si cometiera los mismos actos; en segundo lugar, si una conducta deshonestas se percibe como algo llamativo, aparece una tendencia a evaluar los propios criterios éticos de manera más rígida y a prestarles mayor atención, con el consecuente resultado de que sea más difícil ejecutar una conducta corrupta en un futuro; y en tercer lugar, la observación de una conducta deshonestas puede llevar a un replanteamiento de las normas sociales relacionadas con la deshonestidad (Cialdini y Trost, 1998). Esto último está relacionado con lo que propone la “teoría centrada en la norma” (Cialdini, Reno y Kallgren, 1990), la cual explica que el contexto social determina cuál de las normas (descriptivas y prescriptivas) atiende un individuo en un momento particular y cómo esa norma afecta al comportamiento inmediato. Las normas descriptivas serían aquellas que especifican qué es lo que hace la mayoría de la gente en una situación concreta, mientras que las normas prescriptivas aclaran qué comportamientos son aprobados o desaprobados por las personas.

Además del comportamiento de los otros y de las normas sociales, un factor importante es el grado en el que una persona se siente identificada con los otros a los que observa. Concretamente, si la identificación es alta, el comportamiento de los otros influirá de manera más potente en el propio comportamiento. La “teoría de la identidad social” (Tajfel, 1982; Tajfel y Turner, 1986) destaca que los miembros de un grupo toman a su propio grupo como referencia para mantener una identidad social y una autoestima positivas y, por tanto, son más propensos a cumplir aquellas normas que potencian una

mayor identidad intragrupal (en detrimento de aquellas normas que les identifican con un grupo ajeno).

La percepción del riesgo

Las transacciones corruptas se caracterizan, entre otros elementos, por la exposición tanto del que soborna como de quien es sobornado a situaciones de riesgo una y otra vez. Para estos actores, por ende, es importante saber evaluar la probabilidad de riesgo que tienen de ser detectados al cometer tales conductas. Algunos autores (Frederick, 2005; Kahneman y Tversky, 1973; Tversky y Kahneman, 1983) parten de la idea de que las personas carecen de la habilidad para formar creencias acertadas acerca de la probabilidad de ocurrencia de tales situaciones de riesgo. Específicamente, Kahneman (2012) apunta que la subestimación de algunos sucesos responde a las elecciones que se hacen basándose en la experiencia, es decir, situaciones en las que las personas se enfrentan a la misma fuente una y otra vez (como es en el caso de las transacciones corruptas). De igual modo, este autor reconoce que, aunque esta hipótesis todavía carece del sustento suficiente, hay un acuerdo generalizado en que una de las causas más importantes en la subestimación de la ocurrencia de sucesos poco comunes es que muchas personas jamás hayan experimentado semejante situación. Esto constituye una excepción en el marco de la “teoría prospectiva” (Kahneman y Tversky, 1979), la cual propone que se suele sobreestimar la frecuencia de los sucesos poco comunes.

Djawadi y Fahr (2013) también han investigado la percepción de riesgo frente a conductas corruptas. En dicho estudio, llegaron a la conclusión de que el cálculo erróneo en la percepción de un riesgo era aún más importante que la propia actitud que se adoptaba

ante dicho riesgo. Además, esta errónea percepción del riesgo tendía a aumentar conforme lo hacía la experiencia del individuo en la comisión de conductas corruptas. En este sentido, la implicación práctica parece sugerir que las políticas preventivas de detección y sanciones a la hora de reducir tales conductas corruptas suelen ser menos efectivas una vez que las personas implicadas ya tienen un largo historial delictivo.

El papel de las emociones

Ya se ha podido observar la influencia de factores como el comportamiento de los demás, las normas sociales o las percepciones de riesgo de las personas ante situaciones poco comunes. Pero, ¿qué ocurre con las emociones?, ¿participan en el proceso de aparición y mantenimiento de las conductas corruptas? Smith-Crowe y Warren (2014) proponen un modelo teórico que gira en torno al papel que tienen las emociones morales: el modelo de la corrupción colectiva a través de la emoción evocada. Basándose en investigaciones previas (Greene *et al.*, 2001; Greene y Haidt, 2002; Haidt, 2001; Sonenshein, 2009; Warren y Smith-Crowe, 2008), las asunciones teóricas de este marco son las siguientes: la corrupción es un fenómeno que ocurre en las organizaciones; el modelo parte de un incidente llamativo como es la violación de una regla formal o informal por parte de un individuo de la organización (acción que, fuera de la organización, es apropiada). Los individuos bienintencionados experimentan ambigüedad moral al enfrentarse a este tipo de situaciones. Los miembros que se identifican con la organización a la que pertenecen tienden a sentir culpa o vergüenza cuando son juzgados por llevar a cabo prácticas que son inconsistentes con las prácticas corruptas que son mayoritarias en la organización. Tales reacciones emocionales conducen a que los individuos implicados cambien su

manera de sentir y de pensar para estar en sintonía con la asunción de esos actos corruptos. Al cambiar su manera de pensar y sentir, pasan a experimentar orgullo por los mismos comportamientos y, de esta manera, potencian la espiral de conductas corruptas dentro de la propia organización. Por otro lado, aquellos miembros que no sienten particularmente identificados con su organización, sienten rabia y desprecio cuando son juzgados por realizar prácticas que no son acordes con las prácticas corruptas extendidas entre sus compañeros. Por ello es menos probable que estas personas imiten estas conductas corruptas en un futuro. Keltner y Lerner (2010) aclaran este hecho al señalar que las emociones influyen en el juicio y proceso de decisión de los individuos haciendo que cada decisión y cada juicio sea acorde con la emoción que está experimentando.

Ética comportamental

Ahora bien, ¿qué ocurre cuando una persona, autocatalogada como honesta, realiza una conducta corrupta? Lo que diversos estudios encuadrados dentro del campo de la “ética comportamental” señalan es que los seres humanos somos extremadamente buenos en racionalizar aquellos actos poco éticos si somos beneficiados por ello (Soreide, 2014, 29). La “teoría del mantenimiento del autoconcepto” (Mazar, Amir y Ariely, 2008) asume que las personas recurren a mecanismos diversos para cuadrar sus principios éticos con ocasionales conductas deshonestas, reduciendo así la disonancia cognitiva que se genera. Así, habría un “rango” de conductas deshonestas que la persona fabricaría a su conveniencia para poder mantener su autoconcepto cuando comete alguna de esas actividades poco éticas. Es decir, si las personas son plenamente conscientes de sus valores éticos, cualquier acción deshonestá repercutirá con mayor intensidad en su

autoconcepto y le conducirá a seguir unos criterios éticos aún más estrictos en su comportamiento de cara al futuro. Por el contrario, si se carece de consciencia de los valores éticos propios, los actos deshonestos no harán mella en el autoconcepto y no serán etiquetados de manera negativa, manteniendo su autoconcepto y aumentando la comisión de actos deshonestos en el futuro.

Otra de las posibles explicaciones es la llamada “pendiente resbaladiza de las conductas deshonestas”, la cual se basa en que la comisión de pequeñas conductas deshonestas de manera gradual y a lo largo del tiempo lleva a las personas a cometer conductas deshonestas mayores en el futuro (Welsh, Ordóñez, Snyder y Christian, 2015). Estas últimas conductas serían impensables para los individuos si aparecieran de manera abrupta. Debido a que las personas experimentan mayor facilidad para justificar pequeñas conductas deshonestas en oposición a grandes actos deshonestos (Mazar *et al.*, 2008), la desactivación de los mecanismos de autorregulación morales sucede con mayor frecuencia cuando las conductas deshonestas se dan gradualmente y no abruptamente.

Íntimamente ligada a las explicaciones anteriores, la autojustificación de las conductas deshonestas aparece como uno de los medios comunes para atajar la amenaza al autoconcepto (Shalvi, Gino, Barkan y Ayal, 2015). En este sentido, las justificaciones pueden darse antes y/o después de haber cometido dicha conducta. Las justificaciones previas ayudan a las personas a etiquetar los actos que van a cometer como menos inmorales y reducen su futura disonancia cognitiva; pero, por otra parte, las justificaciones posteriores se dirigen a compensar las conductas poco éticas y modificar la disonancia cognitiva. Algunas de las justificaciones previas a la violación de un

principio ético son: la ambigüedad, que se produce cuando las personas perciben las normas o reglas de una situación como poco claras (Schweitzer y Hsee, 2002); el altruismo, cuando las personas perciben que tal violación se justifica por el beneficio tanto personal como ajeno que acarrearán las consecuencias (Erat y Gneezy, 2012); y la licencia moral, cuando las personas se creen autorizadas moralmente a comportarse de manera corrupta debido al historial personal de acciones éticas sostenidas en el tiempo (Mazar y Zhong, 2010). Las justificaciones *a posteriori* son utilizadas como actos de limpieza, que pueden ser físicos como lavarse las manos o simbólicos como refugiarse en directrices religiosas (Monin y Miller, 2001); la confesión, cuando las personas admiten su culpa para sentirse mejor (Peer, Acquisti y Shalvi, 2014); y el distanciamiento, que consiste en centrar la atención en las acciones poco éticas de los demás para verse uno mismo de manera positiva (Barkan, Ayal, Gino y Ariely, 2012).

Poder

A menudo, la corrupción suele ser asociada con el poder. Sin embargo, Wang y Sun (2015) resaltan que la relación entre el poder y la corrupción es menos evidente de lo que cabría pensar. El tener poder no solo implica una oportunidad para incrementar el beneficio personal, sino que también ofrece una oportunidad para utilizarlo en beneficio de los demás (Chen, Lee-Chai y Bargh, 2001; Sassenberg, Ellemers y Scheepers, 2012; Sassenberg, Ellemers, Scheepers y Scholl, 2014; Scheepers, Ellemers, y Sassenberg, 2013; Torelli y Shavitt, 2010; Zhong, Magee, Maddux y Galinsky, 2006). A la creencia generalizada de que el poder corrompe y de que quienes lo sustentan solo miran por su propio interés (Fiske, 1993; Galinsky, Gruenfeld y Magee, 2003; Keltner, Gruenfeld y

Anderson, 2003), se oponen numerosos estudios que apoyan la idea de que el poder también puede ser un instrumento para promover conductas prosociales. Concretamente, se ha encontrado relación entre tener la sensación de sustentar altos niveles de poder y la capacidad para entender a los demás (Russell y Fiske, 2010), promover la empatía (Hall, Murphy y Mast, 2006), y un aumento de la sensibilidad interpersonal (Schmid Mast, Jonas y Hall, 2009). Por tanto, el impacto del poder en la corrupción no solo estaría mediado por la capacidad de poder *per se*, sino por la intención con la que se utiliza ese poder.

Implicaciones prácticas

La formulación de diversos marcos teóricos acerca de la corrupción ha derivado en algunas medidas prácticas para luchar contra este fenómeno. No ha sido una tarea fácil, ya que la propia naturaleza difícilmente observable de esta actividad dificulta que se pueda contrastar la eficacia de las medidas adoptadas (Abbink y Serra, 2012). En este apartado, se señalarán las recomendaciones que se han probado más eficaces en la lucha contra la corrupción y que responden a la creciente necesidad de trasladar los resultados empíricos a la práctica cotidiana de las organizaciones afectadas.

Como decimos, gran parte de las recomendaciones prácticas derivadas de los estudios sobre corrupción hay que tomarlas con cautela por varios motivos: en primer lugar, la investigación es limitada y tremendamente heterogénea; en segundo lugar, los obstáculos metodológicos a la hora de estudiar la conducta corrupta siguen siendo importantes; y, en tercer lugar, los expertos en la materia aún tienen dudas acerca del diseño óptimo que deberían tener estas recomendaciones en su implantación (Soreide, 2014). Las teorías

psicosociales, por otra parte, ofrecen un punto de partida diferente a las teorías economicistas acerca de cómo tratar el problema de la corrupción: en lugar de focalizarse en el cambio del sistema de incentivos como proponen los economistas, abordan un cambio en el sistema de valores (Bardhan, 2006). En otras palabras, si los incentivos no monetarios también influyen en la conducta corrupta, las intervenciones para reducir la corrupción que se basen exclusivamente en atacar los incentivos monetarios están destinadas a fracasar, sobre todo en países o instituciones donde la corrupción es sistémica y, por lo mismo, aceptada socialmente (Abbink y Serra, 2012).

Uno de los mayores problemas de la corrupción tiene que ver con el hecho de que muchos funcionarios públicos están en puestos donde sus acciones pueden repercutir de manera importante en personas, empresas y otras organizaciones (Andvig y Fjeldstad, 2001). En muchos casos, los agentes que se encargan de destapar los distintos casos de corrupción trabajan codo a codo con quienes ejecutan tales conductas lesivas, por lo que se someten a un dilema: si denuncian los casos de corrupción se sitúan en una situación en la que es complicado seguir extrayendo más información; pero si aceptan implícitamente (es decir, no denuncian) los casos de corrupción, están permitiendo que estas conductas se perpetúen y se hagan extensibles a más personas.

Una de las medidas que ha recibido un respaldo empírico no concluyente es la que se refiere a los sueldos y contratación de los trabajadores del sector público. En referencia a esto último, Evans y Rauch (2000) confirman que un sistema de contratación basado en los méritos del candidato está asociado a mayores proporciones de trabajadores cualificados, lo que reduciría las conductas corruptas. Van Rijckeghem y Weder (2001)

hallaron una relación negativa y estadísticamente significativa entre los salarios públicos más elevados y menores niveles de corrupción. De la misma manera, reconocen que la relación es bilateral, por lo que los países más corruptos tienden a asumir que los trabajadores del sector público ya recompensan sus bajos salarios a través de prácticas corruptas, alimentando otra vez la relación perniciosa entre ambas variables. Estas vicisitudes propias de sistemas corruptos ponen en duda que la subida de salarios sea una medida eficaz y menos costosa a la hora de luchar contra la corrupción. También, Treisman (2000), Swamy *et al.* (2001) y Manow (2005) encuentran resultados ambiguos respecto al hecho de que una subida del salario de los trabajadores de este sector conlleve una eficaz reducción de los comportamientos corruptos. La efectividad de esta medida (pagar salarios justos a los funcionarios públicos) está altamente condicionada por el contexto social en el que se inserta, por lo que tendría que analizarse caso a caso la conveniencia de su aplicación (Abbink y Serra, 2012).

El efecto de la rotación de los trabajadores del sector público es otra posible medida anticorrupción. Abbink (2004) puso a prueba en el laboratorio una medida empleada por el gobierno alemán en el año 1998: la rotación de los trabajadores en las áreas más sensibles de cometer conductas corruptas. Los resultados apuntaron a que la rotación de los trabajadores constituía una prometedora herramienta de cara a evitar sobornos, aunque habría que estudiar si esta herramienta es económicamente eficiente debido a los costes de formación y entrenamiento de los empleados en sus nuevos puestos de trabajo y a la reducción de automatismos en la administración estatal.

Sin embargo, estas medidas no pueden ser aplicadas de manera aislada. Las reformas deben hacer partícipes a la sociedad civil y a un poder judicial realmente independiente. Tampoco puede ponerse el foco, exclusivamente, en el reforzamiento y endurecimiento del marco legal, sino que hay que rastrear las deficiencias estructurales de las instituciones para poder solventar verdaderamente este fenómeno. En este sentido, Azfar y Nelson (2007) defienden que una mayor transparencia y asunción de responsabilidades sería un buen antídoto contra la corrupción. Barr, Lindelow y Serneels (2009) concluyen que los proveedores de servicios públicos realizan mejor su labor si han sido elegidos por los mismos destinatarios de sus servicios, y si el nivel de control y vigilancia sobre su labor es más alto. Si a esto se le suma que las decisiones que se toman en áreas sensibles del sector público deban ser responsabilidad de más de un funcionario público, entonces se produce una situación en la que todos los funcionarios actuarían de monitoreo recíproco de sus actividades.

En lo que a la participación de la sociedad civil se refiere, Dong y Torgler (2009) concluyen que un incremento en el interés de los ciudadanos por lo que ocurre en política puede ayudar a combatir la corrupción. En este sentido, Trejo (2010) resalta que el deseo de los ciudadanos de alcanzar mayores cotas de bienestar social está asociado a un mayor control de la corrupción. La entrada de nuevos miembros al sistema electoral se consigue a través de la reducción de las enormes barreras que estas estructuras generalmente imponen (Bardhan, 2006). Algunas medidas usuales son: establecer un mínimo de financiación pública en las campañas electorales; aumentar la transparencia en las transacciones privadas a partidos políticos; equiparar el tiempo de exposición de los candidatos en medios públicos y privados. Dichas medidas conseguirían aumentar la

competitividad entre los dirigentes políticos y, por tanto, la exigencia en los requisitos que deben cumplir para ocupar cargos públicos.

En adición a las medidas señaladas, Pottenger (2014) sugiere que las reformas institucionales formales e informales tienen que ser implementadas de manera complementaria, dado que las primeras no puede ser un mero sustituto de las segundas. En este sentido, el autor sostiene que uno de los mayores fallos de las reformas en la lucha contra la corrupción consiste en modificar las normas y reglas institucionales formales con la introducción de simples refuerzos y castigos, con lo que los implicados desarrollan estrategias más complejas para seguir con sus actos ilícitos. Nordin, Takim y Nawawi (2012) señalan, consecuentemente, una estrategia en este sentido: el reforzamiento de valores nucleares de una organización tales como la lealtad, la cohesión, el profesionalismo y la integridad de sus trabajadores. Esto se debe a que existe una importante relación entre los valores centrales de una organización, el “clima ético” y la cultura, que son los factores que permiten emerger medidas formales e informales en consonancia con programas de implementación más éticos. La identificación de las normas y reglas informales es fundamental en una organización, ya que permite observar las dinámicas que están sustentando las conductas corruptas y otorga gran cantidad de información sobre aquellos aspectos sobre los que se ha de incidir para revertir dichas dinámicas. Este hecho se ve claramente reflejado en las administraciones públicas de muchos países en los que hay una idea extendida de qué, cómo y cuándo realizar sobornos para realizar ciertos trámites.

Conclusiones

El principal objetivo de este trabajo ha sido revisar las aportaciones de la Psicología Social al estudio de la corrupción y analizar una serie de directrices prácticas en la lucha contra este fenómeno.

Respecto a los modelos psicológicos analizados, se encuentran factores psicosociales omnipresentes en la aparición de las conductas corruptas. En primer lugar, es crucial el peso de los iguales y de las normas sociales en el moldeamiento de la propia conducta. Aquellos contextos reglados por normas sociales laxas, ambiguas y permisivas constituyen el caldo de cultivo idóneo para la expansión de las conductas deshonestas. Sumado a la percepción de que los iguales se comportan de manera corrupta, no son detectados ni castigados por ello y, además, obtienen beneficios, se obtiene una combinación tremendamente nociva para la implantación de políticas anticorrupción. Este contagio o identificación de la conducta propia con las conductas de los iguales comparte paralelismos con las emociones en la decisión de secundar y/o participar en actividades deshonestas. La percepción de riesgo juega un papel central en la decisión de cometer un acto corrupto, y es precisamente en este aspecto donde muchas personas fallan al calcular deficientemente sus probabilidades de ser detectados. La ética comportamental enseña que, sobre todas las cosas, las personas intentan mantener su autoconcepto a través de justificaciones y racionalizaciones cuando cometen o van a cometer una conducta corrupta. Por último, la cuestión clásica del poder da un paso más allá y demuestra que, más que el poder como un recurso que se posee, es conveniente analizar la concepción que las personas con poder tienen del mismo (personalista o prosocial).

Resulta llamativa la escasa investigación dedicada a un tema nuclear como la corrupción en los círculos académicos de la Psicología, a pesar de la existencia de modelos teóricos que constituyen un interesante punto de partida para la comprensión de este fenómeno. Casi todos los modelos teóricos están basados en estudios experimentales y/o cuasi-experimentales que acarrearán limitaciones metodológicas clásicas como la deseabilidad social y la validez ecológica. Muchas de las situaciones que se intentan replicar en entornos de laboratorio están centradas en pequeños actos de corrupción y asumen que los funcionarios públicos actúan en su labor cotidiana siguiendo una serie de reglas claras, prohibiciones y responsabilidades asociadas con su oficio, lo cual no es exactamente así. Además, tienden a equiparar el fenómeno de la corrupción con el soborno únicamente (Philp y Dávid-Barrett, 2015).

En cuanto a las implicaciones prácticas, O'Connor y Fischer (2012) recuerdan que las políticas anticorrupción deberían focalizarse más en las dinámicas sociales propias de cada país y no solo en importar instituciones y estrategias económicas de países que tienen menores niveles de corrupción. Es erróneo asumir que esas instituciones funcionarán de la misma manera en nuevos entornos culturales.

Entre las propuestas de trabajo futuras, resulta destacable la formulación de estudios empíricos que pongan a prueba medidas anticorrupción y que sean capaces de exportar esos resultados a instituciones que quieran ser la avanzadilla en la lucha contra este problema. Benaissa (1993) reconoce que los estudios cuantitativos difícilmente pueden incluir factores que son relevantes para entender la corrupción: oportunidad, actitudes, paradigmas, y valores profundamente arraigados en la cultura de los ciudadanos a los que

se encuesta. Por tanto, es completamente necesario desarrollar nuevas herramientas metodológicas que busquen aproximarse al fenómeno de la corrupción. Asimismo, es básico comprender cómo son construidas las percepciones, cómo se ven los ciudadanos a sí mismos y a las instituciones públicas en relación a la corrupción (Guerrero y Rodríguez-Oreggia, 2008). Otra propuesta de investigación está ligada a la búsqueda de procesos de carácter psicosocial que estén influyendo en la decisión de una persona a la hora de cometer un acto de corrupción, es decir, investigar por qué en algunos contextos o grupos es más probable que una persona se comporte de manera corrupta mientras que no en otros.

Referencias

- Abbink, K. (2004). Staff rotation as an anti-corruption policy: an experimental study. *European Journal of Political Economy*, 20(4), 887-906.
<http://dx.doi.org/10.1016/j.ejpoleco.2003.10.008>
- Abbink, K., Irlenbusch, B., y Renner, E. (2002). An experimental bribery game. *The Journal of Law, Economics, & Organization*, 18(2), 428-454.
<http://dx.doi.org/10.1093/jleo/18.2.428>
- Abbink, K., y Serra, D. (2012). Anti-corruption policies: lessons from the lab. En D. Serra y L. Wantchekon (Eds.), *New Advances in Experimental Research on Corruption (Research in Experimental Economics, Volume 15)*. Bingley: Emerald Group Publishing Limited. <http://dx.doi.org/10.2139/ssrn.1971779>

- Andvig, J., y Fjeldstad, O. (2001). *Corruption: a review of contemporary research*. Bergen: Chr. Michelsen Institute.
- Azfar, O., y Nelson, W. (2007). Transparency, wages, and the separation of powers: an experimental analysis of corruption. *Public Choice*, 130, 471-493.
<http://dx.doi.org/10.1007/s11127-006-9101-5>
- Bandura, A. (1977). *Social learning theory*. Oxford: Prentice-Hall.
- Bardhan, P. (2006). The economist's approach to the problem of corruption. *World Development*, 34(2), 341-348.
- Barkan, R., Ayal, S., Gino, F., y Ariely, D. (2012). The pot calling the kettle black: Distancing response to ethical dissonance. *Journal of Experimental Psychology: General*, 141, 757–773. <http://dx.doi.org/10.1037/a0027588>
- Barr, A., Lindelow, M., y Serneels, P. (2009). Corruption in public service delivery: an experimental analysis. *Journal of Economic Behavior & Organization*, 72, 225-239.
<http://dx.doi.org/10.1016/j.jebo.2009.07.006>
- Benaissa, H. (1993). Corruption and the socio-cultural context. En M. Punch, E. Kolthoff, K. van der Vijver, y B. van Vliets (Eds.), *Coping with Corruption in a Borderless World*. Deventer: Kluwer.
- Chen, S., Lee-Chai, A., y Bargh, J. (2001). Relationship orientation as a moderator of the effects of social power. *Journal of Personality and Social Psychology*, 80, 173–187. <http://dx.doi.org/10.1037/0022-3514.80.2.173>

- Cialdini, R., Reno, R., y Kallgren, C. (1990). A focus theory of normative conduct: Recycling the concept of norms to reduce littering in public places. *Journal of Personality and Social Psychology*, 58, 1015–1026. <http://dx.doi.org/10.1037/0022-3514.58.6.1015>
- Cialdini, R., y Trost, M. (1998). Social influence: Social norm, conformity, and compliance. En D. Gilbert, S. Fiske, y G. Lindzey (Eds.), *Handbook of social psychology*. Nueva York: McGraw-Hill.
- Djawadi, B. M. y Fahr, R. (2013): “The impact of risk perception and risk attitudes on corrupt behavior: Evidence from a petty corruption experiment”, IZA Discussion Paper No. 7383, Bonn, Germany
- Dong, B., y Torgler, B. (2009). Corruption and political interest: Empirical evidence at the micro level. *Journal of Interdisciplinary Economics*, 21, 295–325.
- Erat, S., y Gneezy, U. (2012). White lies. *Management Science*, 58, 723–733. <http://dx.doi.org/10.1287/mnsc.1110.1449>
- Evans, P., y Rauch, J. (2000). Bureaucratic structures and economic performance in less developed countries. *Journal of Public Economics*, 75, 49-71.
- Fehr, E., y Falk, A. (2002). Psychological foundations of incentives. *European Economic Review*, 46, 687-724. [http://dx.doi.org/10.1016/S0014-2921\(01\)00208-2](http://dx.doi.org/10.1016/S0014-2921(01)00208-2)
- Fiske, S. (1993). Controlling other people: The impact of power on stereotyping. *American Psychologist*, 48, 621–628. <http://dx.doi.org/10.1037/0003-066X.48.6.621>

- Frederick, S. (2005). Cognitive Reflection and Decision Making. *Journal of Economic Perspectives*, 19(4), 25-42. <http://dx.doi.org/10.1257/089533005775196732>
- Galinsky, A., Gruenfeld, D., y Magee, J. (2003). From power to action. *Journal of Personality and Social Psychology*, 85, 453–466. <http://dx.doi.org/10.1037/0022-3514.85.3.453>
- Gino, F., Ayal, S., y Ariely, D. (2009). Contagion and differentiation in unethical behavior: the effect of one bad apple on the barrel. *Psychological Science*, 20(3), 393-398. <http://dx.doi.org/10.1111/j.1467-9280.2009.02306.x>
- Gino, F., y Bazerman, M. (2009). When misconduct goes unnoticed: The acceptability of gradual erosion in others' unethical behavior. *Journal of Experimental Social Psychology*, 45(4), 708-719. <http://dx.doi.org/10.1016/j.jesp.2009.03.013>
- Gino, F., y Galinsky, A. (2012). Vicarious dishonesty: When psychological closeness creates distance from one's own moral compass. *Organizational Behavior and Human Decision Processes*, 119(1), 15-26. <http://dx.doi.org/10.1016/j.obhdp.2012.03.011>
- Greene, J., y Haidt, J. (2002). How (and where) does moral judgment work? *Trends Cognitive Science*, 6, 517–523. [http://dx.doi.org/10.1016/S1364-6613\(02\)02011-9](http://dx.doi.org/10.1016/S1364-6613(02)02011-9)

- Greene, J., Sommerville, R., Nystrom, L., Darley, J., y Cohen, J. (2001). An fMRI investigation of emotional engagement in moral judgment. *Science*, 293, 2105–2108. <http://dx.doi.org/10.1126/science.1062872>
- Guerrero, M., y Rodríguez-Oreggia, E. (2008). On the individual decisions to commit corruption: a methodological complement. *Journal of Economic Behavior & Organization*, 65, 357-372. <http://dx.doi.org/10.1016/j.jebo.2005.09.006>
- Haidt, J. (2001). The emotional dog and its rational tail: A social intuitionist approach to moral judgment. *Psychological Review*, 108, 814–834. <http://dx.doi.org/10.1037/0033-295X.108.4.814>
- Hall, J., Murphy, N., y Mast, M. (2006). Recall of nonverbal cues: Exploring a new definition of interpersonal sensitivity. *Journal of Nonverbal Behavior*, 30(4), 141–155. <http://dx.doi.org/10.1007/s10919-006-0013-3>
- Hope, K. (2000). Corruption and development in Africa. En K. Hope y B. Chikulu (Eds.), *Corruption and Development in Africa. Lessons from Country Case-Studies*. Nueva York: St. Martin's Press. <http://dx.doi.org/10.1057/9780333982440>
- Johnston, M. (1996). The search for definitions: The vitality of politics and the issue of corruption. *International Social Science Journal*, 48(149), 321-335. <http://dx.doi.org/10.1111/1468-2451.00035>
- Kahneman, D. (2012). *Thinking, Fast and Slow*. Londres: Penguin Books.

- Kahneman, D., y Tversky, A. (1979). Prospect theory: an analysis of decision under risk. *Econometrica*, 47(2), 263-292. <http://dx.doi.org/10.2307/1914185>
- Keltner, D., Gruenfeld, D., y Anderson, C. (2003). Power, approach, and inhibition. *Psychological Review*, 110, 265–284. <http://dx.doi.org/10.1037/0033-295X.110.2.265>
- Keltner, D., y Lerner, J. (2010). Emotion. En S. Fiske, D. Gilbert, y G. Lindzey (Eds.), *Handbook of Social Psychology*. Nueva Jersey: John Wiley & Sons. <http://dx.doi.org/10.1002/9780470561119.socpsy001009>
- Manow, P. (2005). Germany – cooperative federalism and the overgrazing of the fiscal commons. En H. Obinger, S. Leibfried y F. Castles (Eds.), *Federalism and the Welfare State*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Mazar, N., Amir, O., y Ariely, D. (2008). The dishonesty of honest people: a theory of self-concept maintenance. *Journal of Marketing Research*, 45, 633-644. <http://dx.doi.org/10.1509/jmkr.45.6.633>
- Mazar, N., y Zhong, C. (2010). Do green products make us better people? *Psychological Science*, 21, 494–498. <http://dx.doi.org/10.1177/0956797610363538>
- Melgar, N., Rossi, M., y Smith, T. (2010). The perception of corruption. *International Journal of Public Opinion Research*, 22(1), 120-131. <http://dx.doi.org/10.1093/ijpor/edp058>

- Mishra, A. (2006). Persistence of corruption: some theoretical perspectives. *World Development*, 34(2), 349-358. <http://dx.doi.org/10.1016/j.worlddev.2005.03.010>
- Monin, B., y Miller, D. (2001). Moral credentials and the expression of prejudice. *Journal of Personality and Social Psychology*, 81, 33–43. <http://dx.doi.org/10.1037/0022-3514.81.1.33>
- Nordin, R., Takim, R., y Nawawi, A. (2012). Transparency initiatives (TI) in construction: the social psychology of human behaviors. *Procedia-Social and Behavioral Sciences*, 50, 350-360. <http://dx.doi.org/10.1016/j.sbspro.2012.08.040>
- O'Connor, S., y Fischer, R. (2012). Predicting societal corruption across time: values, wealth, or institutions? *Journal of Cross-Cultural Psychology*, 43(4), 644-659. <http://dx.doi.org/10.1177/0022022111402344>
- Pe'er, E., Acquisti, A., y Shalvi, S. (2014). “I cheated, but only a little”: Partial confessions to unethical behavior. *Journal of Personality and Social Psychology*, 106, 202–217. <http://dx.doi.org/10.1037/a0035392>
- Philp, M., y Dávid-Barrett, E. (2015). Realism about political corruption. *Annual Review of Political Science*, 18, 387-402. <http://dx.doi.org/10.1146/annurev-polisci-092012-134421>
- Pottenger, M. (2014). Incentives and norms in anticorruption reform. *Australian Journal of Public Administration*, 73(4), 482–490.

Russell, A., y Fiske, S. (2010). Power and social perception. En A. Guinote y T. Vescio (Eds.), *The social psychology of power*. New York: Guilford.

Sassenberg, K., Ellemers, N., y Scheepers, D. (2012). The attraction of social power: The influence of construing power as opportunity versus responsibility. *Journal of Experimental Social Psychology*, 48(2), 550–555.

<http://dx.doi.org/10.1016/j.jesp.2011.11.008>

Sassenberg, K., Ellemers, N., Scheepers, D., y Scholl, A. (2014). “Power corrupts” revisited: The role of construal of power as opportunity or responsibility. En J. van Prooijen y P. van Lange (Eds.), *Power, politics, and paranoia: Why people are suspicious of their leaders*. Cambridge: Cambridge University Press.

Scheepers, D., Ellemers, N., y Sassenberg, K. (2013). Power in group contexts: The influence of group status on promotion and prevention decision making. *British Journal of Social Psychology*, 52(2), 238–254. <http://dx.doi.org/10.1111/j.2044-8309.2011.02063.x>

Schmid Mast, M., Jonas, K., y Hall, J. (2009). Give a person power and he or she will show interpersonal sensitivity: The phenomenon and its why and when. *Journal of Personality and Social Psychology*, 97(5), 835–850.

<http://dx.doi.org/10.1037/a0016234>

Schweitzer, M., y Hsee, C. (2002). Stretching the truth: Elastic justification and motivated communication of uncertain information. *Journal of Risk and Uncertainty*, 25, 185–201.

- Shalvi, S., Gino, F., Barkan, R., y Ayal, S. (2015). Self-serving justifications: doing wrong and feeling moral. *Current Directions in Psychological Science*, 24(2), 25-30. <http://dx.doi.org/10.1177/0963721414553264>
- Sonenshein, S. (2009). Emergence of ethical issues during strategic change implementation. *Organization Science*, 20, 223–239. <http://dx.doi.org/10.1287/orsc.1080.0364>
- Søreide, T. (2014). *Drivers of Corruption: A Brief Review*. World Bank Studies. Washington, DC: World Bank. <http://dx.doi.org/10.1596/978-1-4648-0401-4>
- Smith-Crowe, K., y Warren, D. (2014). The Emotion-Evoked Collective Corruption Model: The Role of Emotion in the Spread of Corruption Within Organizations. *Organization Science*, 25(4), 1154-1171. <http://dx.doi.org/10.1287/orsc.2014.0896>
- Svensson, J. (2005). Eight questions about corruption. *Journal of Economic Perspectives*, 19(3), 19-42. <http://dx.doi.org/10.1257/089533005774357860>
- Swamy, A., Knack, S., Lee, Y., y Azfar, O. (2001). Gender and corruption. *Journal of Development Economics*, 64, 25-55. [http://dx.doi.org/10.1016/S0304-3878\(00\)00123-1](http://dx.doi.org/10.1016/S0304-3878(00)00123-1)
- Tajfel, H. (1982). *Social identity and intergroup relations*. Cambridge: Cambridge University Press.

- Tajfel, H., y Turner, J. (1986). The social identity theory of intergroup behavior. En S. Worchel y W. Austin (Eds.), *Psychology of intergroup relations*. Chicago: Nelson-Hall.
- Torelli, C., y Shavitt, S. (2010). Culture and concepts of power. *Journal of Personality and Social Psychology*, 99, 703–723. <http://dx.doi.org/10.1037/a0019973>
- Transparency International (2009). *The Anti-Corruption Plan Language Guide*.
Recuperado de
http://www.transparency.org/whatwedo/publication/the_anti_corruption_plain_language_guide
- Treisman, D. (2000). The causes of corruption: a cross-national study. *Journal of Public Economics*, 76, 399-457. [http://dx.doi.org/10.1016/S0047-2727\(99\)00092-4](http://dx.doi.org/10.1016/S0047-2727(99)00092-4)
- Tversky, A., y Kahneman, D. (1983). Extensional versus intuitive reasoning: the conjunction fallacy in probability judgement. *Psychological Review*, 91(4), 293-315.
<http://dx.doi.org/10.1037/0033-295X.90.4.293>
- Uslaner, E. (2004). Trust and corruption. En J. Lambsdorff, M. Schramm y M. Taube (Eds.), *The New Institutional Economics of Corruption: Norms, Trust, and Reciprocity*. Londres: Routledge.
- Van Rijckeghem, C., y Weder, B. (2001). Bureaucratic corruption and the rate of temptation: do wages in the civil service affect corruption, and by how much? *Journal of Development Economics*, 65(2), 307-331.
[http://dx.doi.org/10.1016/S0304-3878\(01\)00139-0](http://dx.doi.org/10.1016/S0304-3878(01)00139-0)

- Wang, F., y Sun, X. (2015). Absolute power leads to absolute corruption? Impact of power on corruption depending on the concepts of power one holds. *European Journal of Social Psychology*, 45(7), 992-1099. <http://dx.doi.org/10.1002/ejsp.2134>
- Warren, D., y Smith-Crowe, K. (2008). Deciding what's right: The role of external sanctions and embarrassment in shaping moral judgments in the workplace. *Research in Organizational Behavior*, 28, 81–105. <http://dx.doi.org/10.1016/j.riob.2008.04.004>
- Welsh, D., Ordóñez, L., Snyder, D., y Christian, M. (2015). The Slippery Slope: How Small Ethical Transgressions Pave the Way for Larger Future Transgressions. *Journal of Applied Psychology*, 100(1), 114-127. <http://dx.doi.org/10.1037/a0036950>
- Zaloznaya, M. (2014). The Social Psychology of Corruption: why it does not exist and why it should. *Sociology Compass*, 8(2), 187-202. <http://dx.doi.org/10.1111/soc4.12120>
- Zhong, C., Magee, J., Maddux, W., y Galinsky, A. (2006). Power, culture, and action: Considerations in the expression and enactment of power in East Asian and Western societies. En E. Mannix, M. Neale e Y. Chen (Eds.), *Research on managing in teams and groups*. Greenwich: Elsevier Science Press. [http://dx.doi.org/10.1016/S1534-0856\(06\)09003-7](http://dx.doi.org/10.1016/S1534-0856(06)09003-7)

Estudio 3: Understanding unethical behaviors at the university level: a multiple regression analysis

Martín Julián¹, Tomas Bonavia¹

¹ Departamento de Psicología Social, Universidad de Valencia, Valencia, Spain

Referencia: Julián, M., y Bonavia, T. (2020). Understanding unethical behaviors at the university level: a multiple regression analysis. *Ethics & Behavior*.

<https://doi.org/10.1080/10508422.2020.1723101>

Este trabajo aborda la consecución del objetivo específico 3 de la presente tesis doctoral: estudiar empíricamente las principales variables predictoras de la intención de realizar una conducta corrupta en el ámbito universitario. Para ello, se realizó un estudio de campo entre el alumnado de una universidad pública valenciana. Específicamente, se realizó una encuesta digital para evaluar la capacidad predictiva de la justificación, el riesgo de ser descubierto y la percepción de los iguales a la hora de intentar cometer un acto de corrupción. Los resultados confirmaron las hipótesis planteadas, dejando una vía novedosa para seguir investigando en el siguiente estudio: ¿qué variables tienen un peso mayor en la toma de decisiones de una persona cuando se plantea ejecutar una conducta corrupta: la percepción de los iguales o el tipo de conducta corrupta que se presente?

ABSTRACT

Unethical behaviors such as corruption pose an important challenge for students, professors, and other university members. We aimed to clarify students' willingness to engage in corruption in a Spanish public university. In all, 3,475 undergraduate, postgraduate, and PhD students completed an online questionnaire assessing four corruption scenarios: favoritism, bribery, fraud, and embezzlement. Multiple regression analysis suggested that justifiability, risk perception, and perceived corruption played a key role in explaining corrupt intention. Behavioral intention to engage in corruption is a complex phenomenon explained by not only peers' behaviors, but also individuals' justifications of their acts and risk perceptions.

Keywords: Unethical behavior; justifiability; risk perception; perceived corruption; multiple regression analysis.

INTRODUCTION

According to recent empirical research (Transparency International, 2013), nearly 15% of people worldwide admitted to having paid a bribe in an educational setting. Given the nature of corruption, it is estimated that this proportion could be higher because the study did not include other unethical activities such as favoritism or fraud. Moreover, corruption in education is present in not only developing countries, but also in developed countries (Transparency International, 2013). The pervasiveness of corruption in educational settings has become a growing concern among academics, politicians, students, and other stakeholders (Sabic-El-Rayess & Mansur, 2016) due to its harmful consequences (Chapman & Lindner, 2016). Some authors have pointed out that corruption is widespread in schools and universities around the world (Denisova-Schmidt, 2017; Transparency International, 2013).

University corruption is especially damaging because it results in a system that cannot offer good services for students and that lowers expectations of economic, social, and political development (Chapman & Lindner, 2016; Sabic-El-Rayess & Mansur, 2016) due to the harmful consequences for most university members (Chapman & Lindner, 2016). Furthermore, educational corruption is remarkably damaging because it reinforces tolerance toward corrupt acts from an early age (Transparency International, 2013). Heyneman, Anderson, and Nuraliyeva (2008) note that, given that good behavior among young people can be modeled through educational institutions, a corrupt educational system could be costlier than corruption in other areas such as healthcare or in the police force. One of the main functions of education is to teach young students how to behave

in the future; so, if the same educational system itself is corrupt, it is logical to expect corrupt citizens in modern societies. Therefore, understanding students' perceptions of corrupt behavior at the university level is useful in (1) in developing a more accurate estimate of the prevalence of corruption, (2) developing specific policies to tackle corruption, (3) fostering innovative research areas related to corruption, and (4) understanding the nature of corrupt practices in the educational system.

Individual difference variables related to corruption in a university context have hardly been analyzed because most research on corruption in educational settings has focused on cross-national evidence (Chapman & Lindner, 2016). Only a few studies have investigated students' variables in relation to corrupt behavior. For example, a survey conducted in Ukraine on 1,588 undergraduates showed that perceptions of corruption among peers were linked to increased willingness to offer a bribe (Shaw et al., 2015). Čábelková & Hanousek (2004) also reached the same conclusion. Studies have also demonstrated people's tolerance of fraud in the educational sector (Gama et al., 2013). In a study conducted of 1,527 Portuguese university students (Gama et al., 2013), researchers sought to determine perceptions of corruption among classmates, specifically with regard to various subtypes of fraud. The results revealed that the vast majority of students recognized the existence of fraudulent practices in their classrooms. Similarly, in a study on 1,541 Chinese students, it was concluded that perceptions of corruption were strongly linked to the likelihood of committing bribery in the future (Liu & Peng, 2015).

LITERATURE REVIEW

There is strong competition among Spanish universities (Rincón & Barrutia, 2017). According to the Ministry of Education, Culture and Sports, there are 50 public and 34 private universities in Spain (MECD, 2016). For this study, we chose a Spanish public university comprising around 55,000 students and 3,300 academic staff members. Demand for university studies has decreased during the last decade, as reflected in the decrease in the number of students from 1,459,717 in 2004–2005 to 1,361,340 in 2014–2015 (Rincón & Barrutia, 2017). It is important to take into account that Spain spends 1% of its GDP in publically funded higher education (below the national average of the member countries of the Organisation for Economic Co-operation and Development [OECD]). Additionally, 24% of those between the ages of 20 and 29 are enrolled in higher education in Spain (OECD, 2016). As Heyneman (2013) highlighted, “competition for resources, fame and notoriety place extraordinary pressures on higher education institutions. The weaker ones, those with an absence of control or managerial strength, are most prone to corruption” (p. 101).

Although academic dishonesty has been studied in Spanish universities (see, for example, Cebrián-Robles, Raposo-Rivas, Cebrián-de-la-Serna, & Sarmiento-Campos, 2018; Comas-Forgas & Sureda-Negre, 2016), students’ willingness to engage in unethical behaviors such as corruption in this context has not been analyzed yet. It is crucial to highlight that the scientific literature on corruption differs from the academic integrity literature (see, e.g., Macfarlane, Zhang & Pun, 2014). Despite being open to different interpretations, academic integrity refers to “multiple forms of academic deviance

including but not limited to test cheating, plagiarism, and inappropriate collaboration” (Kisamore, Stone, & Jawahar, 2007, p. 382). On the other hand, a broad definition of corruption would be “the abuse of entrusted power for private gain” (Transparency International, 2009, p. 14). According to Sabic-El-Rayess and Mansur (2016) “knowing more about typologies of educational corruption and quantifying the corruption or the perception of it is a salient and still evolving research area in education” (p. 20).

Based on these considerations, we aimed to study students’ willingness to engage in corrupt behaviors in a Spanish public university. Following the categorization of corruption in higher education described in previous research (Amundsen, 2000; Hallak & Poisson, 2007; Sabic-El-Rayess & Mansur, 2016), four types of corrupt behaviors were evaluated through a hypothesized model: favoritism, bribery, fraud, and embezzlement. As Hallak and Poisson (2007) stated, favoritism is “a mechanism of power abuse implying privatization and a highly biased distribution of state resources”; bribery is “a payment (in money or in kind) given or taken in a corrupt relationship”; and fraud is “an economic crime that involves some kind of trickery, swindling or deceit”; and embezzlement is “the theft of public resources by public officials.” An example of favoritism in the academic arena is when “a student is admitted, or a faculty member is hired/promoted, based only on his/her personal connections and/or family relations” (Denisova-Schmidt, 2017, p. 3). Given that fraud and bribery can be both financial and nonfinancial in nature (Hallak & Poisson, 2007), they may be perceived differently depending on their manifestation. In the present study, we focused on nonfinancial forms of these corrupt behaviors, because they are highly varied—for example, manipulating students’ marks for personal benefit— (Hallak & Poisson, 2007). Meanwhile, at the

university level, embezzlement often entails substantial proportions of research funding used for purposes other than those stipulated in the research proposal (Denisova-Schmidt, 2017).

Those involved in corrupt activities at the university level can be students, administrators, private suppliers, or teaching staff (Denisova-Schmidt, 2017; Hallak & Poisson, 2007). Considering the range of corrupt practices in the educational arena, it is not only the teaching staff who can exert their authority to achieve personal gain, but also students who can take advantage of certain situations if they believe that they can have better academic opportunities or jobs in the future (Shaw, Katsaiti, & Pecoraro, 2015). In other words, students could offer bribes to bypass official selection processes, obtain better grades, etc. Still, corruption is not restricted to student-teaching staff exchanges; administrators could also be perpetrators of practices such as embezzlement or charging students for free services (Rumyantseva, 2005). Corrupt activities between students and members of the teaching staff can occur in the classroom, during application processes, exams, etc., and can be undertaken both by students and teaching staff members. Students-administrator exchanges are characterized by privileged treatment given to a student in return for money or other kinds of bribery. Exchanges between students and other staff members are similar to student-administrator interactions, but they tend to relate to services offered by the university (e.g., library privileges).

Although corruption entails a wide range of practices (Hallak & Poisson, 2007), empirical research in the educational area has focused primarily on bribery (Denisova-Schmidt, 2013; Liu & Peng, 2015; Shaw et al., 2015) and, to a lesser extent, fraud (Gama, Almeida, Seixas, Peixoto, & Esteves, 2013). With regard to the former, an ambivalent

attitude toward corrupt practices has been linked to greater justifiability of such practices in the future (Denisova-Schmidt, 2013). Moreover, a more frequent perception of corrupt acts predicts engagement in bribery (Liu & Peng, 2015; Shaw et al., 2015). With regard to the latter, it has been shown that academic failure and lack of knowledge of institutional regulations tend to damage students' moral behavior and is linked to a higher probability of participating in fraudulent activities (Gama et al., 2013). However, there is also extensive empirical research concerning "academic integrity" at the university level, such as plagiarism (Curtis & Vardanega, 2016; Jiang, Emmerton, & McKaige, 2013) and cheating (Molnar, 2015; Rettinger & Kramer, 2009).

THEORETICAL BACKGROUND AND HYPOTHESES

Risk perception and corrupt intention

Some authors have proposed that corrupt intentions—as risk situations—can be partially explained by risk perception; thus, corrupt intentions increase as risk perceptions decrease (Berninghaus et al., 2013). In fact, people's beliefs about the probability of being caught in a corrupt transaction were better predictors than the attitude towards risk activities when explaining the willingness to commit corrupt acts. Similarly, Ryvkin and Serra (2012) showed that people with a lack of information about other people's dishonest activities were more inclined to restrain their participation in corrupt activities. In other words, the absence of information of peers' engagement in corruption helps reduce the occurrence of corruption (Berninghaus et al., 2013). The influence of uncertainty was

especially strong when there were power differences among partners, resulting in a reduction of corrupt behaviors. This situation is particularly common in student–teaching staff exchanges. Moreover, people are not able to accurately estimate risk and believe that the probability of being caught is usually low (Frederick, 2005; Kahneman & Tversky, 1973).

H1: Risk perception will negatively predict corrupt intentions.

Perceived corruption and corrupt intention

The prevalence of corruption results in greater persistence of this behavior (Shaw et al., 2015). People’s perceptions about corrupt activities of others influence their decision-making process when facing a corruption scenario (Liu & Peng, 2015; Shaw et al., 2015). The scientific literature (Cialdini, Reno, & Kallgren, 1990; Reno, Cialdini, & Kallgren, 1993) has shown that there are two types of norms: injunctive norms (that inform about the permissibility of a behavior), and descriptive norms (that inform about the engagement of others in a behavior). Because corrupt activities are normally condemned, injunctive norms can foster negative feelings or thoughts in a corruption scenario. However, as Köbis, Van Prooijen, Righetti, and Van Lange (2015) demonstrated, descriptive norms tend to serve as a rationalization for those willing to palliate their feelings when facing a corruption dilemma. In short, thinking that the majority of the people engage in corrupt behavior paves the way for others to behave in the same manner.

H2: Perceived corruption will positively predict corrupt intention.

Justifiability and corrupt intention

Ethical judgment has been found to influence people's attitudes toward corruption (Jones, 1991). Because many situations are evaluated against a moral framework, people may decide to engage in dishonest behavior—such as corrupt practices—to the extent that they feel their behavior is justified (Gino, Ayal, & Ariely, 2009). Previous research has found that human beings are extremely good at rationalizing dishonest acts if they are benefited by them (Mazar, Amir, & Ariely, 2008). The “self-concept maintenance theory” (Mazar, Amir, & Ariely, 2008) explains that people tend to draw on different mechanisms to align their ethical principles with their dishonest behavior, thus reducing ethical dissonance. One of the most prominent mechanisms to tackle threats to self-concept is self-justification (Shalvi, Gino, Barkan, & Ayal, 2015). Before engaging in corrupt acts, people tend to use moral justifications to reduce ethical dissonance and to maintain a positive self-concept. Some of the *a priori* justifications are *ambiguity*, when people perceive norms or rules as unclear (Schweitzer & Hsee, 2002); *self-serving altruism*, when people believe that a violation is justified because of the mutual benefit derived from the consequences (Erat & Gneezy, 2012); and *moral licensing*, when people feel that they are morally authorized to behave in a corrupt way due to their previous ethical acts over time (Mazar & Zhong, 2010). After engaging in corruption, they use elaborate moral justifications to compensate for harmful consequences (Shalvi et al., 2015). *A posteriori* justifications are *cleansing*, which may be physical (e.g., washing hands) or

symbolic (following religious guidelines) (Monin & Miller, 2001); *confessing*, when people admit their fault to feel relief (Peer, Acquisti, & Shalvi, 2014); and *distancing*, when people focus on the dishonest actions of others to re-evaluate themselves in a better way (Barkan, Ayal, Gino, & Ariely, 2012).

H3: Justifiability will positively predict corrupt intention.

METHOD

Participants and procedure

The sample comprised 3,473 Spanish university students (response rate = 6%; $M_{\text{age}} = 23.82$ years, $SD = 7.86$) who answered the questionnaires voluntarily: Of them, 77.1%, 15.3%, and 7.6% were undergraduate, postgraduate, and PhD students. With regard to gender, 68.5% were women, and 31.5% were men (overall, 60% of the students in this university are women). A descriptive analysis showed that only 6.7% of these students were PhD students, whereas 26.3% said they had a job. In addition, on average, the participants had been studying at the university for 3.15 years ($SD = 2.65$).

After approval by the university's vice-chancellor of research, an online questionnaire was sent to all university students through an alumni database during the first academic term in November, 2017. *Google Forms* was the survey platform used to carry out the data collection. Participants' anonymity and confidentiality were guaranteed

during data collection (e.g., students did not need to log in as a user to fill out the survey). After 16 days of data collection, the survey was closed. Taking into account that 55,000 students are normally enrolled in this university, the response rate was around 6%.

Measures

Corruption is hard to measure because of its secrecy and illegality. Objective and subjective approaches have been used to address this issue, and there are differing opinions about their advantages and disadvantages. Given that perception measures are highly correlated with actual experience—at least in European countries (Charron, 2016)—data were collected based on people’s perceptions of corruption among peers. International organizations such as Transparency International (2016) chose this approach to report their results. Based on previous research (Bai, Liu, & Kou, 2016; Zhao, Zhang, & Xu, 2016), hypothetical scenarios were used to measure behavioral intention of corrupt activities.

Corruption scenarios

Four hypothetical scenarios were used to capture favoritism, bribery, fraud, and embezzlement (see “Appendix” for details). An expert panel from the university where the present study was conducted helped develop scenarios of corrupt activities. Expert assessment involved ratings of the clarity, readability, and realism. Scenarios were revised according to the panel’s suggestions. Once participants had read each scenario,

they answered five questions, with responses ranging from 1 to 5, as recommended by Abad, Olea, Ponsoda, and García (2011). Originally, both the hypothetical scenarios and the questions were written in Spanish.

Perceived corruption

Based on previous research on perceived corruption (Dong, Dulleck, & Torgler, 2012; Transparency International, 2016), a single-item measure was used in this study: “Please mark how often you think this kind of situation occurs in this university?” The responses ranged from 1 (Never) to 5 (Always).

Justifiability

Early research proved that measuring justifiability with a single item produces robust results in comparison with a laboratory experiment (Cummings, Martinez-Vazquez, McKee, & Torgler, 2009). Based on previous corruption research (Dong et al., 2012), a single-item measure was used for the justifiability of corruption: “To what extent would you consider it justifiable to accept a proposal like this one?” The responses ranged from 1 (Unjustifiable) to 5 (Totally justifiable).

Risk perception

Based on the idea that a single question captures risk perception more accurately (Ganzach, Ellis, Pazy, & Ricci-Siag, 2008), and that risk perception predicts corrupt intention better than does risk attitude (Berninghaus et al., 2013), a single-item measure was used for risk perception: “To what extent do you think that, if you accepted this proposal, your classmates would find out?” The responses ranged from 1 (There is no risk) to 5 (Extreme risk).

Corrupt intention

Different scholars have demonstrated that assessing corrupt intentions is a valid approach in the study of corruption (Dong et al., 2012). Following the same procedure of the other questions, we used the following question to measure corrupt intention: “If this situation happened to you in real life, how likely is it that you would accept this proposal?” The responses ranged from 1 (I would not accept it at all) to 5 (I would certainly accept it).

Data analysis

Paired t-tests were conducted to compare the means across the four vignettes. A multiple regression analysis was used to test the proposed model. Analyses were carried out using *JASP* (JASP Team, 2019). Assumptions of homoscedasticity (scatterplots, normal probability of the residuals, and variance), autocorrelation (Durbin-Watson), and collinearity (VIF) were checked.

RESULTS

Descriptive statistical analysis

Table 1
Mean and standard deviation for model's variables

Variable	Model							
	Favoritism		Bribery		Fraud		Embezzlement	
	M	SD	M	SD	M	SD	M	SD
Perceived corruption	3.11	1.13	2.63	1.05	2.76	1.04	2.62	2.24
Risk perception	3.59	1.07	2.71	1.18	2.84	1.13	3.64	1.15
Justifiability	3.20	1.22	3.09	1.39	3.14	1.23	1.94	1.18
Corrupt intention	3.59	1.19	3.52	1.43	3.34	1.29	2.25	1.35

Note. Response scale ranges from 1 to 5 in all measures.

As Table 1 shows, students perceived favoritism as more widespread than bribery, $t(3474) = 36.86, p < .001, d = 0.63$, fraud $t(3474) = 17.65, p < .001, d = 0.30$, and embezzlement $t(3474) = 23.16, p < .001, d = 0.39$. In regard to responses of justifiability, students believed that it was more justifiable to engage in favoritism than in bribery, $t(3474) = 4.45, p < .001, d = 0.08$, fraud, $t(3474) = 2.68, p < .01, d = 0.05$, and embezzlement, $t(3474) = 51.64, p < .001, d = 0.88$. Students perceived embezzlement as the riskier corrupt behavior than favoritism, $t(3474) = 2.34, p < .05, d = 0.04$, bribery, $t(3474) = 36.97, p < .001, d = 0.63$, and fraud, $t(3474) = 34.32, p < .001, d = 0.58$. Finally, students were more likely to engage in favoritism than in bribery, $t(3474) = 2.68, p < .01, d = 0.05$, fraud, $t(3474) = 11.52, p < .001, d = 0.20$, or embezzlement, $t(3474) = 54.60, p < .001, d = 0.93$. According to squared values of standard deviation (variance), scatterplots and normal probability of the residuals, data was homoscedastic.

Multiple regression analyses

Table 2
Summary of multiple regression analyses for variables predicting corrupt intention

Variables	Fav			Bri			Fra			Emb		
	<i>B</i>	<i>SE B</i>	β	<i>B</i>	<i>SE B</i>	β	<i>B</i>	<i>SE B</i>	β	<i>B</i>	<i>SE B</i>	β
Risk	-	0.01	-	-	0.01	-	-	0.01	-	-	0.01	-
Perceived	0.13		.12***	0.12		.10***	0.10		.09***	0.13		.11***
Justifiability	0.05	0.01	.05***	0.02	0.02	.02	0.03	0.02	.02*	0.01	0.01	.01
	0.63	0.01	.65***	0.70	0.01	.68***	0.74	0.01	.70***	0.82	0.01	.72***
<i>R</i>		.68			.71			.73			.74	
<i>R</i> ²		.46			.51			.53			.55	
<i>R</i> ² _{Adjusted}		.46			.51			.53			.55	
<i>F</i> _(3, 3471)		981.1			1197			1302			1438	
<i>p</i>		< .001			< .001			< .001			< .001	

Note. Risk = Risk perception; Perceived = Perceived corruption; Intention = Corrupt intention; Fav = Favoritism; Bri = Bribery; Fra = Fraud; Emb = Embezzlement.

p* < .05. **p* < .001.

Table 2 shows that risk perception, $t(3471) = -9.22$, perceived corruption, $t(3471) = 3.64$, and justifiability, $t(3471) = 50.71$, significantly predicted corrupt intention in the favoritism model. Regarding bribery, risk perception, $t(3471) = -8.28$, and justifiability, $t(3471) = 50.39$, significantly predicted corrupt intention. The model for fraud shows that risk perception, $t(3471) = -7.52$, perceived corruption, $t(3471) = 1.98$, and justifiability, $t(3471) = 59.07$, significantly predicted corrupt intention. In regard to embezzlement, risk perception, $t(3471) = -9.50$, and justifiability, $t(3471) = 62.93$, significantly predicted corrupt intention.

Corrupt intention decreased as students' risk perception increased in all the corrupt behaviors, supporting the first hypothesis. Students' corrupt intention was higher when their perception of corruption was also high in the favoritism and fraud behaviors, but this relationship was not confirmed in the bribery and embezzlement scenarios. The second hypothesis, therefore, was fully supported in two of the corrupt behavior

scenarios. Corrupt intention increased as students' justifiability increased, thus supporting the third hypothesis in all the corruption models. All the corrupt behavior models showed that justifiability was a highly explanatory variable of corrupt intention, whereas perceived corruption hardly explained corrupt intention. Furthermore, collinearity statistics (VIF) were inspected and there were not issues of multicollinearity.

Table 3
Correlation matrix of the four questions and four scenarios

	Fav			Bri			Fra			Emb			
	Rsk	Per	Just	Rsk	Per	Just	Rsk	Per	Just	Rsk	Per	Just	Int
Fav													
Rsk	—												
Per	.06***	—											
Just	-.19***	-.13***	—										
Int	-.24***	-.05**	.67***	—									
Bri													
Rsk	.30***	.01	-.13***	-.14***	—								
Per	-.05**	.40***	-.13***	-.08***	.08***	—							
Just	-.10***	-.01	.32***	.29***	-.24***	.05**	—						
Int	-.13***	-.02	.31***	.39***	-.27***	.04**	.71***	—					
Frau													
Rsk	.32***	.01	-.14***	-.17***	.47***	.07***	-.17***	—					
Per	.06***	.43***	-.11***	-.08***	.08***	.50***	-.05**	-.06***	.09***	—			
Just	-.12***	-.02	.43***	.39***	-.16***	-.04*	.43***	-.19***	.07***	.72***	—		
Int	-.15	-.03	.37***	.47***	-.17***	-.03	.33***	.48***	-.22***	.72***	—		
Emb													
Rsk	.19***	-.09***	.01	-.04*	.20***	-.04*	-.01	.27***	-.03	-.01	-.02	—	
Per	.07***	.45***	-.14***	-.10***	.03	.41***	-.03	.06***	.47***	-.03	-.03	-.15***	—
Just	-.11***	-.04*	.29***	.29***	-.05**	-.01	.22***	-.07***	.01	.32***	.30***	-.14***	-.02
Int	-.13***	-.02	.27***	.36***	-.08***	-.01	.19***	-.11***	.01	.29***	.35***	-.21***	.74***

Note. Rsk = Risk perception; Per = Perceived corruption; Just = Justifiability; Int = Corrupt intention; Fav = Favoritism; Bri = Bribery; Fra = Fraud; Emb = Embezzlement.
 * $p < .05$. ** $p < .01$. *** $p < .001$.

Table 3 shows the correlations between the four vignettes. When answering an item in a vignette, students decided to choose an answer in the same direction when facing the same item in a different vignette (e.g., those who saw favoritism as highly justifiable also tended to see bribery, fraud and embezzlement as highly justifiable). These results support our hypotheses. Additionally, the correlations among the responses to the same measure across the four vignettes are moderate and suggest that people vary in their tendencies to endorse those measures regardless of the vignette or the context.

DISCUSSION

Our study focused on analyzing students' willingness to engage in unethical behaviors such as corruption in a Spanish public university. Specifically, a model was tested based on four common corrupt behaviors: favoritism, bribery, fraud, and embezzlement (Hallak & Poisson, 2007). According to Johnsen and Mason (2013), corrupt intention should be evaluated through its different forms, as was done in our study. A university sample was recruited in order to study academic corruption. To maximize external validity and coherence between the sample and variables, realistic and credible hypothetical scenarios were used (Denisova-Schmidt, 2017).

Theoretical and practical implications

Regarding favoritism and fraud, results confirmed all of our hypotheses. Analyses showed that risk perception negatively predicted corrupt intention, consistent with

previous findings (Berninghaus et al., 2013; Slovic, Finucane, Peters, & MacGregor, 2004). When observing dishonesty in others, people tend to underestimate their own probabilities of being caught and subsequently change their views about social norms (Cialdini et al., 1990).

Results also showed that as students' perceptions of corruption increased, their corrupt intentions also increased, which was also supported by previous literature (Dong et al., 2012). Once people perceive their environment as highly corrupt, they are more prone to committing such behaviors because of a "contagion effect" (Gino et al., 2009). Overall, perceived corruption among peers reduces perceived costs of being caught, increases ethical rethinking about one's own beliefs about dishonesty, generates social distrust, destroys intrinsic honesty, distorts perceptions of descriptive norms, and provides incentives to carry out illegal/unethical actions (Cialdini et al., 1990; Gino et al., 2009).

Our results provide evidence for the role of justifiability, which positively predicted corrupt intention. This could be attributed to the fact that once people develop justifications for their unethical actions, they will be more inclined to engage in such behaviors (Gino et al., 2009). Justifications reduce one's moral harm when acting immorally (Shalvi et al., 2015). Taking into account that people's tendency to engage in corruption is affected by ethics, it is logical that corrupt intention would be modified to the extent that ethical concerns allow moral justifications for corrupt intention (Shalvi et al., 2015). As stated by Cialdini et al. (1995), people seek to create an everyday consistency in their attitudes and behavior in order to reduce cognitive dissonance and preserve a positive self-concept (Mazar et al., 2008). These results are consistent with

previous scientific literature on corruption (Dong et al., 2012). In addition, if a dishonest behavior is perceived as a salient issue, there will be a tendency to evaluate it using strict ethical criteria and attend more to it, which may result in reduced willingness to engage in dishonest activities in the future.

In response to bribery and embezzlement, the results confirm all the proposed hypotheses, except for the second one. The current results indicate the presence of a weak relationship between perceived corruption and corrupt intention, which means that widespread corruption among peers does not necessarily predict corrupt intention. It is not essential to perceive widespread corruption among students or professors in order to behave in the same way. In fact, some authors (Köbis et al., 2015) have shown that a highly corrupt setting does not differ from the control condition –e.g., a setting in which frequency of corruption was neither high nor low– if the corrupt behavior is seen as a common practice.

Previous research has highlighted that perceived corruption among peers is a fundamental variable in explaining corruption (Čábelková & Hanousek, 2004; Dong et al., 2012; Gama et al., 2013; Liu & Peng, 2015; Shaw et al., 2015). However, little has been done to explain corrupt intention through ethical mechanisms and different manifestations of corrupt behavior (Sabic-El-Rayess & Mansur, 2016). Our study showed that students' decision to engage in corruption was largely based on how justifiable a corrupt behavior was, demonstrating that students' conceptualization of corruption is also based on the type of corrupt practices. Although perceived corruption among peers was considered by students, the weight they gave to this factor in their decision-making was

considerably lower than the weight demonstrated in previous literature on corruption. This is a novel result in academic research on unethical behaviors.

Regarding practical implications, the present results indicate that ethical training programs could be a helpful tool to teach students, staff members, and administrators how to avoid future corrupt activities. As it has been shown, extra efforts must be made to reeducate university members about what behaviors are considered corrupt and, therefore, harmful to the rest of the academic community. It may be interesting to highlight the negative consequences of deeply embedded practices such as favoritism. Additionally, Ayal, Gino, Barkan, and Ariely (2015) have shown that underscoring ethical cues could increase the moral salience of certain behaviors and deter people from justifying dishonesty. On the other hand, increasing transparency and clarity in administrative procedures would help increase the risk perception of engaging in corruption and, therefore, reduce its prevalence. To achieve this goal, anonymous whistle-blowing channels are needed to encourage reports of corruption at universities. Put differently, there must be an establishment of actions to increase visibility, limit anonymity, and bolster peer monitoring (Ayal et al., 2015). With regard to perceptions of corruption among peers, anti-corruption measures must take into account the powerful effect of reminding people that most of their peers do not behave in a corrupt way in order to deter them from engaging in corrupt practices. Reminders and prompts could be useful to reduce corrupt practices, “especially in contexts in which people do not have first-hand experience and/or falsely believe that a high proportion engages in corruption” (Köbis et al, 2015, p. 11). Nevertheless, reminders must be short, intuitive, and easy to understand in order to be effective (Ayal et al., 2015).

Limitations and future directions

The present research has some limitations. First, although hypothetical scenarios allow researchers to gain external validity in their conclusions, they are highly specific to a context. Thus, future studies should analyze these relationships using a methodology that allows the generalization of its results, but keeping in mind that specific corrupt behaviors should also be represented to understand further mechanisms of their prevention. Second, we only analyzed students' perspectives regarding academic corruption, but we did not consider those of administrators, private suppliers, and teaching staff, as previous research has suggested (Denisova-Schmidt, 2017; Hallak & Poisson, 2007). Future studies could take into account the different perspectives of these stakeholders to provide a better understanding of corruption mechanisms, undertake evidence-based reforms at the university level, and discover new trends in the development of dishonest practices.

Our present sample mainly comprised women, and the literature on corruption shows that women tend to be less corrupt (Chaudhuri, 2012). Another issue is that external variables may have affected the results in the present study, such as social desirability or participants' experience with corrupt activities. Characteristics of the Spanish university system must also be considered when drawing conclusions from the current evidence, since corruption is strongly influenced by sociocultural factors—in both the national and regional context—and the specific organizational dynamics at work (Charron, 2016; Rincón & Barrutia, 2017). Moreover, conducting experimental studies to establish causality between variables and analyzing actual corrupt behavior are two

essential recommendations for improving knowledge about academic corruption, as previous research has pointed out (Denisova-Schmidt, 2017). Finally, we recognize that there may be a methodological weakness regarding our analytic approach.

This study's contributions to the empirical research on corruption are multiple. First, analyzing different types of corrupt behavior has been one of the main recommendations for advancing corruption research (Johnsøn & Mason, 2013; Sabic-El-Rayess & Mansur, 2016). As Köbis, Van Prooijen, Righetti, and Van Lange (2016) have suggested "lumping together of various distinct forms of corrupt behaviors undermines scientific progress and hinders the understanding of the causes of corruption because the prospective processes involved in different forms of corruption vary substantially" (p. 71). Second, the use of university students and realistic hypothetical scenarios of corruption in higher education makes it possible to gain external validity in the conclusions. With regard to hypothetical scenarios, this methodology allows researchers to assess corruption (Rettinger & Kramer, 2009). Third, our findings reinforce the idea that students take ethical issues into account when deciding to engage in a corrupt behavior, a finding that complements previous research on corruption, which mainly focused on peers' behaviors and their influence over one's willingness to participate in corrupt activities. Finally, there are hardly any empirical research studies focused on corruption at the university level, and the few that exist have studied the effects of a particular type of corrupt behavior: bribery (see, e.g., Gama et al., 2013; Liu & Peng, 2015; Shaw et al., 2015). Therefore, the present study expands the literature on

corruption—concretely, at the university level—by analyzing common sources of corruption such as favoritism and embezzlement activities.

DISCLOSURE STATEMENT

No potential conflict of interest was reported by the authors.

REFERENCES

- Abad, F., Olea, J., Ponsoda, V., & García, C. (2011). *Medición en Ciencias Sociales y de la Salud [Measurement in social sciences and health]*. Madrid: Síntesis.
- Amundsen, I. (2000). *Corruption. Definition and concepts*. Bergen: Chr. Michelsen Institute.
- Ayal, S., Gino, F., Barkan, R., & Ariely, D. (2015). Three principles to REVISE people's unethical behavior. *Perspectives on Psychological Science*, 10(6), 738–741. <https://doi.org/10.1177/1745691615598512>
- Bai, B., Liu, X., & Kou, Y. (2016). Belief in a just world lowers bribery intention. *Asian Journal of Social Psychology*, 19(1), 66–75. <https://doi.org/10.1111/ajsp.12108>
- Barkan, R., Ayal, S., Gino, F., & Ariely, D. (2012). The pot calling the kettle black: Distancing response to ethical dissonance. *Journal of Experimental Psychology: General*, 141, 757–773. <https://doi.org/10.1037/a0027588>
- Berninghaus, S., Haller, S., Krüger, T., Neumann, T., Schosser, S., & Vogt, B. (2013). Risk attitude, beliefs, and information in a Corruption Game - An experimental analysis. *Journal of Economic Psychology*, 34, 46–60. <https://doi.org/10.1016/j.joep.2012.11.004>
- Čábelková, I., & Hanousek, J. (2004). The power of negative thinking: corruption, perception and willingness to bribe in Ukraine. *Applied Economics*, 36(4), 383–397. <https://doi.org/10.1080/00036840410001674303>
- Cebrián-Robles, V., Raposo-Rivas, M., Cebrián-de-la-Serna, M., & Sarmiento-Campos, J.A. (2018). Percepción sobre el plagio académico de estudiantes universitarios españoles. *Educación XXI*, 21(2), 105-129. <https://doi.org/10.5944/educXXI.20062>
- Chapman, D., & Lindner, S. (2016). Degrees of integrity: the threat of corruption in higher education. *Studies in Higher Education*, 41(2), 247–268. <https://doi.org/10.1080/03075079.2014.927854>
- Charron, N. (2016). Do corruption measures have a perception problem? Assessing the relationship between experiences and perceptions of corruption among citizens and experts. *European Political Science Review*, 8(1), 147–171. <https://doi.org/10.1017/S1755773914000447>
- Chaudhuri, A. (2012). Gender and Corruption: A Survey of the Experimental Evidence. In D. Serra & L. Wantchekon (Eds.), *New Advances in Experimental Research on Corruption* (Vol. 15, pp. 13–49). Emerald Group Publishing Ltd. [https://doi.org/10.1108/S0193-2306\(2012\)0000015004](https://doi.org/10.1108/S0193-2306(2012)0000015004)
- Cialdini, R., Reno, R., & Kallgren, C. (1990). A focus theory of normative conduct: Recycling the concept of norms to reduce littering in public places. *Journal of Personality and Social Psychology*, 58(6), 1015–1026. <https://doi.org/10.1037/0022-3514.58.6.1015>
- Cialdini, R., Trost, M., & Newsom, J. (1995). Preference for consistency: The development of a valid measure and the discovery of surprising behavioral

- implications. *Journal of Personality and Social Psychology*, 69(2), 318–328. <https://doi.org/10.1037/0022-3514.69.2.318>
- Comas-Forgas, R., & Sureda-Negre, J. (2016). Prevalence and ability to recognize academic plagiarism among university students in economics. *Profesionales de la información*, 25(4), 616–622. <https://doi.org/10.3145/epi.2016.jul.11>
- Cummings, R., Martinez-Vazquez, J., McKee, M., & Torgler, B. (2009). Tax morale affects tax compliance: Evidence from surveys and an artefactual field experiment. *Journal of Economic Behavior and Organization*, 70(3), 447–457. <https://doi.org/10.1016/j.jebo.2008.02.010>
- Curtis, G., & Vardanega, L. (2016). Is plagiarism changing over time? A 10-year time-lag study with three points of measurement. *Higher Education Research & Development*, 35(6), 1167–1179. <https://doi.org/10.1080/07294360.2016.1161602>
- Denisova-Schmidt, E. (2013). *Justification of Academic Corruption at Russian Universities: A Student Perspective* (No. 30). *Edmond J. Safra Working Papers*. Cambridge. <https://doi.org/10.2139/ssrn.2353513>
- Denisova-Schmidt, E. (2017). *The Challenges of Academic Integrity in Higher Education: Current Trends and Prospects*. Chestnut Hill: The Boston College Center for International Higher Education (CIHE).
- Dong, B., Dulleck, U., & Torgler, B. (2012). Conditional corruption. *Journal of Economic Psychology*, 33(3), 609–627. <https://doi.org/10.1016/j.joep.2011.12.001>
- Erat, S., & Gneezy, U. (2012). White lies. *Management Science*, 58, 723–733. <https://doi.org/10.1287/mnsc.1110.1449>
- Field, A. (2013). *Discovering statistics using SPSS* (4th ed.). London: Sage.
- Frederick, S. (2005). Cognitive Reflection and Decision Making. *Journal of Economic Perspectives*, 19(4), 25–42. <https://doi.org/10.1257/089533005775196732>
- Gama, P., Almeida, F., Seixas, A., Peixoto, P., & Esteves, D. (2013). Ethics and academic fraud among higher education engineering students in Portugal. In *Proceedings - 2013 1st International Conference of the Portuguese Society for Engineering Education, CISPEE 2013*. Porto. <https://doi.org/10.1109/CISPEE.2013.6701983>
- Ganzach, Y., Ellis, S., Pazy, A., & Ricci-Siag, T. (2008). On the perception and operationalization of risk perception. *Judgement and Decision Making*, 3(4), 317–324.
- Gino, F., Ayal, S., & Ariely, D. (2009). Contagion and differentiation in unethical behavior: The effect of one bad apple on the barrel. *Psychological Science*, 20(3), 393–398. <https://doi.org/10.1111/j.1467-9280.2009.02306.x>
- Gino, F., & Bazerman, M. (2009). When misconduct goes unnoticed: The acceptability of gradual erosion in others' unethical behavior. *Journal of Experimental Social Psychology*, 45(4), 708–719. <http://doi.org/10.1016/j.jesp.2009.03.013>
- Gino, F., & Galinsky, A. (2012). Vicarious dishonesty: When psychological closeness creates distance from one's own moral compass. *Organizational Behavior and*

- Human Decision Processes*, 119(1), 15-26.
<http://doi.org/10.1016/j.obhdp.2012.03.011>
- Hallak, J., & Poisson, M. (2007). *Corrupt schools, corrupt universities: What can be done?* Paris: International Institute for Educational Planning.
- Heyneman, S. (2013). Higher education institutions: Why they matter and why corruption puts them at risk. In *Global Corruption Report: Education, Transparency international* (pp. 101–107). Berlin: Transparency International.
- Heyneman, S., Anderson, K., & Nuraliyeva, N. (2008). The Cost of Corruption in Higher Education. *Comparative Education Review*, 52(1), 1–25.
<https://doi.org/10.1086/524367>
- Hu, L., & Bentler, P. (1999). Cutoff criteria for fit indexes in covariance structure analysis: Conventional criteria versus new alternatives. *Structural Equation Modeling: A Multidisciplinary Journal*, 6(1), 1–55.
<https://doi.org/10.1080/10705519909540118>
- JASP Team. (2019). JASP. Amsterdam: JASP Team. Retrieved from <https://jasp-stats.org/>
- Jiang, H., Emmerton, L., & McKaige, L. (2013). Academic integrity and plagiarism: A review of the influences and risk situations for health students. *Higher Education Research and Development*, 32(3), 369–380.
<https://doi.org/10.1080/07294360.2012.687362>
- Johnsøn, J., & Mason, P. (2013). *The Proxy Challenge: Why bespoke proxy indicators can help solve the anti-corruption measurement problem* (U4 Brief) (pp. 1–6). Bergen.
- Jones, T. (1991). Ethical Decision Making by Individuals in Organizations: An Issue-Contingent Model. *The Academy of Management Review*, 16(2), 366–395.
- Kahneman, D., & Tversky, A. (1973). On the psychology of prediction. *Psychological Review*, 80(4), 237–251.
- Kisamore, J., Stone, T., & Jawahar, I. (2007). Academic integrity: the relationship between individual and situational factors on misconduct contemplations. *Journal of Business Ethics*, 75, 381-374. <https://doi.org/10.1007/s10551-006-9260-9>
- Köbis, N., Van Prooijen, J.-W., Righetti, F., & Van Lange, P. (2015). “Who doesn’t?” - The impact of descriptive norms on corruption. *PLoS ONE*, 10(6), 1–14.
<https://doi.org/10.1371/journal.pone.0131830>
- Köbis, N., Van Prooijen, J.-W., Righetti, F., & Van Lange, P. (2016). Prospection in Individual and Interpersonal Corruption Dilemmas. *Review of General Psychology*, 20(1), 71–85. <https://doi.org/10.1037/gpr0000069>
- Liu, Q., & Peng, Y. (2015). Determinants of willingness to bribe: Micro evidence from the educational sector in China. *Jahrbucher Fur Nationalökonomie Und Statistik*, 235(2), 168–183.
- Macfarlane, B., Zhang, J., & Pun, A. (2014). Academic integrity: a review of the literature. *Studies in Higher Education*, 39(2), 339–358.
<https://doi.org/10.1080/03075079.2012.709495>

- Mazar, N., Amir, O., & Ariely, D. (2008). The Dishonesty of Honest People: A Theory of Self-Concept Maintenance. *Journal of Marketing Research*, 45(6), 633–644. <https://doi.org/10.1509/jmkr.45.6.633>
- Mazar, N., & Zhong, C. (2010). Do green products make us better people? *Psychological Science*, 21, 494–498. <https://doi.org/10.1177/0956797610363538>
- MECD. (2016). *Datos y cifras del sistema universitario español. Curso 2015/2016* (Ministerio de Educación, Cultura y Deporte No. M-14388–2015) (p. 169). Retrieved from <http://www.mecd.gob.es/dms/mecd/servicios-al-ciudadano-mecd/estadisticas/educacion/universitaria/datos-cifras/datos-y-cifras-SUE-2015-16-web-.pdf>
- Molnar, K. (2015). Students' Perceptions of Academic Dishonesty: A Nine-Year Study from 2005 to 2013. *Journal of Academic Ethics*, 13(2), 135–150. <https://doi.org/10.1007/s10805-015-9231-9>
- Monin, B., & Miller, D. (2001). Moral credentials and the expression of prejudice. *Journal of Personality and Social Psychology*, 81, 33–43. <https://doi.org/10.1037/0022-3514.81.1.33>
- Moore, C. (2008). Moral disengagement in processes of organizational corruption. *Journal of Business Ethics*, 80(1), 129–139. <https://doi.org/10.1007/s10551-007-9447-8>
- OECD. (2016). *Education at a glance 2016: OECD indicators*. Paris: OECD Publishing. <http://doi.org/10.1787/eag-2016-en>
- Peer, E., Acquisti, A., & Shalvi, S. (2014). “I cheated, but only a little”: Partial confessions to unethical behavior. *Journal of Personality and Social Psychology*, 106, 202–217. <http://doi.org/10.1037/a0035392>
- Reno, R., Cialdini, R., & Kallgren, C. (1993). The transsituational influence of social norms. *Journal of Personality and Social Psychology*, 64, 104–112. <http://doi.org/10.1037/0022-3514.64.1.104>
- Rettinger, D., & Kramer, Y. (2009). Situational and Personal Causes of Student Cheating. *Research in Higher Education*, 50, 293–313. <https://doi.org/10.1007/s11162-008-9116-5>
- Rincón, V., & Barrutia, J. (2017). International demand for Spanish university education: an analysis in the context of the European higher education area. *European Journal of Education*, 52(1), 104–117. <https://doi.org/10.1111/ejed.12198>
- Rumyantseva, N. (2005). Taxonomy of corruption in higher education. *Peabody Journal of Education*, 80(1), 81–92. https://doi.org/10.1207/S15327930pje8001_5
- Ryvkin, D., & Serra, D. (2012). How corruptible are you? Bribery under uncertainty. *Journal of Economic Behavior & Organization*, 81, 466–477. <https://doi.org/10.1016/j.jebo.2011.07.004>
- Sabic-El-Rayess, A., & Mansur, N. (2016). Favor reciprocation theory in education: New corruption typology. *International Journal of Educational Development*, 50, 20–32. <https://doi.org/10.1016/j.ijedudev.2016.04.005>

- Schweitzer, M., & Hsee, C. (2002). Stretching the truth: Elastic justification and motivated communication of uncertain information. *Journal of Risk and Uncertainty*, 25, 185–201.
- Shalvi, S., Gino, F., Barkan, R., & Ayal, S. (2015). Self-Serving Justifications: Doing Wrong and Feeling Moral. *Current Directions in Psychological Science*, 24(2), 125–130. <https://doi.org/10.1177/0963721414553264>
- Shaw, P., Katsaiti, M., & Pecoraro, B. (2015). On the Determinants of Educational Corruption: The Case of Ukraine. *Contemporary Economic Policy*, 33(4), 698–713. <https://doi.org/10.1111/coep.12097>
- Transparency International. (2009). *The Anti-Corruption Plain Language Guide* (Transparency International) (pp. 1–60). Retrieved from www.transparency.org
- Transparency International. (2013). *Global Corruption Report: Education*. Oxon: Routledge.
- Transparency International. (2016). *People and Corruption: Europe and Central Asia (Global Corruption Barometer)* (No. 9783960760337). Berlin.
- Zhao, H., Zhang, H., & Xu, Y. (2016). Does the dark triad of personality predict corrupt intention? The mediating role of belief in good luck. *Frontiers in Psychology*, 7, 1–16. <https://doi.org/10.3389/fpsyg.2016.00608>

APPENDIX

Description of the hypothetical scenarios

Next, you will see a hypothetical situation based on real experience. Imagine that you are the one who has to make the decision, and then answer the following questions. (This introduction was presented at the beginning of each scenario)

Scenario 1 (favoritism)

You recently finished your university degree, and you are collaborating with a professor on a research project. One day, your professor tells you that there will be a public job in the project you are working on. Your professor tells you that he/she has thought of you for that job because you work really well. He/she asks you not to talk about this issue with your teammates while going through the formal selection process, but you will be chosen in the end.

Scenario 2 (bribery)

You are asking for a university scholarship. However, your grade average has gone down because of a subject in which you did not do well on the exam. After the exam, you go for a tutorial session because you want to know how to improve your grade. You describe your poor economic situation to your professor and you ask him/her to raise your grade because you really need that scholarship. After thinking carefully, your professor tells you to do some research work for him/her in exchange for the grade. He/she warns you that you cannot say anything about it to your classmates because it is an exceptional situation that he/she cannot offer everyone.

Scenario 3 (fraud)

You have just finished your degree and you want to enroll in a postgraduate degree. You find a good one and very prestigious, but it is difficult to be accepted. Moreover, you find out that one of your degree professors teaches a subject in the postgraduate degree. You decide to tell him/her that you are really interested in being admitted to the postgraduate degree program. He/she mentions that he/she knows the selection committee members. He assures you that he/she is able to facilitate your admission. In return, he/she asks you to collaborate on a research project in which you are not interested.

Scenario 4 (embezzlement)

After a few months of collaborating on a research project with a professor, the opportunity arises to attend a conference in the USA for 2 days in the summer. Although the conference hardly focuses on your research interests, your professor proposes spending public teaching funds to pay the expenses for both of you during the two days of the conference, plus a stay lasting more 8 days.

Estudio 4: Determinants of students' willingness to engage in corruption in an academic setting: an empirical study

Martín Julián¹, Tomas Bonavia¹

¹ Departamento de Psicología Social, Universidad de Valencia, Valencia, Spain

Referencia: Julián, M., y Bonavia, T. (2020). Determinants of students' willingness to engage in corruption in an academic setting: an empirical study. *Journal of Academic Ethics*. <https://doi.org/10.1007/s10805-020-09362-5>

Este trabajo aborda la consecución del objetivo específico 4 de la presente tesis doctoral: estudiar empíricamente la influencia de los diferentes tipos de corrupción y la percepción de los pares en la intención de realizar una conducta corrupta en el ámbito universitario. Para ello, se realizó un estudio cuasi-experimental con alumnos universitarios. En contra de lo que apuntaba la literatura científica previa sobre corrupción, se pudo observar que la percepción de los iguales no jugaba un papel relevante en la toma de decisiones de los participantes sobre realizar una conducta corrupta. Sin embargo, la gran aportación de este estudio fue el peso que los estudiantes daban al tipo de conducta corrupta, una variable que claramente delimitaba la intención conductual a la hora de implicarse en actividades corruptas.

Abstract

Corruption in higher education has raised concern among governments, citizens, and the education community worldwide. However, few papers have sought to explore the students' willingness to engage in corrupt practices at the university level. The present study aimed to examine the influence of different corrupt behaviours and perceived corruption among peers on the corrupt intention of university students. 120 undergraduate students participated in a quasi-experimental design divided in 3 treatments (control, low-corruption acceptance, high-corruption acceptance) to rate their willingness to engage in favouritism and embezzlement behaviours. Results pointed out that students were more prone to committing a non-monetary behaviour favouritism– than a monetary behaviour –embezzlement–. Furthermore, there were not significant differences between the groups of control and high-corruption acceptance; while only the group of low-corruption acceptance showed significant lower rates when compared to the control and the high-corruption acceptance's group. Practical recommendations need to address students' perceptions of different corrupt practices, focusing on designing ethical training programmes aimed to raise awareness on the negative consequences of non-monetary activities. Future research directions could generate empirical support to prove if students are able to recognize the underlying mechanisms of subtle corrupt practices.

Keywords: *unethical behaviour; types of corruption; perceived corruption; gender; quasi-experimental design; higher education.*

Introduction

Corruption is one of the most serious and complex problems faced by nations, societies, and organizations today (Köbis et al. 2016). Corruption in higher education is a growing concern among governments, citizens, and the education community (Du Plessis 2014; Denisova-Schmidt 2017). Research has shown that corruption is widespread among the educational sector, from primary school to university throughout the world (Transparency International 2013). Corruption undermines the educational system because it reinforces anti-meritocratic values, reduces students' participation in their daily decisions, and decreases expectations of economic and social development (Chapman and Lindner 2016). In fact, early research has shown that academic dishonesty at the university level is linked to future levels of corruption in a country (Teixeira 2013). As the role of universities is to shape future citizens, it is important to eliminate corrupt mechanisms in such institutions (Heyneman 2011).

Scientific literature on university corruption differs from academic dishonesty literature (see, e.g., Macfarlane et al. 2014). Academic dishonesty typically refers to 'multiple forms of academic deviance including but not limited to test cheating, plagiarism, and inappropriate collaboration' (Kisamore et al. 2007, p. 382). On the other hand, corruption has many different meanings based on the theoretical framework in which the phenomenon is analysed. A broad definition of corruption is 'the abuse of entrusted power for private gain' (Transparency International 2009, p. 9). Specifically, educational corruption is 'the systematic use of public office for private benefit whose impact is significant on access, quality or equity in education' (Hallak and Poisson 2002, p. 17). University corruption ranges from paying a bribe for admittance into an academic programme to assigning public positions through favouritism (Hallak and Poisson 2007).

Although perceived corruption among peers has been widely studied in earlier research (Liu and Peng 2015; Shaw et al. 2015), the influence of different corrupt behaviours on students' corrupt intention has hardly been analysed (Gama et al. 2013). In addition, most research on corruption in educational settings has focused on cross-national evidence (Chapman and Lindner 2016). Therefore, the present study aims to expand the literature on corruption – concretely, at the university level – by analysing other common

sources of corruption such as favouritism and embezzlement and the impact of perceived corruption among peers on students' corrupt intention.

The role of peers in corruption

Perceived corruption among peers has become the most robust area of corruption research, especially in behavioural economics (Abbink and Serra 2012). There are few psychosocial models that explain corrupt behaviour, despite its social relevance and psychological consequences (Julián and Bonavia 2017). The main results of past research have shown that the more a person perceives that their peers are highly corrupt, the more they will be inclined to commit a corrupt act (Dong et al. 2012).

The role of peers in corruption has also been studied in the educational sector with similar results (Liu and Peng 2015; Shaw et al. 2015). Relying on a survey conducted in Ukraine with 1,588 undergraduates, a previous study (Shaw et al. 2015) showed that perceptions of corruption among peers were linked to an increase in the willingness of offering a bribe. Other authors (Čábelková and Hanousek 2004) reached the same conclusion. The authors of a study conducted with 1,527 Portuguese university students (Gama et al. 2013) asked participants about their classmates' perceptions of corruption, specifically for subtypes of fraud. They found that the vast majority of the students recognized the existence of fraudulent practices in their classrooms and showed a great tolerance towards such practices. In the same vein, a study with 1,541 Chinese students concluded that perception of corruption was strongly linked to the likelihood of committing bribery in the future (Liu and Peng 2015). Overall, perceived corruption among peers reduces the perceived costs of being caught, increases one's ethical rethinking about their own beliefs about dishonesty, generates social distrust, destroys intrinsic honesty, distorts perceptions of descriptive norms, and provides incentives to carry out illegal or unethical actions (Cialdini et al. 1990; Gino et al. 2009).

Scientific literature on social norms (Reno et al. 1993; Cialdini and Goldstein 2004) has shown that there are two types of norms: injunctive norms (which are related to the permissibility of a behaviour), and descriptive norms (which are related to the engagement of others in a behaviour). Corrupt activities are normally condemned, so injunctive norms can foster negative feelings or thoughts in a corruption scenario.

However, as previous studies have demonstrated (Köbis et al. 2015), descriptive norms tend to serve as a rationalization for those willing to ignore their feelings when facing a corruption dilemma. In short, thinking that the majority of people engage in a corrupt behaviour paves the way to behaving in the same manner. Therefore, the following hypotheses will be tested in this study:

H1: Students' willingness to engage in corrupt practices will be higher in the high-corruption acceptance group in comparison with the control group.

H2: Students' willingness to engage in corrupt practices will be lower in the low-corruption acceptance group in comparison with the control group.

Typology of corrupt practices

Students, administrators, private suppliers, or the teaching staff can be involved in corrupt activities at the university level (Hallak and Poisson, 2007; Denisova-Schmidt 2017). Considering the range of corrupt practices in the educational arena, it is clear that not only the teaching staff can exert their authority to achieve personal gains; students can also take advantage of certain situations if they believe that it will allow them to obtain better academic opportunities or jobs in the future (Shaw et al. 2015). In other words, students may offer bribes to bypass official selection processes or obtain better grades. Still, corruption is not restricted to student-teaching staff exchanges; administrators may also be perpetrators of practices such as embezzlement or charging students for free services (Rumyantseva 2005). Regarding students engaging in corrupt practices, Rumyantseva (2005) notes three possible exchanges at the university level: students-teaching staff, students-administrators, and students-other staff members. Corrupt activities between students and members of the teaching staff can occur in the classroom, during application processes, or during exams, and can be undertaken both by students and teaching staff. Student-administrator exchanges are characterized by privileged treatment given to a student in return for money or any other kind of bribery. Exchanges between students and other staff members are similar to student-administrator interactions, but they relate to services offered by the university (e.g., the library).

Empirical research thus far has largely ignored variations in corruption (Bussell 2015) and has mainly focused on one example of corrupt practices: bribery (see, e.g., Abbink and Serra 2012). Although

there are many corrupt acts in everyday life, favouritism and embezzlement are some of the most common types of corruption in higher education (Dridi 2013; Transparency International 2013). Favouritism is ‘a mechanism of power abuse implying privatization and a highly biased distribution of state resources’, whereas embezzlement is ‘the theft of public resources by public officials’ (Hallak and Poisson 2007, p. 57).

Favouritism often occurs in universities where public allocation of jobs is at stake (Du Plessis 2014; Denisova-Schmidt 2017). This is particularly important because cheating on behalf of one’s member group (e.g. a member of one’s research group) has a negative effect on out-group members, and is considered unacceptable because it alters fair competition for resources (Harris et al. 2015). When facing the public allocation of a job, favouritism results in overlooking job candidates who are more qualified than the chosen one (Cadsby et al. 2016). It becomes difficult to recognize the moral characteristics of the act, because favouritism is usually considered a social norm rather than a violation of the norms (Harris et al. 2015). Moreover, if people deal with non-monetary goods, they will tend to rationalize their behaviour and act dishonestly (Ariely 2008).

By contrast, embezzlement entails a misappropriation of funds and usually involves only one agent who abuses entrusted power for personal benefits (Köbis et al. 2016). Research has shown that financial practices – such as embezzlement – deter people from being dishonest (Ariely 2008). Embezzlement can be perceived as a money exchange, highlighting the monetary characteristics of the decision, which leads people to behave honestly (Hallak and Poisson 2007; Ariely 2008; Du Plessis 2014). Considering the aforementioned differences between favouritism and embezzlement, the following hypothesis will be tested:

H3: Students’ willingness to engage in favouritism will be higher than students’ willingness to engage in embezzlement.

Gender role

Scientific literature regarding women’s role in corruption is ambiguous (Chaudhuri 2012). According to many authors (Swamy et al. 2001; Alatas et al. 2009; Torgler and Valev 2010; Rivas 2013), women are

less tolerant than men to different kinds of corrupt behaviours. On the other hand, several studies were unable to find gender differences in corruption (Sung 2003; Alhassan-Alolo 2007). A plausible explanation from cultural psychology conjectures that masculine societies reward material success, ambitiousness, and competitiveness (Hofstede 1997). These variables can influence people's tendency to engage in corrupt behaviour (Lee and Guven 2013). Some scholars consider that women are less corrupt than men because of risk perception, meaning that women perceive more risk than men in corrupt situations (Schulze and Frank 2003; Djawadi and Fahr 2013). It has also been suggested that women react more strongly to risky situations (Frank et al. 2011). Furthermore, women tend to interpret risk as a threat rather than a challenge (Croson and Gneezy 2009), maybe as a result of a male-oriented culture that reinforces values like competitiveness and material success (Hofstede 1997). As a result of previous literature, the last hypothesis is the following:

H4: Male students' willingness to engage in corrupt behaviour will be higher than that of female students.

Spanish university context

The current situation of the Spanish university system is largely characterised by a strong competitiveness among universities (Rincón and Barrutia 2017). According to the Ministry of Education, Culture and Sports, there are 84 universities in Spain: 50 of which are public and 34 of which are private (MECD 2016). Academic dishonesty has been studied in Spanish universities (see, e.g., Comas-Forgas and Sureda-Negre 2016; Cebrián-Robles et al. 2018), though individual predictors of Spanish university corruption have not been analysed yet. Furthermore, nearly two-thirds of Spanish citizens rated corruption as a major problem in their country (Transparency International 2016).

In the present study, we examined a highly representative university of the Spanish public higher education system. In addition, given the aforementioned context and the city in which the study was carried out, the priority selection criterion was access for conducting such a study. We opted for a public Spanish university that has around 55,000 students and 3,300 academic staff members. This university offers

degrees in a wide range of academic fields: arts and humanities, engineering, health sciences, sciences, and social sciences. Students have access to different undergraduate degrees, as well as master's and PhD programmes.

The present study contributes to empirical research on corruption in various ways: first, analysing different types of corrupt behaviour has been highlighted as a main recommendation for the advancement of corruption research (Johnsøn and Mason 2013; Sobic-El-Rayess and Mansur 2016). As previous research outlined (Köbis et al. 2016), the 'lumping together of various distinct forms of corrupt behaviours undermines scientific progress and hinders the understanding of the causes of corruption because the prospective processes involved in different forms of corruption vary substantially' (p. 71). Second, the use of university students and realistic scenarios of corruption in higher education makes it possible to gain external validity in the conclusions (Collins et al. 2009). With regard to hypothetical scenarios, this methodology allows researchers to gain accuracy in assessing corruption, and it is useful for obtaining information about the subjective scale participants use when they answer questions about corruption (Rettinger and Kramer 2009). Third, there are few empirical research pieces focused on analysing corruption at the university level using experimental designs to determine causality, so the results of this study will help unravel the underlying mechanisms of students' decision-making when facing a corrupt offer. Finally, it is worth noting that the present results generate empirical support on gender literature regarding corruption. There is a broad debate in this area, so this study may help identify possible differences between men and women when they consider whether to engage in corrupt behaviour.

Method

Participants and design

The participants in this study were 120 undergraduate students from a Spanish public university who answered the questionnaires voluntarily. The age of the participants ranged from 18 to 51 years ($M = 22.03$ years, $SD = 4.79$). Regarding sex, 24.2 % were men, and 75.8 % were women. A non-probability sampling

technique – convenience sampling – was chosen to collect data from participants. Although this sampling technique does not allow a proper generalization to the entire population, available data from the university database revealed that both age ($M = 23.03$ years) and sex (men = 37 %, women = 63 %) were similar to the present sample. In addition, because the current matter of study concerns undergraduates, this sample seems highly appropriate for drawing significant conclusions.

The present paper consisted of a 3 (group: control, low-corruption acceptance, high-corruption acceptance) by 2 (corrupt behaviour: favouritism, embezzlement) mixed factorial design. Each group (control, low-corruption acceptance, high-corruption acceptance) was composed of 40 students. The composition of participants in each quasi-experimental group was comparable in regard to the collected socio-demographic characteristics, both in age (control: $M = 22.57$ years; low-corruption acceptance: $M = 22.45$ years; high-corruption acceptance: $M = 21.07$ years) and sex (control: men = 32.50 %, women = 67.50 %; low-corruption acceptance: men = 25 %, women = 75 %; high-corruption acceptance: men = 15 %, women = 85 %).

The between-subjects factor was group, whereas corrupt behaviour was the within-subjects factor. Mixed factorial designs provide high control over extraneous participant variables while controlling the main effects of independent variables (Price 2012).

Instruments

Based on previous research (Bai et al. 2014; Leonard et al. 2017; Ghanem and Mozahem 2019), two hypothetical scenarios were used to measure the behavioural intention in corrupt activities. Asking participants about specific corrupt practices is useful for obtaining data on the subjective scale individuals use when answering questions about corruption.

Type of corrupt behaviour. Two hypothetical scenarios were used to capture favouritism and embezzlement (see description below). An expert panel of members from the university at which the present study was conducted helped develop scenarios of corrupt activities. Assessment standards focused on rating the clarity, readability, and realism of the scenarios, which were revised according to the panel's suggestions. Once participants had read each scenario, they answered five questions. The response scale

ranged from 1 to 5, as recommended by previous research on Likert scales (Abad et al. 2011). Originally, both the hypothetical scenarios and the questions were written in Spanish.

Scenario 1 (favouritism): *You recently finished your university degree and you are collaborating with a professor on a research project. One day, your professor tells you that there will be a public job in the project you are working on. Your professor tells you that they have thought of you for that job because you work really well. They ask you not to talk about this issue with your teammates while going through the formal selection process, but you will be chosen in the end.*

Scenario 2 (embezzlement): *After a few months of collaborating with a professor on a research project, the opportunity arises to attend a conference in the USA for 2 days in the summer. Although the conference hardly focuses on your research interests, your professor proposes spending public teaching funds to pay the expenses for both of you during the two days of the conference, plus a stay lasting 5 more days.*

Perceived corruption. In the case of the group of low-corruption acceptance (hereinafter, low-corruption), each scenario contained a final statement: 'Previously, in an identical situation, the majority of people did not accept this offer'. Alternatively, students who were assigned to the group of high-corruption acceptance (hereinafter, high-corruption) read another final statement in every single scenario: 'Previously, in an identical situation, the majority of people accepted this offer'. Students assigned to the control group did not receive any information or statement about corruption among peers.

Corrupt intention. Once participants had read each scenario, they answered one question: 'If this situation happened to you in real life, how likely is it that you would accept this proposal?' The response scale ranged from 1 (I would not accept it at all) to 5 (I would certainly accept it). Different scholars have demonstrated that corrupt intention is a valid instrument to study corruption through a single question (Dong et al. 2012; León et al. 2013). Moreover, the present study followed the assessment methodology provided by Transparency International (Transparency International 2016) when evaluating the perceived frequency of corruption among citizens. Although quantifying corruption is difficult, perceptions of corrupt practices are easier to capture (Heyneman et al. 2008).

Procedure and data analyses

The quasi-experimental design took place in a Spanish public university. Prior to implementation, the present study was approved by the Ethics Commission on Experimental Research of this university, which is subjected to the guidelines agreed in the Helsinki Declaration. Recruitment took place in the university campus of Social Sciences. Students were asked to participate voluntarily in a study about their university experiences. Before entering the room, those who were willing to participate were informed about the instructions for the study, asked again if they wished to participate in the quasi-experiment in order to obtain verbal consent, and given paper-and-pencil application forms. They were also informed that they could leave the quasi-experiment at any time they needed. Participants' anonymity and confidentiality were fully ensured. Students were not remunerated, but were instead offered a summary of the results to encourage their participation.

Students rated their willingness to engage in the following corrupt practices (scenarios): favouritism and embezzlement. The order of the scenarios was randomized by a random integer set generator (Haahr 2017). Sets of generated numbers were distributed equally among the three groups to counterbalance the quasi-experimental design. Counterbalancing provides a reliable solution to the problem of order effects (Price 2012). Once they read every scenario, the students were told to choose the alternative that best described their opinion, so there were not correct or incorrect answers.

To determine possible differences among groups and corrupt practices, the data were analysed by carrying out a set of Analysis of Variance (ANOVA). Analyses of assumptions of sphericity and homogeneity of variance were also performed. Data were analysed using statistical software *SPSS 24*.

Results

Assumptions of sphericity and homogeneity of variance were checked. Mauchly's test showed that the assumption of sphericity was not violated, $\chi^2(5) = 8.52, p = .130$. Levene's test indicated that the assumption of homogeneity of variance was not violated, as it can be observed in the variables of favouritism [$F(2,117) = 2.27, p = .108$], and embezzlement [$F(2,117) = 0.13, p = .874$].

Table 1 Descriptive Statistics for Control and Experimental Groups for Both Types of Corrupt Behaviour

Group	M	SE	CI (95 %)	
			Lower bound	Upper bound
Control	3.72	.118	3.49	3.95
Non-corrupt peers	3.36	.118	3.13	3.60
Corrupt peers	3.73	.118	3.50	3.97

Note. Response scale ranges from 1 to 5 in all measures.

As Table 1 shows, students' ratings differ across the control, non-corrupt peers, and corrupt peers groups [$F(2,117) = 3.14, p < .05, \omega^2 = .034$]. Pair-wise comparisons revealed that students assigned to the control group were more likely to commit a corrupt behaviour than students assigned to low-corruption ($p < .05$), and students assigned to low-corruption were less inclined to commit a corrupt behaviour than those in the high-corruption group ($p < .05$). Differences between control and high-corruption were not significant ($p = .940$). These results show that the first hypothesis could not be supported, but the second hypothesis could be supported.

Table 2 Descriptive Statistics for the Type of Corrupt Behaviour and Gender

Gender	Behaviour	M	SD
Men	Favouritism	3.83	1.14
	Embezzlement	3.30	1.62
Women	Favouritism	3.74	1.04
	Embezzlement	2.75	1.44
Total	Favouritism	3.77	1.07
	Embezzlement	2.89	1.50

Repeated measures ANOVA shows that students were more prone to engage in favouritism than embezzlement [$F(1,119) = 34.92, p < .001, \omega^2 = .098$]. This result confirms the third hypothesis.

Regarding gender, there were no significant differences between men and women in favouritism [$F(1,118) = 0.15, p = .694, \omega^2 = .001$], nor embezzlement [$F(1,118) = 2.99, p = .086, \omega^2 = .016$]. These results reject the fourth hypothesis.

Table 3 Descriptive statistics for interaction between group and type of corrupt behaviour

Behaviour	Group	M	SD
-----------	-------	---	----

Favouritism	Control	3.65	1.09
	Low-corruption	3.62	1.12
	High-corruption	4.02	0.94
Embezzlement	Control	3.50	1.43
	Low-corruption	2.25	1.49
	High-corruption	2.92	1.34

In addition, a repeated measures ANOVA was carried out to check a possible interaction between the type of behaviour and the group (see Table 3). A significant effect of the type of corrupt behaviour was found [$F(1,117) = 36.75, p < .001, \omega^2 = .105$]. Then, pair-samples t-tests showed that students were less likely to commit an embezzlement behaviour than a favouritism behaviour in the low-corruption group ($t(39) = 4.97, p < .001, d = .79$), and the same results appear in the high-corruption group ($t(39) = 4.87, p < .001, d = .77$). However, there were no significant differences between favouritism and embezzlement in the control group ($t(39) = 0.621, p = .538, d = .099$).

Discussion

The present study aimed to examine the influence of different corrupt behaviours and perceived corruption among peers on the corrupt intention of university students. According to previous research (Johnsøn and Mason 2013), corrupt intention should be evaluated through its different forms. To this end, university students were asked to rate their willingness to engage in two types of corrupt practices in a Spanish public university: favouritism and embezzlement (Hallak and Poisson 2007). They were also assigned to three different groups depending on the experimental condition: control, low-corruption acceptance, and high-corruption acceptance. Additionally, a university sample was recruited in order to study university corruption in accordance with the current objectives. Seeking greater external validity and coherence between sample and variables, vignettes were constructed intentionally to recreate a realistic and credible environment for the students (Denisova-Schmidt 2017). It is worth noting that knowing more about typologies of educational corruption and quantifying the corruption or the perception of it is a salient and evolving research area in education (Sabic-El-Rayess and Mansur 2016).

First, students in the high-corruption and control groups did not show significant differences in their ratings of their willingness to engage in an embezzlement and in a favouritism behaviour, so the first

hypothesis could not be proved. Although previous research (Köbis et al. 2015) has demonstrated that ‘perceiving that corruption is widespread crucially influences the decision to engage in corrupt behaviour’, it has been shown that a highly corrupt setting does not differ from the control condition if the corrupt behaviour is seen as a common practice (Köbis et al. 2015). In addition, students assigned to the control group were more likely to engage in corruption than students assigned to the low-corruption group, supporting the second hypothesis. Previous research has demonstrated that informing people of a low frequency of corruption reduces corrupt behaviour (Köbis et al. 2015). People may calculate their chances of being caught and their expected success when considering carrying out an advantageous corrupt activity; these considerations may be strongly derived from perceived descriptive norms (Köbis et al. 2016).

Our results also confirmed the third hypothesis: students were more likely to engage in a favouritism behaviour than in an embezzlement behaviour. A possible explanation could be that students’ willingness to engage in an embezzlement behaviour may be influenced by the monetary characteristics of this act, which could lead to behavioural restraints (Ariely 2008). It is worth remembering that people may be more likely to behave honestly if they face a money exchange. Moreover, considering that favouritism may be seen as a descriptive norm in itself (Harris et al. 2015), students may not be able to conceive of an act of favouritism as a dishonest behaviour. However, they could be creating rationalizations to justify their acts and reduce anticipated guilt and shame (Köbis et al. 2016). Surprisingly, our analyses of the interactions showed that students assigned to the control group did not significantly differ in their willingness to participate in favouritism and embezzlement acts. The lack of explicit descriptive norms (as it was introduced in high- and low-corruption groups) may explain this result, which means that students did not have enough information about their peers’ actual behaviour and they relied on their own past experiences, expected costs, and probability of realizing a successful transaction (Köbis et al. 2015).

Regarding the role of gender on corrupt intention, the fourth hypothesis was not supported. Our analyses of favouritism and embezzlement indicates that there are no important differences between men and women in corrupt intention. According to earlier literature (Sung 2003; Alhassan-Alolo 2007), differences between men and women are not important in terms of magnitude because there are other factors influencing corrupt intention such as living in a liberal democracy (Sung 2003) or living in less-developed countries with patriarchal social structures (Alhassan-Alolo 2007). Therefore, differences in corrupt

intention between men and women may depend on their cultural context (Chaudhuri 2012). Moreover, the present study may help shed light on the relationship between gender and corruption, but the current sample is not sufficient to draw general conclusions on this topic.

The present research is not free of limitations. First, the use of hypothetical scenarios improves the realism of situations and allowed the researchers to manipulate and control independent variables, and it fosters both internal and external validity (Aguinis and Bradley 2014). However, scenarios are highly specific to a context, and results must be generalized with caution. As has been stated by other authors (Bussell 2015), ‘measurement strategies may simply reflect the difficulty of collecting data on corruption, but this does not change the fact that any effort to compare across analyses will be stymied by differences in measurement’ (p. 24). Second, the study focused only on professional transgressions, according to the classifications of prior research (Du Plessis 2014), and only students answered questions about corrupt acts. Corruption in higher education not only involves students, but also professors, administrators, governments, and other stakeholders. Future research must take these different perspectives into account to create a broader perspective from which to assess this phenomenon. The hidden nature of corruption in higher education has kept academics from advancing corruption research, but quasi-experimental research (as in the present study) can help generate more research on the topic by re-creating the environment in which corrupt decisions are made (Abbink and Serra 2012). Future research could empirically determine whether students are able to recognize the underlying mechanisms of non-monetary corrupt practices such as favouritism. Furthermore, the weakness of convenience sampling is that an unidentified proportion of the entire population was not sampled. This may have led to an inaccurate representation of the full population, indicating that the present results cannot be generalized to the entire population.

Regarding practical implications, the present study shows that anti-corruption measures should consider reminding people that most of their peers do not behave in a corrupt way (in the case that this is true) in order to deter them from committing corrupt practices. This may be due to the effect of descriptive norms –people’s perception of whether a behaviour is commonly widespread (or not) among their peers. Applying legal mechanisms of punishment is not sufficient to prevent people from taking part in corrupt activities (Ayal et al. 2015). Thus, modifying people’s perceptions of their peers entails a great challenge to tackle corruption. There is more than one way to eradicate corruption in higher education, and anti-

corruption measures must include a combination of technical and political responses (Chapman and Lindner 2016). Codes of conduct have been proposed in recent literature to combat corruption in higher education (Transparency International 2013). In this line, practical recommendations need to address students' perceptions of different corrupt practices, focusing on designing ethical training programmes aimed to raise awareness on the negative consequences of non-monetary activities. According to some authors (Ayal et al. 2015), 'successful public policies should raise moral barriers by reminding people of their own ethical code, encouraging social monitoring and responsible norms, increasing self-awareness and prompting moral commitment' (p. 741). Nevertheless, such reminders must be short, intuitive, and easy to understand in order to be effective. Reminders and prompts could be useful in reducing corrupt practices, 'especially in contexts in which people do not have first-hand experience and/or falsely believe that a high proportion engages in corruption' (Köbis et al. 2015, p. 11). Overall, institutional corruption must be treated differently from individual corruption. Essentially, while combating institutional corruption relies on enforcing legislation (Heyneman 2014), fighting against individual corruption relies on the enforcement of professional codes of conduct and in-depth training about what constitutes corruption in daily university activities (Cárdenas 2012).

References

- Abad, F., Olea, J., Ponsoda, V., & García, C. (2011). *Medición en ciencias sociales y de la salud*. Madrid: Síntesis.
- Abbink, K., & Serra, D. (2012). Anticorruption Policies: Lessons from the Lab. *New advances in experimental research on corruption*, 15, 77–115. [https://doi.org/10.1108/S0193-2306\(2012\)0000015006](https://doi.org/10.1108/S0193-2306(2012)0000015006)
- Aguinis, H., & Bradley, K. (2014). Best Practice Recommendations for Designing and Implementing Experimental Vignette Methodology Studies. *Organizational Research Methods*, 17(4), 351–371. <https://doi.org/10.1177/1094428114547952>
- Alatas, V., Cameron, L., Chaudhuri, A., Erkal, N., & Gangadharan, L. (2009). Gender and corruption: insights from an experimental analysis. *Southern Economic Journal*, 75(3), 663–680.
- Alhassan-Alolo, N. (2007). Gender and corruption: testing the new consensus. *Public Administration and Development*, 27, 227–237. <https://doi.org/10.1002/pad.455>
- Ariely, D. (2008). *Predictably Irrational: The Hidden Forces That Shape Our Decisions*. New York: Harper Collins Publishers. <https://doi.org/10.5465/AMP.2009.37008011>
- Ayal, S., Gino, F., Barkan, R., & Ariely, D. (2015). Three principles to REVISE people's unethical behavior. *Perspectives on Psychological Science*, 10(6), 738–741. <https://doi.org/10.1177/1745691615598512>
- Bai, B., Liu, X., & Kou, Y. (2014). Belief in a just world lowers perceived intention of corruption: The mediating role of perceived punishment. *PLoS ONE*, 9(5), 6. <https://doi.org/10.1371/journal.pone.0097075>
- Bussell, J. (2015). Typologies of corruption: a pragmatic approach. In S. Rose-Ackerman & P. Lagunes (Eds.), *Greed, Corruption, and the Modern State: Essays in Political Economy* (pp. 21–45). Cheltenham: Edward Elgar Publishing. <https://doi.org/10.4337/9781784714703.00007>
- Čábelková, I., & Hanousek, J. (2004). The power of negative thinking: corruption, perception and willingness to bribe in Ukraine. *Applied Economics*, 36(4), 383–397. <https://doi.org/10.1080/00036840410001674303>
- Cadsby, C. B., Du, N., & Song, F. (2016). In-group favoritism and moral decision-making. *Journal of Economic Behavior & Organization*, 128, 59–71. <https://doi.org/http://dx.doi.org/10.1016/j.jebo.2016.05.008>
- Cárdenas, S. (2012). La corrupción en sistemas educativos: una revisión de prácticas, causas, efectos y recomendaciones. *Revista Electrónica de Investigación Educativa*, 14(2), 52–72.
- Cebrián-Robles, V., Raposo-Rivas, M., Cebrián-de-la-Serna, M., & Sarmiento-Campos, J.A. (2018). Percepción sobre el plagio académico de estudiantes universitarios españoles. *Educación XXI*, 21(2), 105–129. <https://doi.org/10.5944/educXXI.20062>
- Chapman, D., & Lindner, S. (2016). Degrees of integrity: the threat of corruption in higher education. *Studies in Higher Education*, 41(2), 247–268. <https://doi.org/10.1080/03075079.2014.927854>
- Chaudhuri, A. (2012). Gender and Corruption: A Survey of the Experimental Evidence. In D. Serra & L. Wantchekon (Eds.), *New Advances in Experimental Research on Corruption* (Vol. 15, pp. 13–49). Emerald Group Publishing Ltd. [https://doi.org/10.1108/S0193-2306\(2012\)0000015004](https://doi.org/10.1108/S0193-2306(2012)0000015004)
- Cialdini, R., & Goldstein, N. J. (2004). Social influence: compliance and conformity. *Annual Review of Psychology*, 55, 591–621. <https://doi.org/10.1146/annurev.psych.55.090902.142015>
- Cialdini, R., Reno, R., & Kallgren, C. (1990). A focus theory of normative conduct: Recycling the concept of norms to reduce littering in public places. *Journal of Personality and Social Psychology*, 58(6), 1015–1026. <https://doi.org/10.1037/0022-3514.58.6.1015>
- Collins, J., Uhlenbruck, K., & Rodriguez, P. (2009). Why firms engage in corruption: A top management perspective. *Journal of Business Ethics*, 87(1), 89–108. <https://doi.org/10.1007/s10551-008-9872-3>
- Comas-Forgas, R., & Sureda-Negre, J. (2016). Prevalence and ability to recognize academic plagiarism among university students in economics. *Profesionales de la información*, 25(4), 616–622. <https://doi.org/10.3145/epi.2016.jul.11>
- Croson, R., & Gneezy, U. (2009). Gender Differences in Preferences. *Journal of Economic Literature*, 47(2), 448–474. <https://doi.org/10.1257/jel.47.2.448>
- Denisova-Schmidt, E. (2017). *The Challenges of Academic Integrity in Higher Education: Current Trends and Prospects*. Chestnut Hill: The Boston College Center for International Higher Education

- (CIHE). [https://www.bc.edu/content/dam/files/research_sites/cihe/pubs/CIHE/Perspective/Perspectives No 5 June 13%2C 2017 No cropsFINAL.pdf](https://www.bc.edu/content/dam/files/research_sites/cihe/pubs/CIHE/Perspective/Perspectives%20No%205%20June%2013%202017%20No%20cropsFINAL.pdf)
- Djawadi, B., & Fahr, R. (2013). *The Impact of Risk Perception and Risk Attitudes on Corrupt Behavior: Evidence from a Petty Corruption Experiment*. IZA Discussion Paper Series. <http://ftp.iza.org/dp7383.pdf>
- Dong, B., Dulleck, U., & Torgler, B. (2012). Conditional corruption. *Journal of Economic Psychology*, 33(3), 609–627. <https://doi.org/10.1016/j.joep.2011.12.001>
- Dridi, M. (2013). Corruption within education sector: a typology of consequences. *International Journal of Research in Commerce, Economics & Management*, 11(3), 122–126.
- Du Plessis, P. (2014). Corruption in education – Stealing the future. *Mediterranean Journal of Social Sciences*, 5(23), 1308–1316. <https://doi.org/10.5901/mjss.2014.v5n23p1308>
- Frank, B., Lambsdorff, J., & Boehm, F. (2011). Gender and Corruption: Lessons from Laboratory Corruption Experiments. *European Journal of Development Research*, 23(1), 59–71. <https://doi.org/10.1057/ejdr.2010.47>
- Gama, P., Almeida, F., Seixas, A., Peixoto, P., & Esteves, D. (2013). Ethics and academic fraud among higher education engineering students in Portugal. In *Proceedings - 2013 1st International Conference of the Portuguese Society for Engineering Education, CISPEE 2013*. Porto. <https://doi.org/10.1109/CISPEE.2013.6701983>
- Ghanem, C. M., & Mozahem, N. A. (2019). A Study of Cheating Beliefs, Engagement, and Perception – The Case of Business and Engineering Students. *Journal of Academic Ethics*, 1–22. <https://doi.org/10.1007/s10805-019-9325-x>
- Gino, F., Ayal, S., & Ariely, D. (2009). Contagion and differentiation in unethical behavior: The effect of one bad apple on the barrel. *Psychological Science*, 20(3), 393–398. <https://doi.org/10.1111/j.1467-9280.2009.02306.x>
- Haahr, M. (2017). Random integer set generator. *True Random Number Service*. <https://www.random.org/integer-sets/>
- Hallak, J., & Poisson, M. (2002). Ethics and corruption in education. In *Forum on Education*. Paris: International Institute for Educational Planning.
- Hallak, J., & Poisson, M. (2007). *Corrupt schools, corrupt universities: What can be done?* Paris: International Institute for Educational Planning.
- Harris, D., Herrmann, B., Kontoleon, A., & Newton, J. (2015). Is it a norm to favour your own group? *Experimental Economics*, 18(3), 491–521. <https://doi.org/10.1007/s10683-014-9417-9>
- Heyneman, S. (2011). The Corruption of Ethics in Higher Education. *International Higher Education*, 62, 8–9. <https://doi.org/10.6017/ihe.2011.62.8530>
- Heyneman, S. (2014). How Corruption Puts Higher Education at Risk. *International Higher Education*, 75, 1–6. <https://doi.org/10.6017/ihe.2014.75.5425>
- Heyneman, S., Anderson, K., & Nurallyeva, N. (2008). The Cost of Corruption in Higher Education. *Comparative Education Review*, 52(1), 1–25. <https://doi.org/10.1086/524367>
- Hofstede, G. (1997). *Cultures and organizations: software of the mind*. New York: McGraw Hill.
- Johnsøn, J., & Mason, P. (2013). *The Proxy Challenge: Why bespoke proxy indicators can help solve the anti-corruption measurement problem*. U4 Brief. Bergen.
- Julián, M., & Bonavia, T. (2017). Aproximaciones Psicosociales a la Corrupción: Una Revisión Teórica. *Revista Colombiana de Psicología*, 26(2), 231–243. <https://doi.org/10.15446/rcp.v26n2.59353>
- Kisamore, J., Stone, T., & Jawahar, I. (2007). Academic integrity: the relationship between individual and situational factors on misconduct contemplations. *Journal of Business Ethics*, 75(4), 381–394. <https://doi.org/10.1007/s10551-006-9260-9>
- Köbis, N., Van Prooijen, J.-W., Righetti, F., & Van Lange, P. (2015). “Who doesn’t?” - The impact of descriptive norms on corruption. *PLoS ONE*, 10(6), 1–14. <https://doi.org/10.1371/journal.pone.0131830>
- Köbis, N., Van Prooijen, J.-W., Righetti, F., & Van Lange, P. (2016). Prospecption in Individual and Interpersonal Corruption Dilemmas. *Review of General Psychology*, 20(1), 71–85. <https://doi.org/http://dx.doi.org/10.1037/gpr0000069>
- Lee, W. S., & Guven, C. (2013). Engaging in corruption: The influence of cultural values and contagion effects at the microlevel. *Journal of Economic Psychology*, 39, 287–300. <https://doi.org/10.1016/j.joep.2013.09.006>

- León, C. J., Araña, J. E., & de León, J. (2013). Correcting for Scale Perception Bias in Measuring Corruption: An Application to Chile and Spain. *Social Indicators Research*, 114(3), 977–995. <https://doi.org/10.1007/s11205-012-0185-7>
- Leonard, L. N. K., Riemenschneider, C. K., & Manly, T. S. (2017). Ethical Behavioral Intention in an Academic Setting: Models and Predictors. *Journal of Academic Ethics*, 15(2), 141–166. <https://doi.org/10.1007/s10805-017-9273-2>
- Liu, Q., & Peng, Y. (2015). Determinants of willingness to bribe: Micro evidence from the educational sector in China. *Jahrbucher fur Nationalokonomie und Statistik*, 235(2), 168–183.
- Macfarlane, B., Zhang, J., & Pun, A. (2014). Academic integrity: a review of the literature. *Studies in Higher Education*, 39(2), 339–358. <https://doi.org/10.1080/03075079.2012.709495>
- MECD. (2016). *Datos y cifras del sistema universitario español. Curso 2015/2016* (Ministerio de Educación, Cultura y Deporte No. M-14388–2015) (p. 169). Retrieved from <http://www.mecd.gob.es/dms/mecd/servicios-al-ciudadano-mecd/estadisticas/educacion/universitaria/datos-cifras/datos-y-cifras-SUE-2015-16-web-.pdf>
- Price, P. (2012). *Research Methods in Psychology*. Minnesota: University of Minnesota Libraries Publishing.
- Reno, R., Cialdini, R., & Kallgren, C. (1993). The transsituational influence of social norms. *Journal of Personality and Social Psychology*, 64(1), 104–112.
- Rettinger, D., & Kramer, Y. (2009). Situational and Personal Causes of Student Cheating. *Research in Higher Education*, 50, 293–313. <https://doi.org/10.1007/s11162-008-9116-5>
- Rincón, V., & Barrutia, J. (2017). International demand for Spanish university education: an analysis in the context of the European higher education area. *European Journal of Education*, 52(1), 104–117. <https://doi.org/10.1111/ejed.12198>
- Rivas, M. (2013). An Experiment on Corruption and Gender. *Bulletin of Economic Research*, 65(1), 10–42. <https://doi.org/10.1111/j.1467-8586.2012.00450.x>
- Rumyantseva, N. (2005). Taxonomy of corruption in higher education. *Peabody Journal of Education*, 80(1), 81–92. https://doi.org/10.1207/S15327930pje8001_5
- Sabic-El-Rayess, A., & Mansur, N. (2016). Favor reciprocation theory in education: New corruption typology. *International Journal of Educational Development*, 50, 20–32. <https://doi.org/10.1016/j.ijedudev.2016.04.005>
- Schulze, G., & Frank, B. (2003). Deterrence versus intrinsic motivation: Experimental evidence on the determinants of corruptibility. *Economics of Governance*, 4(2), 143–160. <https://doi.org/10.1007/s101010200059>
- Shaw, P., Katsaiti, M., & Pecoraro, B. (2015). On the Determinants of Educational Corruption: The Case of Ukraine. *Contemporary Economic Policy*, 33(4), 698–713. <https://doi.org/10.1111/coep.12097>
- Sung, H.-E. (2003). Fairer sex or fairer system? Gender and corruption revisited. *Social Forces*, 82(2), 703–723.
- Swamy, A., Knack, S., Lee, Y., & Azfar, O. (2001). Gender and corruption. *Journal of Development Economics*, 64(1), 25–55. [https://doi.org/10.1016/S0304-3878\(00\)00123-1](https://doi.org/10.1016/S0304-3878(00)00123-1)
- Teixeira, A. A. C. (2013). Sanding the Wheels of Growth: Cheating by Economics and Business Students and “Real World” Corruption. *Journal of Academic Ethics*, 11(4), 269–274. <https://doi.org/10.1007/s10805-013-9192-9>
- Torgler, B., & Valev, N. (2010). Gender and public attitudes toward corruption and tax evasion. *Contemporary Economic Policy*, 28(4), 554–568. <https://doi.org/10.1111/j.1465-7287.2009.00188.x>
- Transparency International. (2009). *The Anti-Corruption Plain Language Guide*. Transparency International. www.transparency.org
- Transparency International. (2013). *Global Corruption Report: Education*. Oxon: Routledge.
- Transparency International. (2016). *People and Corruption: Europe and Central Asia (Global Corruption Barometer)*. Berlin.

DISCUSIÓN

El *objetivo general* de la presente tesis doctoral ha sido ahondar en los factores psicosociales que están asociados a la conducta corrupta. Para conseguir tal objetivo, se plantean los siguientes *objetivos específicos*: sintetizar las principales aportaciones en el estudio de la corrupción desde una perspectiva psicológica en los últimos 10 años (estudio 1); explorar las principales perspectivas psicológicas que podrían aplicarse al estudio del fenómeno de la corrupción (estudio 2); estudiar empíricamente las principales variables predictoras de la intención de realizar una conducta corrupta en el ámbito universitario (estudio 3); y estudiar empíricamente la influencia de los diferentes tipos de corrupción y la percepción de los pares en la intención de realizar una conducta corrupta en el ámbito universitario (estudio 4).

Literatura psicológica sobre el fenómeno de la corrupción

Una de las conclusiones más significativas que se desprende de la revisión de los artículos es la escasa producción de literatura científica sobre corrupción –desde un punto de vista psicológico– tanto en el ámbito anglosajón como en el ámbito hispanoamericano. Solo la presencia de algunos trabajos rompe con esta dinámica (Guerrero y Rodríguez-Oreggia, 2008; Jaber-López et al., 2014; López-López et al., 2017; Zalpa et al., 2014), lo cual resulta sorprendente dada la percepción de niveles de corrupción por parte de la población que existen en los estamentos institucionales de estos países (Transparency International, 2017). Resulta llamativa la escasa investigación dedicada a un tema

importante como la corrupción en los círculos académicos de la Psicología, a pesar de la existencia de modelos teóricos que constituyen un interesante punto de partida para la comprensión de este fenómeno. Casi todos los modelos están basados en estudios experimentales o cuasiexperimentales que acarrear limitaciones metodológicas clásicas, como la deseabilidad social y la validez ecológica. Muchas de las situaciones que se intentan replicar en entornos de laboratorio están centradas en pequeños actos de corrupción y asumen que los funcionarios públicos actúan en su labor cotidiana siguiendo una serie de reglas claras, prohibiciones y responsabilidades asociadas con su oficio, lo cual no es del todo cierto. Al mismo tiempo, tienden a equiparar el fenómeno de la corrupción únicamente con el soborno (Philp y Dávid-Barrett, 2015). Otro de los patrones encontrados tiene que ver con el tipo de muestra predominante en los artículos revisados: estudiantes universitarios (véase, por ejemplo, Abbink y Wu, 2017; Agbo y Iwundu, 2016; Bai et al., 2016; Fišar et al., 2016; Onifade y Bodunde, 2009; Tan et al., 2016). Si bien es cierto que los estudiantes suelen ser una muestra frecuentemente seleccionada para estudios científicos, el alcance de un fenómeno como la corrupción plantea la necesidad de ir más allá en la comprensión de sus mecanismos y recurrir a muestreos más representativos de la población general, si es donde se quiere estudiar el fenómeno. Ejemplo de esto último se puede encontrar en algunos estudios como el de López-López et al. (2017) o el de Wang y Sun (2016), donde se recogieron las percepciones de personas adultas con un perfil heterogéneo. Respecto a la metodología empleada en los artículos recogidos en esta revisión, se encuentra un claro predominio de diseños experimentales (véase, por ejemplo, Drugov et al., 2014) y diseños correlacionales (véase, por ejemplo, Liang et al., 2016), pero escasos estudios de corte cualitativo (véase, por ejemplo, Gorsira

et al., 2018). Aunque coexisten dos líneas claramente diferenciadas en la investigación sobre corrupción, representadas por los estudios experimentales y los correlacionales (Abbink y Serra, 2012), el estudio de los procesos que llevan a una persona a participar en actividades corruptas sigue siendo un área pendiente que ha de abordarse complementariamente desde metodologías de corte cualitativo. Además, existen investigaciones que ya hablan de estudiar las conductas corruptas desde un acercamiento contextual concreto, buscando las especificidades de cada práctica y desarrollando herramientas de evaluación *ad hoc* (Johnsøn y Mason, 2013).

Tras haber realizado esta revisión, es posible plantear qué cuestiones no se han abordado y serían susceptibles de ser líneas de investigación futuras en este campo. No solamente aspectos como la percepción del poder y el sexo de los individuos tienen aún muchos aspectos que solventar respecto a los mecanismos que los relacionan con la corrupción, sino también las variables de personalidad y su interacción con estos factores señalados. Es decir, la investigación podría dirigirse a averiguar de qué manera distintos rasgos de personalidad interactúan frente a la inoculación de poder en las personas, estudiando también el papel del sexo de los participantes. Por otra parte, sería interesante desgranar de qué manera las normas sociales son percibidas por los participantes durante el proceso de toma de decisiones y si tanto las variables situacionales como el formato en que se presenta la corrupción ayuda a distorsionar estas percepciones sobre el comportamiento de los demás. Otra línea de investigación podría ir dirigida a averiguar los procesos psicológicos subyacentes en la participación en diferentes conductas corruptas en función del contexto (hospitales, política, universidades, etc.).

El estudio de la conducta corrupta en el ámbito universitario

La mayor parte de la investigación en el ámbito universitario relacionada con conductas deshonestas –como la corrupción– se ha desarrollado primordialmente en el área referida a la “integridad académica”. Aquí se encuentran actividades deshonestas –aunque diferentes de la corrupción– como el plagio (Curtis y Vardanega, 2016; Jiang, Emmerton, y McKauge, 2013) o copiar en los exámenes (Molnar, 2015; Rettinger y Kramer, 2009).

En este caso, la presente tesis doctoral se focalizó en el estudio de aquellas conductas deshonestas que se encuadran dentro de la literatura de la corrupción universitaria. A pesar de que los estudios 3 y 4 evaluaron únicamente la percepción de estudiantes universitarios, se pudo observar cómo el tipo de conducta corrupta que se les presentaba influía en su percepción del riesgo a participar en dicha conducta, en el grado de justificación que mostraban ante la situación e, incluso, en la percepción de que sus compañeros y compañeras estuvieron implicados en tales actividades. Estos resultados van en la línea de lo demostrado por estudios anteriores sobre la tolerancia a conductas como el fraude (Gama et al., 2013) o el soborno (Shaw et al., 2015) en el ámbito universitario, los cuales también han demostrado la existencia de una tolerancia extendida hacia conductas corruptas no monetarias como el favoritismo, el soborno y el fraude.

Sin embargo, resulta novedoso que, como se demostró en el estudio 4, el efecto que tenía el tipo de conducta corrupta ante los estudiantes encuestados era mucho mayor que el efecto que tenía percibir un ambiente caracterizado por altos (bajos) niveles de corrupción percibidos. Estos datos matizan los resultados ofrecidos por estudios

anteriores (Dong et al., 2012; Shaw et al., 2015), los cuales hacían hincapié en el poderoso efecto que tiene percibir un entorno corrupto a la hora de decidir participar en actividades de este tipo. De hecho, gran parte de la literatura sobre corrupción ha girado en torno a la idea de que la percepción de los iguales en cuanto a su implicación en actos corruptos suele determinar el comportamiento propio a implicarse en dichos actos (véase, por ejemplo, Abbink y Serra, 2012).

Asimismo, pese a que una de las últimas recomendaciones en el estudio de la conducta corrupta es poner el foco en la especificidad de cada manifestación de este fenómeno para poder entender mejor los procesos subyacentes (Johnsøn y Mason, 2013), son realmente escasos los estudios que han llevado a cabo dichas prácticas (véase, por ejemplo, Sabic-El-Rayess y Mansur, 2016). Los estudios 3 y 4 de esta tesis doctoral han pretendido contribuir a la literatura científica cubriendo este hueco con una idea claramente demostrada: las variables que se han asociado de manera clásica al estudio de la conducta corrupta (percepción de iguales, riesgo de ser descubierto...) no se comportan de la misma manera en todas las manifestaciones de corrupción. Aquí merece la pena recordar que la inmensa mayoría de trabajos en la materia han arrojado conclusiones basadas en el análisis de solo una manifestación corrupta: el soborno (Abbink y Serra, 2012). Entender esta idea que se desprende los estudios 3 y 4 podría constituir un acercamiento importante al desarrollo de futuros estudios que tomen en cuenta la especificidad situacional a la hora de evaluar la corrupción, especialmente en un ámbito tan diverso como lo es el universitario. Por otro lado, pedir a estudiantes universitarios que participen en los estudios mencionados a partir de la contestación a preguntas que tenían que ver con situaciones cotidianas en su universidad fue una novedad respecto a la

literatura sobre corrupción universitaria. Si bien es cierto que existen estudios sobre corrupción que se basan en las respuestas de estudiantes universitarios (Gama et al., 2013; Shaw et al., 2015), la utilización de viñetas diseñadas *ad hoc* para recrear situaciones creíbles y realistas a los estudiantes es una novedad en este ámbito.

Limitaciones

Tras la realización de los cuatro estudios presentados en el marco de esta tesis doctoral, y concretamente de los estudios 3 y 4, se procede a enumerar las principales limitaciones que hay que tomar en cuenta a la hora de leer tanto los resultados como las conclusiones del presente trabajo.

Primeramente, es necesario recordar que se han medido las percepciones que tienen los estudiantes sobre aspectos como el riesgo de ser descubiertos y el comportamiento de sus compañeros, así como la actitud frente a una oferta hipotética de participar en actividades corruptas. Esto quiere decir que no se ha medido la conducta corrupta “real” de los estudiantes ni se ha ofrecido información objetiva sobre el comportamiento de los iguales, sino que se ha trabajado sobre percepciones. Como ya se comentó en el apartado de “Métodos” del presente documento, estas limitaciones son frecuentes en el estudio de la corrupción y, pese a que continúan ofreciendo un acercamiento efectivo al análisis de este fenómeno, son aproximaciones únicamente a datos objetivos que se desconocen.

En segundo lugar, y estrechamente relacionado con la limitación anterior, la utilización de viñetas específicas que recreen situaciones cotidianas de la vida universitaria de los estudiantes puede suponer una restricción notable a la hora de captar los matices generalistas en el resto de conductas corruptas. Si bien es cierto que esta metodología de evaluación ayuda a delimitar con mayor concreción cada conducta corrupta, los aspectos generales que nuclean al resto de conductas pueden perderse en la medición y, por tanto, obtener un resultado limitado sobre las variables que afectan al proceso. Por ejemplo, hay que hacer notar que las viñetas planteadas son solo un extracto del posible universo de situaciones que podrían responder a la misma conducta corrupta y que, en este caso, no se han evaluado.

En tercer lugar, como ya se comentó en el apartado introductorio, no solo los estudiantes universitarios pueden ser partícipes de actividades corruptas. Aunque este proyecto de tesis doctoral suponga un acercamiento particular al estudio de la corrupción universitaria al tomar en cuenta la percepción del alumnado universitario, no hay que perder de vista que esta investigación podría verse enriquecida tras la recogida de información desde el punto de vista de diferentes actores como son los profesores y profesoras, el personal administrativo, etc. En este punto, hay que tener siempre presente que las conclusiones hay que contextualizarlas en el marco de las respuestas dadas por los estudiantes, y que, si bien constituyen una parte fundamental de la comunidad universitaria al ser el grupo más numeroso, no dejan de ser solo un actor más susceptible de participar en actos corruptos.

Por otro lado, al margen de variables novedosas como la justificación y el tipo de conducta corrupta, solo se han tomado variables psicosociales como la percepción de los iguales y el riesgo de ser descubierto ante una transacción corrupta, las cuales habían sido estudiadas con amplitud en otros contextos y desde distintas disciplinas científicas. Aunque el hecho de estudiarlas en un nuevo contexto y bajo una perspectiva psicosocial suponga una novedad en la investigación científica sobre corrupción, aún queda pendiente el estudio de numerosas variables psicosociales que están influyendo en la aparición, desarrollo y mantenimiento del fenómeno de la corrupción en el ámbito educativo superior. Sirva de ejemplo el papel hipotético que pueda tener la posición de poder que ocupe cada persona encuestada, la percepción de su estatus socioeconómico, algunas variables de personalidad como la aversión al riesgo o el control de impulsos, la manera en que se presentan las instrucciones de cada acción corrupta o, incluso, quién presenta la oferta de participar en una actividad de este calibre.

Por último, todos los acercamientos metodológicos al estudio de la corrupción en los estudios 3 y 4 han sido de carácter cuantitativo, dejando de lado los acercamientos cualitativos. La importancia de esta limitación radica en el hecho de que se ha dejado de lado una mayor comprensión de los “procesos” que subyacen al fenómeno de la corrupción, es decir, se ha optado por priorizar el “qué” ante el “cómo”. Esta sutil diferencia marca la pauta a nivel futuro en el desarrollo de futuras teorías sobre la corrupción en el ámbito universitario, las cuales bien podrían formularse a partir de rigurosos estudios cualitativos donde entren en juego los discursos de actores clave de la estructura universitaria. Asimismo, este tipo de acercamientos metodológicos permitiría el planteamiento de nuevas escalas de medición para los diferentes tipos de conductas

corruptas, una mayor precisión en la detección de nuevas conductas corruptas en el ámbito universitario o el planteamiento de nuevas variables psicosociales que no haya tenido en cuenta hasta el momento la literatura científica sobre este fenómeno.

Implicaciones teóricas y prácticas

Además de las implicaciones teóricas y prácticas que se señalaron convenientemente en cada uno de los estudios presentados, a continuación, se desarrolla una serie de implicaciones globales al estudio de los factores psicosociales asociados a la corrupción.

Implicaciones teóricas

En primer lugar, existen múltiples cuestiones sin resolver en relación al estudio de la corrupción desde un punto de vista psicosocial. Algunas de ellas implican directamente al papel de variables como la percepción del poder, el sexo de los participantes, las variables de personalidad y la interacción entre los mencionados factores. También resultaría interesante determinar cómo las normas sociales son percibidas por las personas implicadas en actividades corruptas durante el proceso de toma de decisiones, y cuáles son las variables situacionales que interactúan en cada tipo de conducta corrupta para generar una mayor (o menor) propensión a extender dichas prácticas. Todo ello podría realizarse en el marco de la exploración de los procesos psicosociales subyacentes a la conducta corrupta que son específicos de cada contexto (hospitales, universidades, etc.). En otras palabras, se trataría de responder a la cuestión de si tanto las personas como las

variables situacionales se comportan ante las mismas conductas corruptas de la misma manera en función del contexto en el que se encuentren.

De igual manera, Benaissa (1993) reconoce que los estudios cuantitativos difícilmente pueden incluir factores relevantes para entender la corrupción: oportunidad, actitudes, paradigmas y valores profundamente arraigados en la cultura de los ciudadanos a los que se encuesta. Por tanto, es completamente necesario desarrollar nuevas herramientas metodológicas que busquen aproximarse al fenómeno de la corrupción. Así mismo, es básico comprender cómo son construidas las percepciones, cómo se ven los ciudadanos a sí mismos y a las instituciones públicas en relación con la corrupción (Guerrero y Rodríguez-Oreggia, 2008).

Como se ha visto en la revisión de los modelos teóricos –estudio 2–, la ética (sea en un nivel individual o colectivo) es clave para comprender las dinámicas que subyacen en la corrupción, por lo que entendemos que la investigación podría recurrir al estudio de los procesos de razonamiento ético cuando un individuo se enfrente a situaciones de este tipo. Incluso se podría comparar el peso explicativo que tiene esta variable frente a la influencia de otras variables, como el comportamiento de las personas de nuestro entorno y las condiciones socioeconómicas imperantes. En otras palabras, se trata de recoger hipótesis previas y establecer un estudio comparativo del peso explicativo de cada una para aproximarnos a un modelo que explique específicamente las condiciones psicosociales en que se desarrollan las prácticas corruptas.

Otra futura línea de investigación especialmente relevante es el estudio de las diferentes manifestaciones que tiene la corrupción, aspecto que ya ha sido descrito como

una de las recomendaciones para la investigación futura sobre el tema (Johnsøn y Mason, 2013; Sabic-El-Rayess y Mansur, 2016). Agrupar los diferentes tipos de corrupción solo contribuye a minar el progreso científico en esta área y obstaculiza el entendimiento de las causas de la corrupción, ya que los procesos subyacentes a cada conducta corrupta varían sustancialmente (Köbis, Van Prooijen, Righetti, y Van Lange, 2016). En esta línea, el uso de viñetas o escenarios hipotéticos que recojan situaciones cotidianas de la vida universitaria podría ser una alternativa nada desdeñable al uso de experimentos de laboratorio y encuestas transnacionales para ganar validez en las conclusiones de los estudios futuros.

Implicaciones prácticas

Uno de los mayores problemas de la corrupción tiene que ver con el hecho de que muchos funcionarios públicos están en puestos donde sus acciones pueden repercutir de manera importante en personas, empresas y otras organizaciones (Andvig y Fjeldstad, 2001). En muchos casos, los agentes que se encargan de destapar los distintos casos de corrupción trabajan codo a codo con quienes ejecutan tales conductas lesivas, por lo que se someten a un dilema: si denuncian los casos de corrupción se sitúan en una situación en la que es complicado seguir extrayendo más información; pero si aceptan implícitamente (es decir, no denuncian) los casos de corrupción, están permitiendo que estas conductas se perpetúen y se hagan extensibles a más personas. Asimismo, estos autores (Andvig y Fjeldstad, 2001) destacan que la mayor parte de las estrategias para frenar la corrupción se han basado en la modificación de las expectativas de ganancias

ante un acto corrupto, de la probabilidad de ser descubierto y de la gravedad de la pena al ser detectado. Por ejemplo, la expectativa de obtener beneficios es más alta si los funcionarios públicos tienen amplios poderes discrecionales y un considerable control de sus propios trabajos.

Pese a que los estudios arrojan un número importante de medidas, solo algunas han sido objeto de estudio empírico. Parece evidente que las normas sociales ayudan a configurar el nivel y la naturaleza de las conductas corruptas dentro de una organización. Pottenger (2014) lo aclara de la siguiente manera: en primer lugar, al haber un enfrentamiento a la solución de un problema muy arraigado, la corrupción puede alimentar el cinismo y, en consecuencia, el pasar por alto las reglas y regulaciones establecidas se normaliza; en segundo lugar, si se desarrollan esas normas que toleran las pequeñas conductas ilícitas, se da paso a la posibilidad de que en un futuro se toleren faltas y abusos mayores que hagan aumentar (aún más) la desconfianza en el funcionamiento de las estructuras e instituciones oficiales; en tercer lugar, una vez reforzadas estas normas que toleran conductas corruptas, se abre la veda para la formación de verdaderas redes de corrupción que pueden llegar a seleccionar arbitrariamente al personal que entra en las instituciones, consiguiendo reforzar y expandir aún más el establecimiento de nuevas conductas corruptas para las instituciones. No hay que pasar por alto, como señalan Melgar, Rossi y Smith (2010), que la percepción de la corrupción influencia de manera negativa a los casos de corrupción que ocurren realmente, y que estas percepciones son lo suficientemente potentes como para causar daños en la economía, inestabilidad gubernamental o un deterioro en el capital social de un país (confianza entre los ciudadanos).

La investigación transnacional sugiere que, más que la magnitud de las medidas del gobierno, lo que es relevante es la naturaleza de los programas y regulaciones que el propio gobierno lleve a cabo. En otras palabras, sería necesario rediseñar las regulaciones estatales que disminuyan los incentivos para realizar conductas corruptas, así como poner en marcha políticas que promuevan la competitividad entre los candidatos a la hora de optar a un puesto de trabajo público y la apertura al comercio e inversión extranjera. Si bien también es cierto, como señala Pottenger (2014), que la asentada tolerancia de la corrupción en muchas sociedades hace que la implantación de reformas institucionales efectivas sea dificultosa.

Una de las medidas que ha recibido un ambiguo sustento empírico es la que se refiere a los sueldos y contratación de trabajadores del sector público. En referencia a esto último, Evans y Rauch (1999) confirman que un sistema de contratación basado en los méritos del candidato está asociado a mayores proporciones de trabajadores cualificados, lo que llevaría a reducir las conductas corruptas. Van Rijckeghem y Weder (2001) hallaron una relación negativa y estadísticamente significativa entre los salarios públicos más elevados y menores niveles de corrupción. De la misma manera, reconocen que la relación es bilateral, por lo que los países más corruptos tienden a asumir que los trabajadores del sector público ya recompensan sus bajos salarios a través de prácticas corruptas, alimentando otra vez la relación perniciosa entre ambas variables. Estas vicisitudes propias de sistemas corruptos ponen en duda que la suba de salarios sea una medida eficaz y menos costosa a la hora de luchar contra la corrupción. Por último, Treisman (2000), Swamy et al. (2001) y Manow (2005) encuentran resultados

ambiguos respecto al hecho de que una suba del salario de los trabajadores de este sector conlleve una eficaz reducción de los comportamientos corruptos.

El efecto de la rotación de los trabajadores del sector público también parece arrojar luz sobre una medida anti-corrupción. Abbink (2004) puso a prueba en el laboratorio una medida empleada por el gobierno alemán en el año 1998: la rotación de los trabajadores en las áreas más sensibles de cometerse conductas corruptas. Los resultados apuntaron a que la rotación de los trabajadores constituía una prometedora herramienta de cara a evitar sobornos, aunque habría que estudiar si esta herramienta es económicamente eficiente debido a los costes de formación y entrenamiento de los empleados en sus nuevos puestos de trabajo y a la reducción de automatismos en la administración estatal.

Sin embargo, estas medidas no pueden ser aplicadas de manera aislada. Las reformas deben hacer partícipes a la sociedad civil y a un poder judicial realmente independiente. Tampoco puede ponerse el foco, exclusivamente, en el reforzamiento y endurecimiento del marco legal, sino que hay que rastrear las deficiencias estructurales de las instituciones para poder solventar verdaderamente este fenómeno. En este sentido, Azfar y Nelson (2007) defienden que una mayor transparencia y asunción de responsabilidades sería un buen antídoto contra la corrupción. Barr, Lindelow y Serneels (2009) concluyen que los proveedores de servicios públicos realizan mejor su labor si han sido elegidos por los mismos destinatarios de sus servicios, y si el nivel de control y vigilancia sobre su labor es más alto.

En lo que a la participación de la sociedad civil se refiere, Dong y Torgler (2009) concluyen que un incremento en el interés de los ciudadanos por lo que ocurre en política puede ayudar a combatir la corrupción. Hacer énfasis en aquellas instituciones y organizaciones que fomentan la democratización de los derechos civiles y la presencia de la voz de los ciudadanos ayuda a que estos tomen responsabilidades y exijan criterios de transparencia y honestidad a sus representantes políticos. La entrada de nuevos miembros al sistema electoral se consigue a través de la reducción de las enormes barreras que esta estructura sostiene (Bardhan, 2006). Algunas medidas usuales son: establecer un mínimo de financiación pública en las campañas electorales; aumentar la transparencia en las transacciones privadas a partidos políticos; y equiparar el tiempo de exposición de los candidatos en medios públicos y privados. Dichas medidas conseguirían aumentar la competitividad entre los dirigentes políticos y, por tanto, la exigencia en los requisitos que los susodichos deben cumplir para ocupar cargos públicos.

En adición a las medidas mentadas, Pottenger (2014) sugiere que las reformas institucionales formales e informales tienen que ser implementadas de manera complementaria, dado que la primera no puede ser un mero sustituto de la segunda. En este sentido, el autor sostiene que uno de los mayores fallos de las reformas en la lucha anticorrupción consiste en modificar las normas y reglas institucionales formales con la introducción de meros refuerzos y castigos, con lo que los implicados desarrollan estrategias más complejas para seguir con sus cometidos ilícitos. La identificación de las normas y reglas informales es fundamental en una organización, ya que permite observar las dinámicas que están sustentando las conductas corruptas y otorga gran cantidad de información sobre aquellos aspectos sobre los que se ha de incidir para revertir dichas

dinámicas. Serra y Wantchekon (2012) se manifiestan en la misma línea al sugerir que el secretismo es la característica clave de las conductas corruptas, con lo que ciertas estructuras de poder informales podrían estar interfiriendo en el acatamiento de las normas formales. Este hecho se ve claramente reflejado en las administraciones públicas de muchos países en los que hay una idea extendida de qué, cómo y cuándo realizar sobornos para tramitar determinados procesos entre la población. Así, Uslaner (2004) recuerda que una cultura de la corrupción puede ser el resultado de una cultura de la desconfianza entre los ciudadanos, ya que las personas que confían en sus pares serán más propensas a seguir normas y comportamientos éticos. Nordin, Takim y Nawawi (2012) señalan otra estrategia en este sentido: el reforzamiento de valores nucleares de una organización tales como la lealtad, la cohesión, el profesionalismo y la integridad de sus trabajadores. Esto se debe a que existe una importante relación entre los valores centrales de una organización, el “clima ético” y la cultura, que son los factores que van a estar haciendo emerger medidas formales e informales en consonancia con ese programa de implementación más ético. Las instituciones débiles en este sentido pueden funcionar como un pretexto para que los trabajadores participen en actividades corruptas. Al mismo tiempo, las organizaciones deberían tener más información acerca de la calidad de los mensajes que se transmiten a través de los canales informales (conversaciones en los pasillos, por ejemplo), ya que los canales formales, al ser más visibles, funcionan mejor si reproducen mensajes relacionando el orgullo de pertenecer a la organización con la obediencia los valores éticos de la misma y poniendo ejemplos de mala praxis en el puesto de trabajo (Smith-Crowe y Warren, 2014).

La transparencia en los procesos es otro de los puntos fuertes en cualquier reforma que pretenda ser eficaz en la erradicación de la corrupción, y podría definirse como la apertura del flujo de información (Park y Blenkinsopp, 2011). Dicha información puede estar accesible libremente para cualquier persona que así lo solicite. Kolstad y Wiig (2009) subrayan una relación entre la falta de transparencia y mayores niveles de corrupción. Para DiRienzo et al. (2007), un mayor acceso a la información significa una reducción importante en los niveles de corrupción. La disponibilidad de información se traduce en la creación de reglas más transparentes, leyes y transacciones, aumentando el grado de responsabilidad de los ciudadanos. En definitiva, un mayor nivel de transparencia en el proceso de toma de decisiones incrementa la probabilidad de que los actos corruptos sean detectados (Di Falco, Magdalou, Masclet, Villeval y Willinger, 2016).

Finalmente, O'Connor y Fischer (2012) recuerdan que las políticas anti-corrupción deberían focalizarse más en las dinámicas sociales propias de cada país y no solo en importar instituciones y estrategias económicas de países que tienen menores niveles de corrupción. Es erróneo asumir que esas instituciones funcionarán de la misma manera en nuevos entornos, concluyen.

Conclusiones

Las actividades corruptas que tienen lugar en la vida diaria de una universidad debilitan el esfuerzo económico y social que supone mantener un sistema universitario

eficaz e igualitario. Heyneman (2011) plantea que la corrupción en la Universidad resulta más costosa que en otras áreas como la Policía, y que un sistema universitario corrupto tiende a producir ciudadanos corruptos en el futuro. En este sentido, y a pesar de que los escándalos de corrupción a gran escala son tremendamente nocivos para las universidades, las conductas corruptas pequeñas continúan siendo las más extendidas y devastadoras para la sociedad a largo plazo (Chapman y Lindner, 2016).

Como ya se comentó anteriormente, la investigación previa sobre corrupción ha puesto de manifiesto que estudiar las diferentes manifestaciones de este fenómeno se erige como una directriz necesaria para comprender su naturaleza en profundidad (Johnsøn y Mason, 2013). De hecho, la tipología de las conductas corruptas en el ámbito educativo ha sido escasamente estudiada durante décadas (Dridi, 2013; Hallak y Poisson, 2007). Precisamente, es aquí donde radica la principal aportación de la presente tesis doctoral, en el análisis de diferentes manifestaciones de la corrupción –concretamente del favoritismo, soborno, fraude y malversación– en un contexto educativo. Además, dada la complejidad de estudiar la corrupción debido a su naturaleza intrínseca y a los acercamientos disciplinares tan distintos que se han encargado de ello (Jancsics, 2014), se hizo hincapié en seguir las recomendaciones previas provenientes de la Economía Comportamental, la Psicología Educativa, la Ética Comportamental y la Psicología Social (Abbink y Serra, 2012; Gino, 2015; Heyneman et al., 2008; Zaloznaya, 2014). Ejemplo de ello es la inclusión en los estudios presentados en este documento de variables como la percepción del riesgo de ser descubierto, la percepción de la conducta de los iguales y el grado de justificación de los estudiantes ante cada situación que se les presentaba.

Tras la realización de la presente tesis doctoral se pudo concluir que sigue siendo necesario un mayor caudal de investigación sobre la corrupción desde un punto de vista psicológico para poder obtener datos precisos a la hora de elaborar políticas eficaces en la lucha contra este fenómeno. Es fundamental que tanto las instituciones públicas como privadas cuenten con información contrastada empíricamente para poder poner en marcha programas dedicados a reducir los niveles de corrupción imperantes en la sociedad.

Si bien es cierto que la generalización de los resultados ha de aplicarse con cautela debido al contexto específico en que los estudios fueron llevados a cabo, este proyecto de tesis doctoral también puso de manifiesto que comprender los principales factores psicosociales de la corrupción en el ámbito universitario se ha convertido en una tarea primordial para erradicar este tipo de conductas. A pesar de que la corrupción universitaria es común a las instituciones académicas alrededor del mundo (Transparency International, 2013), no hay que perder de vista que la conducta corrupta varía de un contexto cultural a otro (Barr y Serra, 2010).

Como consecuencia de todos los resultados obtenidos en los estudios presentados, es posible afirmar que la educación no está libre de corrupción y que las universidades deben afrontar este problema de manera urgente para evitar futuros problemas económicos, sociales y éticos. Una universidad corrupta solo puede reforzar conductas deshonestas y penalizar aquellos currículos que están basados en el mérito personal (Chapman y Lindner, 2016). Sobre todas las cosas, esto es justamente lo que el proyecto de tesis doctoral que se presenta ha perseguido demostrar.

REFERENCIAS

- Abbink, K. (2004). Staff rotation as an anti-corruption policy: an experimental study. *European Journal of Political Economy*, 20(4), 887-906.
- Abbink, K. (2006). Laboratory experiments on corruption. En S. Rose-Ackerman (Ed.), *International handbook on the economics of corruption*. Cheltenham: Edward Elgar Publishing Limited.
- Abbink, K., y Hennig-Schmidt, H. (2006). Neutral versus loaded instructions in a bribery experiment. *Experimental Economics*, 9, 103-121.
<https://doi.org/10.1007/s10683-006-5385-z>
- Abbink, K., y Wu, K. (2017). Reward self-reporting to deter corruption: An experiment on mitigating collusive bribery. *Journal of Economic Behavior & Organization*, 133, 256–272. <https://doi.org/10.1016/j.jebo.2016.09.013>
- Abbink, K., Irlenbusch, B., y Renner, E. (2002). An experimental bribery game. *Journal of Law, Economics, and Organization*, 18(2), 428-454.
- Abbink, K., y Serra, D. (2012). Anticorruption Policies: Lessons from the Lab. *Research in Experimental Economics*, 15, 77–115. [https://doi.org/10.1108/S0193-2306\(2012\)0000015006](https://doi.org/10.1108/S0193-2306(2012)0000015006)
- Abed, G., y Davoodi, H. (2002). Corruption, structural reforms, and economic performance. En G. Abed y S. Gupta (Eds.), *Governance, Corruption and Economic Performance*. Washington: International Monetary Fund.

- Ades, A., y Di Tella, R. (1999). Rents, competition, and corruption. *American Economic Review*, 89, 982-994.
- Adsera, A., Boix, C., y Payne, M. (2000). *Are you being served? Political accountability and quality of government* (Inter-American Development Bank Research Department No. 438). Washington: Inter-American Development Bank.
- Agbo, A., y Iwundu, E. (2016). Corruption as a propensity: Personality and motivational determinants among Nigerians. *The Journal of Psychology: Interdisciplinary and Applied*, 150(4), 502–526.
<https://doi.org/10.1080/00223980.2015.1107523>
- Agostini, C., y Willington, M. (2012). El uso de Internet en Chile: evolución y factores determinantes. *Persona y Sociedad*, 26(1), 11–42.
- Ahlin, C, y Bose, P. (2007). Bribery, inefficiency, and bureaucratic delay. *Journal of Development Economics*, 84(1), 465–486.
<https://doi.org/10.1016/j.jdeveco.2005.12.002>
- Aidt, T. (2009). Corruption, institutions, and economic development. *Oxford Review of Economic Policy*, 25(2), 271–291.
- Ali, A., y Isse, H. (2003). Determinants of economic corruption: a cross-country comparison. *Cato Journal*, 22(3), 445-466.
- Andersson, S. (2017). Beyond Unidimensional Measurement of Corruption. *Public Integrity*, 19(1), 58–76. <https://doi.org/10.1080/10999922.2016.1200408>

Andvig, J. (1991). The economics of corruption: a survey. *Studi economici*, 43, 57-94.

Andvig, J., y Fjeldstad, O. (2001). *Corruption: a review of contemporary research*.

Bergen: Chr. Michelsen Institute.

Andvig, J., y Moene, K. (1990). How corruption may corrupt. *Journal of Economic Behavior & Organization*, 13, 63-76.

Anoruo, E., y Braha, H. (2005). Corruption and economic growth: the African experience. *Journal of Sustainable Development in Africa*, 7(1), 43-55.

Argandoña, A. (2003). Private-to-private corruption. *Journal of Business Ethics*, 47, 253-267.

Argandoña, A. (2005). Corruption and companies: the use of facilitating payments. *Journal of Business Ethics*, 60, 251-264. <https://doi.org/10.1007/s10551-005-0133-4>

Ariely, D. (2008). *Predictably Irrational: The Hidden Forces That Shape Our Decisions*. New York: Harper Collins Publishers.

Azfar, A., y Nelson, R. (2007). Transparency, wages, and the separation of powers: An experimental analysis of corruption. *Public Choice*, 130(3-4), 471-493.

<https://doi.org/10.1007/s11127-006-9101-5>

Bago d'Uva, T., Lindeboom, M., O'Donnell, O., y van Doorslaer, E. (2011). Slipping anchor? Testing the vignettes approach to identification and correction of reporting heterogeneity. *The Journal of Human Resources*, 46(4), 875–906.

<https://doi.org/10.3368/jhr.46.4.875>

- Bai, B., Liu, X., y Kou, Y. (2016). Belief in a just world lowers bribery intention. *Asian Journal of Social Psychology*, 19(1), 66–75. <https://doi.org/10.1111/ajsp.12108>
- Bardhan, P. (1997). Corruption and development: a review of issues. *Journal of Economic Literature*, 35, 1320-1346.
- Bardhan, P. (2006). The economist's approach to the problem of corruption. *World Development*, 34(2), 341-348. <https://doi.org/10.1016/j.worlddev.2005.03.011>
- Barr, A., y Serra, D. (2010). Corruption and culture: an experimental analysis. *Journal of Public Economics*, 94, 862-869. <https://doi.org/10.1016/j.jpubeco.2010.07.006>
- Barr, A., Lindelow, M., y Seernels, P. (2009). Corruption in public service delivery: An experimental analysis. *Journal of Economic Behavior & Organization*, 72(1), 225-239. <https://doi.org/10.1016/j.jebo.2009.07.006>
- Bayart, J. (1993). *The State in Africa: The Politics of the Belly*. Londres: Longman.
- Benaissa, H. (1993). Corruption and the socio-cultural context. En M. Punch, E. Kolthoff, K. Van der Vijver, y B. Van Vliets (Eds.), *Coping with corruption in a borderless world*. Deventer: Kluwer.
- Berninghaus, S., Haller, S., Krüger, T., Neumann, T., Schosser, S., y Vogt, B. (2013). Risk attitude, beliefs, and information in a corruption game – an experimental analysis. *Journal of Economic Psychology*, 34, 46-60. <https://doi.org/10.1016/j.joep.2012.11.004>

- Bicchieri, C., y Ganegoda, D. (2016). Determinants of corruption: A sociopsychological analysis. En *Thinking about Bribery: Neuroscience, Moral Cognition and the Psychology of Bribery* (pp. 179–205). Cambridge: Cambridge University Press.
<https://doi.org/10.1017/9781316450765.008>
- Blackburn, K., y Forgues-Puccio, G. (2009). Why is corruption less harmful in some countries than in others? *Journal of Economic Behavior & Organization*, 72, 797-810. <https://doi.org/10.1016/j.jebo.2009.08.009>
- Blomström, M., y Hettne, B. (1984). *Development Theory in Transition*. Londres: Zed Books.
- Bratton, M., y Van de Walle, N. (1994). Neopatrimonial regimes and political transitions in Africa. *World Politics*, 46(4), 453-489.
- Brunetti, A., Kisunko, G., y Weder, B. (1998). Credibility of rules and economic growth: evidence from a worldwide private sector survey. *World Bank Economic Review*, 12(3), 353-384.
- Brunetti, A., y Weder, B. (1998). Investment and institutional uncertainty: a comparative study of different uncertainty measures. *Weltwirtschaftliches Archiv*, 134, 513-533.
- Brunetti, A., y Weder, B. (2003). A free press is bad news for corruption. *Journal of Public Economics*, 87(7-8), 1801-1824.

- Cadsby, C. B., Du, N., y Song, F. (2016). In-group favoritism and moral decision-making. *Journal of Economic Behavior & Organization*, 128, 59–71.
<https://doi.org/http://dx.doi.org/10.1016/j.jebo.2016.05.008>
- Campos, J., Lien D., y Pradhan, S. (1999). The impact of corruption on investment: predictability matters. *World Development*, 27(6), 1059-1067.
- Chabal, P., y Daloz, J. (1999). *Africa Works. Disorder as Political Instrument*. Oxford: James Currey for the International African Institute.
- Chabova, K. (2017). Measuring corruption in Europe: public opinion surveys and composite indices. *Quality and Quantity*, 51(4), 1877–1900.
<https://doi.org/10.1007/s11135-016-0372-8>
- Chapman, D., y Lindner, S. (2016). Degrees of integrity: the threat of corruption in higher education. *Studies in Higher Education*, 41(2), 247–268.
<https://doi.org/10.1080/03075079.2014.927854>
- Charron, N. (2016). Do corruption measures have a perception problem? Assessing the relationship between experiences and perceptions of corruption among citizens and experts. *European Political Science Review*, 8(1), 147–171.
<https://doi.org/10.1017/S1755773914000447>
- Chaudhuri, A. (2012). Gender and corruption: a survey of the experimental evidence. En D. Serra y L. Wantchekon (Eds.), *Research in Experimental Economics, New Advances in Experimental Research on Corruption*. Bingley: Emerald Publications.

- Connelly, B., y Ones, D. (2008). The personality of corruption: a national-level analysis. *Cross-Cultural Research*, 42(4), 353-385.
<https://doi.org/10.1177/1069397108321904>
- Curtis, G., y Vardanega, L. (2016). Is plagiarism changing over time? A 10-year time-lag study with three points of measurement. *Higher Education Research & Development*, 35(6), 1167–1179. <https://doi.org/10.1080/07294360.2016.1161602>
- Damania, R., Fredriksson, P., y Mani M. (2004). The persistence of corruption and regulatory compliance failures: theory and evidence. *Public Choice*, 121, 363-390.
- De la Croix, D., y Delavallade, C. (2009). Growth, public investment and corruption with failing institutions. *Economics of Governance*, 10(3), 187–219.
<https://doi.org/10.1007/s10101-008-0057-4>
- Denisova-Schmidt, E. (2013). *Justification of Academic Corruption at Russian Universities: A Student Perspective* (No. 30). *Edmond J. Safra Working Papers*. Cambridge. <https://doi.org/10.2139/ssrn.2353513>
- Denisova-Schmidt, E. (2017). *The Challenges of Academic Integrity in Higher Education: Current Trends and Prospects*. Chestnut Hill: The Boston College Center for International Higher Education (CIHE).
- Dickel, P., y Graeff, P. (2018). Entrepreneurs' propensity for corruption: A vignette-based factorial survey. *Journal of Business Research*, 89, 77–86. <https://doi.org/10.1016/j.jbusres.2018.03.036>

- Di Falco, S., Magdalou, B., Masclet, D., Villeval, M. C., y Willinger, M. (2016). *Can Transparency of Information Reduce Embezzlement? Experimental Evidence from Tanzania* (IZA Discussion Papers No. 9925). Bonn. Recuperado de <http://hdl.handle.net/10419/142364>
- Dimant, E., y Schulte, T. (2016). The Nature of Corruption: An Interdisciplinary Perspective. *German Law Journal*, 17(1), 53–72.
- Dimant, E., y Tosato, G. (2018). Causes and Effects of Corruption: What Has Past Decade’s Empirical Research Taught Us? A Survey. *Journal of Economic Surveys*, 32(2), 335–356. <https://doi.org/10.1111/joes.12198>
- DiRienzo, C., Das, J., Cort, K., y Burbridge, J. (2007). Corruption and the role of information. *Journal of Business Studies*, 38(2), 320-332. <https://doi.org/10.1057/palgrave.jibs.8400262>
- Doh, J., y Teegen, H. (2003). Private telecommunications investment in emerging economies: comparing the Latin American and Asian experience. *Management Research*, 1(1), 9-26. <https://doi.org/10.1108/15365430380000515>
- Doig, A., y Thebald, R. (2000). *Corruption and Democratisation*. Londres: Frank Cass.
- Dollar, D., Fisman, R., y Gatti, R. (2001). Are women really the “fairer” sex? Corruption and women in government. *Journal of Economic Behavior and Organization*, 46(4), 423-429.

- Dong, B., y Torgler, B. (2009). Corruption and political interest: Empirical evidence at the micro level. *Journal of Interdisciplinary Economics*, 21, 295–325.
<https://doi.org/10.1177/02601079X09002100304>
- Dong, B., Dulleck, U., y Torgler, B. (2012). Conditional corruption. *Journal of Economic Psychology*, 33, 609-627. <http://dx.doi.org/10.1016/j.joep.2011.12.001>
- Dridi, M. (2013). Corruption within education sector: a typology of consequences. *International Journal of Research in Commerce, Economics & Management*, 11(3), 122–126.
- Drugov, M., Hamman, J., y Serra, D. (2014). Intermediaries in corruption: An experiment. *Experimental Economics*, 17(1), 78–99. <https://doi.org/10.1007/s10683-013-9358-8>
- Du Plessis, P. (2014). Corruption in education – Stealing the future. *Mediterranean Journal of Social Sciences*, 5(23), 1308–1316.
<https://doi.org/10.5901/mjss.2014.v5n23p1308>
- Esty, D., y Porter, M. (2002). National environment performance measurement and determinants. En D. Esty y P. Cornelius (Eds.), *Environmental Performance Measurement: The Global Report 2001-2002*. Oxford: Oxford University Press.
- Evans, P., y Rauch, J. (1999). Bureaucracy and Growth: A Cross-National Analysis of the Effects of "Weberian" State Structures on Economic Growth. *American Sociological Review*, 64(5), 748-765.

- Fišar, M., Kubák, M., Špalek, J., y Tremewan, J. (2016). Gender differences in beliefs and actions in a framed corruption experiment. *Journal of Behavioral and Experimental Economics*, 63, 69–82. <https://doi.org/10.1016/j.socec.2016.05.004>
- Fischer, R., Ferreira, M., Milfont, T., y Pilati, R. (2014). Culture of corruption? The effects of priming corruption images in a high corruption context. *Journal of Cross-Cultural Psychology*, 45(10), 1594-1605.
<http://dx.doi.org/10.1177/0022022114548874>
- Fisman, R., y Gatti, R. (2002). Decentralization and corruption: evidence across countries. *Journal of Public Economics*, 83(3), 325-345.
- Gama, P., Almeida, F., Seixas, A., Peixoto, P., y Esteves, D. (2013). Ethics and academic fraud among higher education engineering students in Portugal. En *Proceedings - 2013 1st International Conference of the Portuguese Society for Engineering Education, CISPEE 2013*. Porto. <https://doi.org/10.1109/CISPEE.2013.6701983>
- Gerring, J., y Thacker, S. (2004). Political institutions and governance: pluralism versus centralism. *British Journal of Political Science*, 34(2), 295-303.
- Gerring, J., y Thacker, S. (2005). Do neoliberal policies deter political corruption? *International Organization*, 59, 233-254.
- Ghanem, C., y Mozahem, N. (2019). A Study of Cheating Beliefs, Engagement, and Perception – The Case of Business and Engineering Students. *Journal of Academic Ethics*, 1–22. <https://doi.org/10.1007/s10805-019-9325-x>

- Ghura, D. (2002). Tax revenue in Sub-Saharan Africa: effects of economic policies and corruption. En G. Abed y S. Gupta (Eds.), *Governance, Corruption and Economic Performance*. Washington: International Monetary Fund.
- Gino, F. (2015). Understanding ordinary unethical behavior: Why people who value morality act immorally. *Current Opinion in Behavioral Sciences*, 3, 107–111.
<https://doi.org/10.1016/j.cobeha.2015.03.001>
- Goel, R., y Nelson, M. (2010). Causes of corruption: history, geography and government. *Journal of Policy Modeling*, 32(4), 433-447.
<https://doi.org/10.1016/j.jpolmod.2010.05.004>
- Goldsmith, A. (1999). Slapping the grasping hand: correlates of political corruption in emerging markets. *American Journal of Economics and Sociology*, 58(4), 866-883.
- Gorsira, M., Denkers, A., y Huisman, W. (2018). Both sides of the coin: Motives for corruption among public officials and business employees. *Journal of Business Ethics*, 151(1), 179–194. <https://doi.org/10.1007/s10551-016-3219-2>
- Guerrero, M. (2004). Un estudio psicológico de actitudes corruptas desde la perspectiva de la acción moral. *Boletín de Psicología*, 80, 7-36.
- Guerrero, M., y Rodríguez-Oreggia, E. (2008). On the individual decisions to commit corruption: a methodological complement. *Journal of Economic Behavior & Organization*, 65, 357-372. <https://doi.org/10.1016/j.jebo.2005.09.006>

- Gunder, A. (1967). *Capitalism and Underdevelopment in Latin America*. Nueva York: Monthly Review Press.
- Gupta, S., Davoodi, H., y Alonso-Terme, R. (2002). Does corruption affect income inequality and poverty? *Economics of Governance*, 3, 23-45.
- Gupta, S., Davoodi, H., y Tiongson, E. (2001). Corruption and the provision of healthcare and education services. En A. Jain (Ed.), *The Political Economy of Corruption*. Londres: Routledge.
- Gymiah-Brempong, K. (2002). Corruption, economic growth, and income inequality in Africa. *Economics of Governance*, 3, 183-209.
- Habib, M., y Zurawicki, L. (2001). Country-level investments and the effect of corruption: some empirical evidence. *International Business Review*, 10(6), 687-700.
- Hallak, J., y Poisson, M. (2007). *Corrupt schools, corrupt universities: What can be done?* Paris: International Institute for Educational Planning.
- Harris, D., Herrmann, B., Kontoleon, A., y Newton, J. (2015). Is it a norm to favour your own group? *Experimental Economics*, 18(3), 491–521.
<https://doi.org/10.1007/s10683-014-9417-9>
- Henisz, W. (2000). The institutional environment for multinational investment. *Journal of Law, Economics and Organization*, 16(2), 334-364.
- Heyneman, S. (2011). The corruption of ethics in higher education. *International Higher Education*, 62, 8–9. <http://doi.org/10.6017/ihe.2011.62.8530>

- Heyneman, S., Anderson, K., y Nuraliyeva, N. (2008). The Cost of Corruption in Higher Education. *Comparative Education Review*, 52(1), 1–25. <https://doi.org/10.1086/524367>
- Hope, K. (2000). Corruption and development in Africa. En K. Hope y B. Chikulu (Eds.), *Corruption and Development in Africa. Lessons from Country Case-Studies*. Nueva York: St. Martin's Press.
- Husted, B. (1999). Wealth, culture, and corruption. *Journal of International Business Studies*, 30(2), 339-360.
- Isham, J., y Kaufmann, D. (1999). The forgotten rationale for policy reform: the productivity of investment projects. *Quarterly Journal of Economics*, 114, 149-184.
- Jain, A. (2001). Corruption: A review. *Journal of Economic Surveys*, 15, 71–121.
- Jaber-López, T., García-Gallego, A., Perakakis, P., y Georgantzis, N. (2014). Physiological and behavioral patterns of corruption. *Frontiers in Behavioral Neuroscience*, 8(434). <https://doi.org/10.3389/fnbeh.2014.00434>
- Jancsics, D. (2014). Interdisciplinary perspectives on Corruption. *Sociology Compass*, 8(4), 358–372. <https://doi.org/10.1111/soc4.12146>
- Jiang, H., Emmerton, L., y McKaige, L. (2013). Academic integrity and plagiarism: A review of the influences and risk situations for health students. *Higher Education Research and Development*, 32(3), 369–380. <https://doi.org/10.1080/07294360.2012.687362>

- Johnsøn, J., y Mason, P. (2013). *The Proxy Challenge: Why bespoke proxy indicators can help solve the anti-corruption measurement problem* (U4 Brief) (pp. 1–6). Bergen.
- Johnston, M. (1996). The search for definitions: The vitality of politics and the issue of corruption. *International Social Science Journal*, 48(149), 321-335.
- Johnston, M. (2010). Assessing vulnerabilities to corruption: Indicators and benchmarks of government performance. *Public Integrity*, 12(2), 125–142.
<https://doi.org/10.2753/pin1099-9922120202>
- Kaufmann, D., Kraay, A., y Mastruzzi, M. (2010). *The Worldwide Governance Indicators: Methodology and Analytical Issues* (No. 5430). Recuperado de http://papers.ssrn.com/sol3/papers.cfm?abstract_id=1682130
- Kingshott, R., y Dincer, O. (2008). Determinant of public service employee corruption: a conceptual model from the Psychological Contract Perspective. *Journal of Industrial Relations*, 50(1), 69-85. <https://doi.org/10.1177%2F0022185607085695>
- Klitgaard, R. (1988). *Controlling corruption*. Berkeley: University of California Press.
- Knack, S., y Keefer, P. (1995). Institutions and economic performance: cross-country tests using alternative institutional measures. *Economics and Politics*, 7, 207-227.
- Ko, K., y Samajdar, A. (2010). Evaluation of international corruption indexes: should we believe them or not? *The Social Science Journal*, 47, 508-540.
<https://10.1016/j.soscij.2010.03.001>

- Köbis, N., Van Prooijen, J.-W., Righetti, F., y Van Lange, P. (2016). Prospection in Individual and Interpersonal Corruption Dilemmas. *Review of General Psychology*, 20(1), 71–85. <https://doi.org/10.1037/gpr0000069>
- Kolstad, I., y Wiig, A. (2009). Is Transparency the Key to Reducing Corruption in Resource-Rich Countries? *World Development*, 37(3), 521-532. <https://doi.org/10.1016/j.worlddev.2008.07.002>
- Kunicová, J., y Rose-Ackerman, S. (2005). Electoral rules and constitutional structures as constraints on corruption. *British Journal of Political Science*, 35(4), 573-606.
- La Porta, R., López de Silanes, F., Shleifer, A., y Vishny, R. (1997). Trust in large organisations. *American Economic Review*, 137(2), 333-338.
- Lambsdorff, J. (2006). Causes and consequences of corruption: what do we know from a cross-section of countries? En S. Rose-Ackerman (Ed.), *International handbook on the economics of corruption*. Cheltenham: Edward Elgar Publishing Limited.
- Lambsdorff, J. (2007). *The Institutional Economics of Corruption and Reform: Theory Evidence and Policy*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Lambsdorff, J., y Cornelius, P. (2000). Corruption, foreign investment and growth. En K. Schwab, L. Cook, P. Cornelius, J. Sachs, S. Sievers y A. Warner (Eds.), *The Africa Competitiveness Report 2000/2001*. Oxford: Oxford University Press.
- Ledeneva, A. (1998). *Russia's Economy of Favours: Blat, Networking and Informal Exchange*. Cambridge: Cambridge University Press.

- Leite, C., y Weidemann, J. (1999). *Does mother nature corrupt? Natural resources, corruption, and economic growth* (International Monetary Fund No. 99/85). Washington: International Monetary Fund.
- León, C., Araña, J., y de León, J. (2013). Correcting for Scale Perception Bias in Measuring Corruption: An Application to Chile and Spain. *Social Indicators Research*, 114(3), 977–995. <https://doi.org/10.1007/s11205-012-0185-7>
- Leonard, L., Riemenschneider, C., y Manly, T. (2017). Ethical Behavioral Intention in an Academic Setting: Models and Predictors. *Journal of Academic Ethics*, 15(2), 141–166. <https://doi.org/10.1007/s10805-017-9273-2>
- Li, H., Xu, L., y Zou, H. (2000). Corruption, income distribution, and growth. *Economics and Politics*, 12(2), 155-182.
- Liang, Y., Liu, L., Tan, X., Huang, Z., Dang, J., y Zheng, W. (2016). The effect of self-esteem on corrupt intention: The mediating role of materialism. *Frontiers in Psychology*, 7, 1–11. <https://doi.org/10.3389/fpsyg.2016.01063>
- Lipset, S., y Lenz, G. (2000). Corruption, culture, and markets. En L. Harrison y S. Huntington (Eds.), *Culture Matters: How Values Shape Human Progress*. Nueva York: Basic Books.
- Liu, Q., y Peng, Y. (2015). Determinants of willingness to bribe: Micro evidence from the educational sector in China. *Jahrbucher Fur Nationalokonomie Und Statistik*, 235(2), 168–183.

- López-López, W., Bocarejo, M., Peralta, D., Pineda, C., y Mullet, E. (2017). Mapping Colombian citizens' views regarding ordinary corruption: Threat, bribery, and the illicit sharing of confidential information. *Social Indicators Research*, 133(1), 259–273. <https://doi.org/10.1007/s11205-016-1366-6>
- Manow, P. (2005). Germany – cooperative federalism and the overgrazing of the fiscal commons. En H. Obinger, S. Leibfried y F. Castles (Eds.), *Federalism and the Welfare State*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Mathur, A., y Singh, K. (2013). Foreign direct investment, corruption and democracy. *Applied Economics*, 45(8), 991–1002. <https://doi.org/10.1080/00036846.2011.613786>
- Mauro, P. (1995). Corruption and growth. *Quarterly Journal of Economics*, 110(3), 681-712.
- Mauro, P. (1997). The effects of corruption on growth, investment, and government expenditure: a cross-country analysis. En K. Elliot (Ed.), *Corruption and the Global Economy*. Washington: Institute for International Economics.
- Mauro, P. (1998). Corruption and the composition of government expenditure. *Journal of Public Economics*, 69, 263-279.
- Mazar, N., y Aggarwal, P. (2011). Greasing the palm: can collectivism promote bribery? *Psychological Science*, 22(7), 843–848.
<https://doi.org/10.1177/0956797611412389>

- Médard, J. (1986). Public corruption in Africa: A comparative perspective. *Corruption and Reform*, 1(2), 115-131.
- Melgar, N., Rossi, M., y Smith, T. (2010). The perception of corruption. *International Journal of Public Opinion Research*, 22(1), 120-131.
<https://doi.org/10.1093/ijpor/edp058>
- Méon, P., y Sekkat, K. (2005). Does corruption grease or sand the wheels of growth? *Public Choice*, 122, 69-97.
- Mishra, A. (2006). Persistence of corruption: some theoretical perspectives. *World Development*, 34(2), 349-358. <https://doi.org/10.1016/j.worlddev.2005.03.010>
- Mo, P. (2001). Corruption and economic growth. *Journal of Comparative Economics*, 29, 66-79.
- Mocan, N. (2008). What determines corruption? International evidence from microdata. *Economic Inquiry*, 46, 493–510. <https://doi.org/10.1111/j.1465-7295.2007.00107.x>
- Molnar, K. (2015). Students' Perceptions of Academic Dishonesty: A Nine-Year Study from 2005 to 2013. *Journal of Academic Ethics*, 13(2), 135–150.
<https://doi.org/10.1007/s10805-015-9231-9>
- Moro, R., y Freidin, E. (2012). Estudios experimentales sobre corrupción y el problema de la validez externa. *Interdisciplinaria*, 29(2), 223-233.
- Mungiu-Pippidi, A. (2015). *The Quest for Good Governance: How Societies Develop Control of Corruption*. Cambridge: Cambridge University Press.

- Myrdal, G. (1968). *Asian drama: An Enquiry into the Poverty of Nations. Vol. II.* Nueva York: The Twentieth Century Fund.
- Nordin, R., Takim, R., y Nawawi, A. (2012). Behavioural Factors of Corruption in the Construction Industry. *Procedia - Social and Behavioral Sciences*, 105, 64-74.
<http://dx.doi.org/10.1016/j.sbspro.2013.11.008>
- Ockenfels, A., y Werner, P. (2014). Beliefs and ingroup favoritism. *Journal of Economic Behavior & Organization*, 108, 453–462.
<https://doi.org/http://dx.doi.org/10.1016/j.jebo.2013.12.003>
- O'Connor, S., y Fischer, R. (2012). Predicting societal corruption across time: values, wealth, or institutions? *Journal of Cross-Cultural Psychology*, 43(4), 644-659.
<http://dx.doi.org/10.1177/0022022111402344>
- Olson, R. (2014). *Using the Index of Economic Freedom*. Washington. Recuperado de http://thf_media.s3.amazonaws.com/2014/pdf/UsingTheIndexOfEconomicFreedomBooklet.pdf
- Onifade, C., y Bodunde, H. (2009). Gender differences in students' response to corrupt practices in Nigeria. *Gender & Behaviour*, 7(1), 2162–2172.
<https://doi.org/10.4314/gab.v7i1.45037>
- Paldam, M. (2002). The big pattern of corruption. Economics, culture and the seesaw dynamics. *European Journal of Political Economy*, 18, 215-240.

- Panizza, U. (2001). Electoral rules, political systems, and institutional quality. *Economics and Politics*, 13(3), 311-342.
- Park, H., y Blenkinsopp, J. (2011). The roles of transparency and trust in the relationship between corruption and citizen satisfaction. *International Review of Administrative Sciences*, 77(2), 254-274. <https://doi.org/10.1177/0020852311399230>
- Pellegata, A., y Memoli, V. (2016). Can corruption erode confidence in political institutions among European countries? Comparing the effects of different measures of perceived corruption. *Social Indicators Research*, 128(1), 391–412. <https://doi.org/10.1007/s11205-015-1036-0>
- Pellegrini, L., y Gerlagh, R. (2004). Corruption's effect on growth and its transmission channels. *Kyklos*, 57(3), 429-456.
- Persson, T., Tabellini, G., y Trebbi, F. (2003). Electoral rules and corruption. *Journal of the European Economic Association*, 1(4), 958-989.
- Philp, M. (2006). Corruption, definition and measurement. En C. Sampford, A. Shacklock, C. Connors y F. Galtung (Eds.), *Measuring Corruption*. Aldershot: Ashgate.
- Philp, M., y Dávid-Barrett, E. (2015). Realism about political corruption. *Annual Review of Political Science*, 18, 387-402. <https://doi.org/10.1146/annurev-polisci-092012-134421>

- Poirson, H. (1998). *Economic security, private investment, and growth in developing countries* (International Monetary Fund No. 98/4). Washington: International Monetary Fund.
- Poprawe, M. (2015). On the relationship between corruption and migration: empirical evidence from a gravity model of migration. *Public Choice*, 163(3-4), 337–354.
<https://doi.org/10.1007/s11127-015-0255-x>
- Pottenger, M. (2014). Moving beyond the rational choice debate via social capital: The study of illegal private protection. *Australian Journal of Political Science*, 49(2), 267-281. <https://doi.org/10.1080/10361146.2014.898242>
- Prebisch, R. (1950). *The economic development of Latin America and its principal problems* (United Nations Department of Economic Affairs No. 50). Nueva York: United Nations.
- Rettinger, D., y Kramer, Y. (2009). Situational and Personal Causes of Student Cheating. *Research in Higher Education*, 50, 293–313.
<https://doi.org/10.1007/s11162-008-9116-5>
- Rock, M., y Bonnett, H. (2004). The comparative politics of corruption: accounting for the East Asian paradox in empirical studies of corruption growth and investment. *World Development*, 32(6), 999-1017.
- Root, H. (1999). *The importance of being small* (Center for International Studies No. 99/13). California: Center for International Studies.

- Rose-Ackerman, S. (1999). *Corruption and Government: Causes, Consequences and Reform*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Rose-Ackerman, S. (2006). *International handbook on the economics of corruption*. Northampton: Edward Elgar.
- Rostow, W. (1960). *The Stages of Economic Growth: A Non-Communist Manifesto*. Nueva York: Cambridge University Press.
- Rumyantseva, N. (2005). Taxonomy of corruption in higher education. *Peabody Journal of Education*, 80(1), 81–92. https://doi.org/10.1207/S15327930pje8001_5
- Sabic-El-Rayess, A., y Mansur, N. (2016). Favor reciprocation theory in education: New corruption typology. *International Journal of Educational Development*, 50, 20–32. <https://doi.org/10.1016/j.ijedudev.2016.04.005>
- Sandholtz, W., y Gray, M. (2003). International integration and national corruption. *International Organization*, 57(4), 761-800.
- Schwab, K. (2017). *The Global Competitiveness Report 2016–2017*. Geneva.
Recuperado de http://www3.weforum.org/docs/GCR2016-2017/05FullReport/TheGlobalCompetitivenessReport2016-2017_FINAL.pdf
- Serra, D., y Wantchekon, L. (2012). *New Advances in Experimental Research on Corruption*. Bingley: Emerald Group.

- Shaw, P., Katsaiti, M., y Pecoraro, B. (2015). On the Determinants of Educational Corruption: The Case of Ukraine. *Contemporary Economic Policy*, 33(4), 698–713.
<https://doi.org/10.1111/coep.12097>
- Shera, A., Dosti, B., y Grabova, P. (2014). Corruption impact on economic growth: an empirical analysis. *Journal of Economic Development, Management, IT, Finance and Marketing*, 6(2), 57-77.
- Sissener, T. (2001). *Anthropological perspectives on corruption* (Chr. Michelsen Institute No. 5). Bergen: Chr. Michelsen Institute.
- Smarzynska, B., y Wei, S. (2000). *Corruption and the composition of foreign direct investment: firm-level evidence* (World Bank No. 2360). Washington: World Bank.
- Smith-Crowe, K., y Warren, D. (2014). The Emotion-Evoked Collective Corruption Model: The Role of Emotion in the Spread of Corruption Within Organizations. *Organization Science*, 25(4), 1154-1171. <https://doi.org/10.1287/orsc.2014.0896>
- Straub, S. (2003). *Opportunism, corruption and the multinational firm's mode of entry* (Edinburgh School of Economics No. 102). Edimburgo: Edinburgh School of Economics.
- Sung, H., y Chu, D. (2003). Does participation in the global economy reduce political corruption? An empirical inquiry. *International Journal of Comparative Criminology*, 3(2), 94-118.
- Svensson, J. (2005). Eight questions about corruption. *Journal of Economic Perspectives*, 19(3), 19-42.

- Swamy, A., Knack, S., Lee, Y., y Azfar, O. (2001). Gender and corruption. *Journal of Development Economics*, 64, 25-55.
- Tajfel, H., y Turner, J. (1986). The social identity theory of intergroup behavior. En S. Worchel y W. Austin (Eds.), *Psychology of intergroup relations*. Chicago: Nelson-Hall.
- Tan, X., Liu, L., Huang, Z., Zheng, W., y Liang, Y. (2016). The Effects of General System Justification on Corruption Perception and Intent. *Frontiers in Psychology*, 7, 1–11. <https://doi.org/10.3389/fpsyg.2016.01107>
- Tanzi, V., y Davoodi, H. (1997). *Corruption, public investment, and growth* (International Monetary Fund No. 97/139). Washington: International Monetary Fund.
- Tanzi, V., y Davoodi, H. (2001). Corruption, growth, and public finances. En A. Jain (Ed.), *Political Economy of Corruption*. Londres: Routledge.
- Tavits, M. (2010). Why do people engage in corruption? The case of Estonia. *Social Forces*, 88(3), 1257-1280. <https://doi.org/10.1353/sof.0.0288>
- The PRS Group. (2019). *International Country Risk Guide*. Recuperado de <https://epub.prsgroup.com/products/icrg/international-country-risk-guide-icrg>
- Torgler, B., y Valev, N. (2006). Corruption and age. *Journal of Bioeconomics*, 8, 133–145. <https://doi.org/10.1007/s10818-006-9003-0>

Torgler, B., y Valev, N. (2010). Gender and public attitudes towards corruption and tax evasion. *Contemporary Economic Policy*, 28, 554–568.

<https://doi.org/10.1111/j.1465-7287.2009.00188.x>

Transparency International (2009). *The Anti-Corruption Plan Language Guide*.

Recuperado de

http://www.transparency.org/whatwedo/publication/the_anti_corruption_plain_language_guide

Transparency International. (2013). *Global Corruption Report: Education*. Oxon:

Routledge.

Transparency International. (2016). *People and Corruption: Europe and Central Asia (Global Corruption Barometer)*. Berlin.

Transparency International. (2017). *People and Corruption: Citizens' Voices From Around The World*. Berlin. Recuperado de

http://files.transparency.org/content/download/2161/13659/file/GCB_Citizens_voices_FINAL.pdf

Transparency International. (2019). *Corruption Perceptions Index 2019*. Berlin.

Recuperado de <https://www.transparency.org/cpi2019>

Treisman, D. (1999). Decentralization and corruption: why are federal states perceived to be more corrupt. En *Annual Meeting of the American Political Science Association*.

Congreso llevado a cabo en Atlanta, Estados Unidos.

- Treisman, D. (2000). The causes of corruption: a cross-national study. *Journal of Public Economics*, 76, 399-457.
- Treisman, D. (2007). What have we learned about the causes of corruption from ten years of cross-national empirical research? *Annual Review of Political Science*, 10, 211-244. <https://doi.org/10.1146/annurev.polisci.10.081205.095418>
- Ugur, M., y Dasgupta, N. (2011). *Evidence on the economic growth impacts of corruption in low-income countries and beyond*. Londres: University of London.
- Uslaner, E. (2004). Trust and corruption. En J. Lambsdorff, M. Schramm y M. Taube (Eds.), *The New Institutional Economics of Corruption: Norms, Trust, and Reciprocity*. Londres: Routledge.
- Van Rijckeghem, C., y Weder, B. (2001). Bureaucratic corruption and the rate of temptation: do wages in the civil service affect corruption, and by how much? *Journal of Development Economics*, 65(2), 307-331.
- Wang, F., y Sun, X. (2016). Absolute power leads to absolute corruption? Impact of power on corruption depending on the concepts of power one holds. *European Journal of Social Psychology*, 46(1), 77-89. <https://doi.org/10.1002/ejsp.2134>
- Wei, S. (2000). How taxing is corruption on international investors. *Review of Economics and Statistics*, 82(1), 1-11.
- Wei, S., y Wu, Y. (2001). *Negative alchemy? Corruption, composition of capital flows, and currency crises* (NBER No. 8187). Cambridge: NBER.

Welsch, H. (2004). Corruption, growth, and the environment: a cross-country analysis.

Environment and Development Economics, 9, 663-693.

Winston, G. (1979). The appeal of inappropriate technologies: self-inflicted wages,

ethnic price and corruption. *World Development*, 7(8-9), 835-845.

Yang, M. (1994). *Gifts, Favors and Banquets: The Art of Social Relationship in China*.

Nueva York: Cornell University Press.

You, J., y Khagram, S. (2005). A Comparative Study of Inequality and Corruption.

American Sociological Review, 70(1), 136-157.

<https://doi.org/10.1177/000312240507000107>

Zaloznaya, M. (2014). The social psychology of corruption: Why it does not exist and

why it should. *Sociology Compass*, 8(2), 187–202.

<https://doi.org/10.1111/soc4.12120>

Zalpa, G., Tapia, E., y Reyes, J. (2014). “El que a buen árbol se arrima...” intercambio

de favores y corrupción. *Cultura y representaciones sociales*, 9(17), 149-176.

Zhao, H., Zhang, H., y Xu, Y. (2016). Does the dark triad of personality predict corrupt

intention? The mediating role of belief in good luck. *Frontiers in Psychology*, 7, 608.

<https://doi.org/10.3389/fpsyg.2016.00608>